



LA  
HORA DE "OVEDA"  
POR  
IRIS.

Laureano Suevaras

**LA HORA DE QUEDA**

## DEDICATORIA

A los espíritus de vanguardia, a mis amigos anónimos, a mis hermanas desconocidas, que de los extremos de la República, de la capital, de la aldea, del pueblo o del villorrio me han sostenido a diario, con bellas cartas de íntima comprensión, de bondad o de simpatía, levantando mi alma y sosteniendo mis desfallecimientos. A todos ellos, van estas páginas escritas al calor de una más alta solidaridad espiritual y humana.

IRIS.

# La hora de Queda

LA esquila de la Catedral había dado las ocho, con su voz de colegiala azorada, que interrumpe grata labor. Las tres hermanas se miraron inquietas, en torno de la mesa de caoba redonda, sostenida por un pie, que se triplicaba en la base. Se miraron, como para darse testimonio de aquella hora sonante, que tocaba siempre igual en la casa solariega, desde años incontables. Horas que nunca se marcaron en goce ni en dolor, horas grises y monótonas...

Daban las ocho en la niñez para recogerse al lecho, en la juventud para rezar el rosario con los criados y ahora en la plena madurez, para matar el tiempo, hasta que sonasen las nueve en la esquila ronca de la vieja iglesia, a que asistían cada mañana con fidelidad de cartujos a su celda.

La Catedral y el viejo caserón, se guardaban solidaridad de parientes en tierra extraña, que ya lo eran en la ciudad que se modernizaba lentamente...

Las tres creaturas eran hermanas de sangre, pero

no de alma. Ejemplares todas de una etiqueta bien conocida en la especie, que imperaba en la ciudad. Eran las tres mujeres, tan diversas por dentro, como semejantes sus vidas exteriores. Si sus almas no guardaban paridad, sus existencias habían corrido parejas, haciendo las mismas cosas, pronunciando las mismas palabras y profesando idénticos prejuicios.

La Catedral les había sonado lentas y tristes, roncacas y destempladas, las mismas horas de regularidad grave y de invariable tedio, al rededor de la misma mesa con cubierta de mármol.

Las noches tristes habían pasado, bajo la misma lámpara de petróleo, sostenida por un ángel de bronce que descubría un vientrecillo redondo y pujante. Su figura algo impúdica, había entrado en la rutina de las cosas inadvertidas, que se miran sin ver desde el día que llegamos a la tierra.

—Cada vez las criadas tardan más en comer, dijo Rosarito, la mayor de las tres hermanas, en espera de rezar ese rosario, que cada noche se murmuraba más tarde y más enredado, en la casa conventual, único detalle cambiado en los 20 años corridos, después de la muerte de don Eusebio.

Miró Rosarito por encima de los anteojos que le cabalgaban sobre la nariz corta y altanera e irguió el cuello en que temblaba el prominente coto...

—Las noches comienzan a refrescar, dijo Mercedes, por decir algo.

Era la segunda de las hermanas, fea, con facciones toscas, la cutis cubierta de paño y con una enorme boca de labios sueltos, más propicios al bostezo que al beso. Bocas por donde nunca ha pasado el ardor de la pasión y que se relajan en muecas de laxitud desencantada, al correr de los días, sin anuncios, ni memorias.

Laura, la tercera—la niña de la casa—enmudecía, recorriendo empecinada y sin leer, los avisos de *La Unión*. Las otras dos tejían. Rosarito tiempo ha que ocupaba las horas haciendo botines de guagua con palillo. Formaba unos piecitos monísimos, que ella nunca vería agitarse por las patucas sonrosadas de sus futuros huéspedes. Pero no lo sentía en su celibato inconsciente de las dulzuras maternas. Naturaleza agria y seca no había experimentado nunca más que el orgullo del linaje. Máquina de rutina, jamás había pensado... La fuerza de su buena salud, le había hecho sentir casi un placer en la perfecta regularidad de su vida orgánica. Ignoraba el sentimiento y era por lo tanto virgen de goce y de pesar. Realizaba la vida con la exactitud esmerada del perfecto mecanismo, que era su naturaleza física. Su memoria no registraba más que hechos exteriores y fechas—muchísimas fechas.

Mercedes tejía también, redondelas albas y tostadas de crochet, que unidas formarían grandes cobertores de cama, paños de altar, túnicas de ofician-tes sagrados. La bondad de su expresión y la feal-

dad de su rostro, reñían sin tregua, en su fisonomía dulzona. Los afectos que hubiera podido inspirar la ternura de su alma, los repelía la terquedad de sus facciones duras, la grosería de su boca rebelde a los pliegues que imprimen las caricias. En vano sus ojillos implorantes, de cordero extrangulado, solici- taban dulzuras a la vida, pues la imperturbable tos- quedad de su rostro, cerraba la puerta a toda po- sible respuesta de varón complaciente. Sumisa y dulce, con esa mansedumbre de los que nacen ven- cidos, había refugiado sus ansias afectivas en el celi- bato sacerdotal. Al través de la rejilla del confesio- nario quedaba emboscada su enemiga—la cara—y podía explayar su alma bonachona y ávida de blan- duras... Quería despertar interés a algún ser vivien- te—aunque ese interés se prodigase en nombre del bien general, a que obliga la consigna evangélica y aunque se hiciese por la esperanza de salvar la pro- pia alma a través del alma ajena...

Para las creaturas excluídas de la vida, en quie- nes el hombre no ha reparado nunca, es un dulce regalo la piedad del confesor. Es el «*peor es nada*» de la soledad, el engaño a la viudez del corazón so- litario.

Laura, la menor, «la niña» como siempre se le consideraba en sus 45 años bien sonados (ya que to- do es relativo en la vida) se sentía con derecho al amor o mejor dicho a tener marido. Alguna había de conocer varón en la familia. Los inconscientes

bríos de Rosarito, y los tímidos e impotentes deseos de Mercedes se habían cristalizado en ella—la joven—que empezaba a salir sola, con espanto de la familia entera, y que seguía las modas, copiando los figurines de unas primas, que para ella eran el *dernier cri*, como que recibían catálogos del Bon Marché.

Había envejecido con la fealdad propia de las mujeres solteras, mezcla de rubicundez abotagada, de paralización física y de embotamiento mental. No ha circulado la vida en ellas; no la han recibido ni la han dado. El organismo se atrofia. El estanco guarda sus aguas inmóviles y de puro turbias y espesas no reflejan ya nada. Tal vez no era fea Laura en sus quince años, pero la expresión se le había embobado, la cutis se había quebrado en surcos, que parecían tajos de sombra a la distancia, los dientes desiguales, tapados de oro, hundidos o salidos, todos estropeados, habían avanzado con la mandíbula hacia afuera, convirtiendo su boca en una especie de trompa, que la hacía aparecer siempre con aire de niña taimada. Mercedes la miraba con recelo, como a una mundana frívola.

—Lo que te aprovechará en la otra vida, ese tiempo malgastado en modistas—pensaba, sino se lo decía, mientras ella movía con furor de derviche, entre sus dedos redondos y colorados, el crochet de acero, de donde saldría la alba túnica de los paramentos sagrados, que obsequiaría al señor Astorga,

canónigo de la Catedral, para su cumpleaños, el día de San Ramón Nonato.

Rosarito miraba a las hermanas con aire de legítima superioridad. Se sentía por encima de todas ellas sin apego a clérigos, cosa recomendada por la madre, (que bien se sabría por qué) y sin haber deseado nunca novio, como Laura. Se bastaba a sí misma, y sentía cierto menosprecio por el hombre, que practica vicios groseros, apenas sospechados y que busca hembras, sin reparos de calidad. En su orgullo de raza, «una Ruiz Tagle», no había sido ni siquiera sospechada jamás, parecía haberse asimilado un viejo adagio español: *Frailes, mujeres y gatos son animales ingratos!*

Ella no se sentía mujer, sino señora y a la antigua. La mujer es ese ser débil, que tiraniza el hombre, que necesita un amo y que pasa por la humillación de darle hijos.

Rosarito, en cambio, iría a ese coro de las Vírgenes, que según los libros Santos, circundan al Cordero Divino, en la Jerusalén celestial. Y al pensar en eso, erguía más alto su prominente busto, sujeto por todo un ballenaje de barbas que se hundían como foso en la cintura, marcando siempre el recuerdo de sus opulentas líneas, ya rebeldes... Su orgullo de gran dama, daba más fuerte relieve de dibujo, al coto tremolante y fiero. ¿Qué sabía Rosarito de caridad? Para ella toda mujer que se casaba era tonta y la que daba que hablar por salir de rutinas, aun sin mayor

motivo, era escandalosa o perdida. No conocía la indulgencia y no entraría la comprensión en su alma rígida, convencional y durísima. Soportaba que Laura se aderezase y viese en cada hombre que la saludaba un novio, sólo porque la consideraba un poquito chiflada, ser inferior en todo caso—ignorante de la alta dignidad de señora de la antigua mansión—que llaves en mano, mantenía el orden, la moralidad y el aseo de la gran casa, de amplios patios y espaciosas habitaciones y que continuaría en pie de buen tono por los siglos de los siglos, gracias al nombre, a la acrisolada virtud ancestral, al sometimiento a la iglesia—reina soberana de conciencias—y también a la prosapia espiritual, de ella, Doña Rosario Ruiz Tagle, que de tanto carraspear y echarse atrás, había cristalizado su orgullo en aquel alto y prominente coto.

Los muebles de brocato encarnado se alineaban rígidos en torno del muro. Los cortinajes espesos, desmayaban sus pliegues ya muy ajados, con gesto de pereza secular. Las lágrimas de las arañas de cristal, tremolaban chismosas, en algarabía bullanguera, cuando pasaba un carro más pesado por la calle empedrada. Los grandes espejos señoriales, que reflejaron la triple sala, dividida por vidrieras embutidas en marqueterías oscuras, habían enturbiado sus claridades. Corrido ya el azogue, mostraban una neblina gris... Todo se había borrado en los espejos magníficos y simbolizaban ahora las exis-

cias sin pasado de sus moradores... pobres creaturas, que habían alentado tantos años en la tierra, ignorantes de todo lo que hace amable la vida.

Rosarito guardaba la rigidez de la señorona que había sido su madre, en unos cuantos oráculos respecto a lo que debía ser la compostura femenina. «*La mujer es como el cristal, un soplo basta a empañarla*» decía con noble compostura. Sólo que estas vidas no conocían ni soplos, ni huracanes.

Vegetaban entre la misa mayor de la Catedral y el puchero de la casa. Hacían visitas de cumplimiento y todas lo eran, puesto que jamás salieron de conversaciones relativas a edades, cambios de tiempo y acontecimientos triviales. Si las dos menores conocían estados de alma, no tenían idea de que pudieran expresarse con palabras, y por su parte Rosarito no entendía más que la normalidad exterior de la vida y el bienestar de la rutina. En común solo tenían las hermanas el orgullo familiar, radicado en el caserón, entidad que representaba para ellas, la materialización de la raza, el apellido de los Ruiz Tagle, hecho sustancia, en el portón ancho y claveteado, en la cornisa que lo circundaba y en el empinado mojinete.

La triple sala dividida por cristalerías—la cuadra como se decía—amueblada con boules, con ricos candelabros de plata maciza y monumentales arañas, que cantaban en sus colgajos, con voceríos cristalinós, las glorias de la casa, sus abolengos de prelados

y olores, de monjas y señoras, todas tiesas y altaneras, de ideas transmitidas y nunca analizadas... quedaba en pie cual monumento de raza.

—Mañana comienza la semana del señor Cisternas, dijo Rosarito, con solemnidad de quien refiere la caída de un imperio europeo. El señor Cisternas era el deán de los canónigos de la Catedral.

Mercedes añadió al compás del crochet que le trotaba en los dedos.

—Pues entonces la semanilla le toca al señor Solís.

Rosarito era confesada de este último—si confesión se llama la repetición durante medio siglo, de las mismas tonterías, ante la modorra auricular del mismo eclesiástico. No podía decirse lo mismo de Mercedes, pues sus confesiones eran el romance de su vida. La voz más o menos grave del señor Astorga, determinaba en su espíritu, vacío de todo afecto, crisis de tristezas o de complacencias. Aquel hombre de Dios le representaba al Cristo en persona. Se figuraba ser la oveja extraviada, para cuya vuelta se adereza el festín evangélico y daba toda la importancia posible a pecados que se empeñaba en mostrar enormes, tales como soberbias que consistían en quitar la vista para no saludar a una siútica en la calle o inmotivados terrores de pecar contra el sexto, por haber deslizado un ojo curioso, sobre la forma de un corderillo pascual, de la estampa de un viejo devocionario. ¡Y que mordedura tan cruel

de celos, sintió un día que se arrodilló en la tablilla del confesonario del señor Astorga, una espléndida mujer, de esas que envuelve la aureola de la maldicencia y que impregnó el aire de la vetusta iglesia con su perfume intenso! Crujía en sedas sobre la tarima dura, se revolvía nerviosa y la confesión era interminable!

¿Qué también los sacerdotes serían como los demás hombres—pensaba Mercedes—débiles ante el pecado y sensibles a la frivolidad?

Dentro de la reducida esfera de sus ideas rutinarias, pasaba por complicadas fases sentimentales. Conocía la dulzura que deja en el alma femenina una palabra blanda, pronunciada con acento viril, sabía el amargor de una expresión más seca, la angustia de otra vez que el canónigo parecía enfadado. Y ahora llegaba a conocer los celos que hunden su garra acerada en el pecho, a través de la seducción misteriosa de aquellos seres que triunfan sin luchar, que vencen con la sola presencia a donde quiera que lleguen. Pobre Mercedes! ella que se había refugiado en los Ministros del Señor para escapar de las terribles rivales que prefieren los hijos de Adán pagados del brillo de unos dientes, más bien que del mérito de la virtud ¿iría por ventura a encontrar allí en el secreto del sacro tribunal, atravesadas también a aquellas mujeres, que toman pasaportes para el corazón humano, en la embriaguez de los sentidos? Una secreta angustia le roía el alma aquella noche,

mientras Laura proyectaba la combinación de un vestido de última novedad, que había deshecho ya tres veces, sin llegar a confeccionarlo en la grave distinción y estricta moda, en que debía llevarlo una Ruiz Tagle, cuya norma era la seriedad en el vestir, el lujo de las sedas y el último capricho parisiense,— aunque en ella la moda no pasaba de ser uno de tantos abortos de modistas, que la mujer francesa exporta al extranjero, cuando riñe con su ingénita coquetería de hembra.

Rosarito dominaba todas las preocupaciones circundantes, pensando que al día siguiente se traería leña de Chuchunco y la provisión de charqui para la despensa. Todo se hacía a día fijo. Semanalmente se repetían los mismos platos. Las raciones eran tan exactas, que los comestibles duraban el mismo plazo. La casa marchaba sobre ruletas.—«Mañana toca lavar vidrios», decía Rosarito sin que jamás se equivocase. Asimismo apuntaba invariablemente todas las fechas. Cuando se hablaba de alguna persona conocida, la noble dama añadía como único dato ilustrativo. «Nació dos días después que me taparon la segunda muela de arriba, a la derecha». Su mentalidad giraba invariablemente como en torno de un eje, en esta medida de tiempo, que se relacionaba con los pequeños detalles de su vida. Las únicas fechas que había olvidado eran los nacimientos de sus hermanas, el propio, sobre todo. Con

amable condescendencia hacia la juvenil frivolidad de Laura, Rosarito dijo:

—¿Con que vas a adornar tu figaro azul?

—Con botoncitos de metal dorado—respondió Laura—es lo que más se usa... Todos los figurines del correo, traen esos botoncitos.

Qué pueriles parecieron a Mercedes, sus dos hermanas ¡Si supieran ellas qué veneno le roía las entrañas del alma!... Cuando el señor Astorga abrió la ventanilla de su lado, después de confesar aquella mujer, de pecados tan largos y que debían de ser graves y por lo tanto interesantes, el sacerdote estaba como ausente, oía apenas y la despachó en un suspiro.

—«Por penitencia tres credos»—murmuró entre dientes y el consagrado—«¡Dios te haga una santa!» lo mismo que si hubiera dicho:—«¡Que te lleve el diablo!»!

Qué poema de dolor encierra para cualquiera de esas almas candorosas y tímidas, el desvío del único afecto con que cuentan para sostener los desfallecimientos del propio corazón! La sensibilidad virgen, vive de esos detalles, como otros viven sus grandes pasiones, puesto que en la vida no hay hechos pequeños ni grandes. Todos tienen el tamaño y la repercusión que les da la capacidad de nuestra alma.

—¡Y todavía comen! pensó en alta voz Rosarito. Antes los criados tenían más respeto y se contraían más a sus deberes... pero contentémonos—agregó

satisfecha—en casa nunca ha habido desorden. Con razón nos decía mamá: «Para tener paz, servirse sólo de un sexo»...

Sonó la ronca esquila de la iglesia metropolitana.

—¡Las nueve! murmuraron las tres hermanas con fruición.

«¡Un día menos de vida!» parecía expresar ese arrebatado inconsciente. ¿Qué es la vida para quienes vegetan sin conocerla? Repetición de actos maquinales, tedio que se acumula de hora en hora, la vejez que avanza, la muerte que se aproxima, vacío en el pasado, aburrimiento siempre, reumatismo o parálisis mañana... Se ignora por qué se está en la tierra, se ha vivido sin objeto y sin misión alguna, se ha vegetado sin asunto y se teme un *Después* obscuro y aterradorante.

Si buscamos en el mundo, cuáles son los seres más apegados a la tierra, ya que no a la vida, esos seres son siempre los que no tienen nada, los autómatas, los desposeídos de todo, que inconscientemente quizás, esperan algo que no llegará jamás, algo que sospechan dentro del afán, de la alegría o del dolor de otras existencias, que han vislumbrado vagamente al pasar.

Cuando acababan de murmurar el tradicional rosario, en que muy entonada llevaba Rosarito el coro y que rezongaban en masa las viejas criadas, arrebujadas en pañolones con amplias flecaduras, se sintió de súbito repiquetear estrepitosamente la campanilla

de la sala, rompiendo con énfasis el silencio clausal de la mansión. La criada portera, gibada, doblada, arrastrando una pierna reumática, se levantó con esfuerzo inaudito... Los escrúpulos, los malos pensamientos en guerra de perpetuo rechazo, habían trabajado su fisonomía a punto de parecer anciana una mujer sólo madura.

El visitante era don Blas, sobrino clérigo de las señoras Ruiz Tagle. Joven, pero muy deteriorado en su persona, parecía un niño viejo. No le quedaba un solo diente. Tenía la calvicie avanzada, la espalda encorvada, pero conservaba de niño, y de ángel sobre todo, un timbre de voz atiplada, cual si pasara del silabario a la teología, exento del fragor de las pasiones. A su garganta no llegó ni siquiera el humo de cigarro. Su voz era la de un niño inocente y sus pupilas celestes tenían claridades angélicas.

Don Blas era, sin duda, uno de esos sacerdotes a quienes no consagran las perspectivas sonrientes del Seminario, ni los primeros fervores del adolescente. Era sacerdote de verdad, ungido desde arriba, alma vuelta toda entera hacia el esplendor místico, ignorante de las dichas terrenas. El brillo falaz de Maya, o sea la fantasía que cautiva la juventud, no había pasado por su espíritu de niño en la tierra, de anciano en el alma... Tenía un arraigado sentimiento de la familia, que consideraba quizás como vinculación espiritual, cuando apenas es lazo de san-

gre. Iba regularmente a visitar a sus tías. Llegaba al final del rosario, añadía unos latinazos con su vocilla de colegial y después sentados todos, gravemente, en torno de la mesa, hacían la misma conversación de siempre.

—Tu madre enfermó de la parálisis—decía Rosarito,—dos días antes de irnos a Chuchunco, en el año de gracia de 1879. Era un Martes, me acuerdo como si fuera hoy. Tú tenías ese día un traje escocés, que te había regalado mi tía Concha.

Las hermanas admiraban siempre la memoria de Rosarito. Les parecía una condición de gran cabeza. ¿Cómo no había de ser apta para gobiernos de familia, una persona que no olvidaba nunca nada?

—Tienes una memoria colosal—le decían las hermanas.

Y ella se erguía satisfecha, sintiéndose con un talento también colosal; ¿ni cómo no sentirse fuerte, si de las tres potencias del alma: *Memoria*, *Entendimiento* y *Voluntad*, poseía la primera y, vaya que el catecismo sinodal, sabría de nombrar primero lo primero! Su facultad de lucimiento era siempre la memoria. Instigada por la admiración de todos; daba detalles ínfimos de cosas triviales, asombrantes como juegos de paciencia.

Don Blas, arrebuñado en su amplio manteo, pues siempre sentía frío y descubría corrientes de aire traicioneras que nadie más que él comprobaba y cuyas causas eran incomprensibles, refirió un mila-

gro, de los muchos casos pueriles, que poseía en su vasto repertorio. Alma de místico, bogaba a todas velas en el océano del mundo sobrenatural.

Se había hecho para su uso personal un pequeño Dios de bolsillo, que derogaba a tontas y a locas las eternas leyes. El Dios de don Blas actuaba como un colegial, haciendo travesuras a sus enemigos y dando sustos o asombros a sus fieles siervos. El Sacerdote hundía su boca fina, se saboreaba con fruición y brillándole de fervor angélico los ojos claros que no empañara nunca la sombra de un pensamiento turbio, contaba con su vocecilla infantil y su ademán solemne, de ministro del Altísimo, que se sentía dentro de su sotana clerical, que la Beata Inés de Benijanán, vió un día pasar por el huerto de su casa, un magnífico personaje, que arrastraba un manto de armiño por la tierra arada, y ella, ingénua como su nombre de cordero pascual (*Agnus*, en latín) le dijo: Señor! como váis a emporcar ese magnífico ropaje!, a lo que el Cristo, pues lo era en persona, le respondió: «*Inés, a mí nada me ensucia*»... Y le brillaban los claros ojos sonrientes, ante las complacencias del Señor, para con el alma elegida, esta Inés, símbolo de la ingenuidad del espíritu que no ha enlodado la culpa.

Las tías encontraban algo sin asunto, los milagros que sin cesar y a todo propósito, refería don Blas, haciendo intervenir a Dios directamente en los menudos detalles de la vida humana. A Mercedes le

parecía más profundo el espíritu del señor Astorga que decía como estribillo de lo que no entendía: «*Secretos inescrutables de Dios*» y ninguna era bastante fina, para sentir la dulce poesía de aquella alma sacerdotal, ingenua y milagrera, que quería fundir en una sola vida, las asperezas de la materia, con las blanduras del éxtasis...

Mercedes era la única que comprendía que don Blas era un santo, pero le extrañaba que nunca alcanzase de Dios, esas gracias casi humanas, tan buenas de disfrutar, como ser: mayor interés por su alma en el señor Astorga, más paciencia para escucharla y hacerla adelantar en la perfección.

Por uno de esos admirables subterfugios de la casuística clerical, estas almas excelentes confunden las muy humanas necesidades del corazón, con el deseo de la perfección cristiana, a que sólo puede llevarlas, según creen, un santo varón con carácter eclesiástico.

—¿Continúan las visitas del señor Pérez?—preguntaba don Blas, bajando a la tierra por primera vez y sólo porque de aquellas visitas podría resultar para Laura la recepción de un sacramento grande (según San Pablo).

—Sí, el señor Pérez continuaba sus visitas protocolares. De alta alcurnia, de casa que tuvo rango, pero cuya fortuna sucumbió por la fuerza excesiva del divisor, de muy buenas ideas y de muy poco alcance, el joven Pérez, ya de medio siglo a costas,

buscaba entroncamiento en casa ilustre, de mucha virtud y de más talegas, donde pudiera ser cómodamente hospedado. No era exigente en estética femenina, ni de corazón complicado. Bastaba para su felicidad, casa grande, sostenida por otros, mujer de misa diaria y gerarquía social. Laura llenaba estas condiciones; la familia deseaba el matrimonio y él lo esperaba con quietud musulmana, sin insomnios ni quebrantos, llevando en el espíritu esa idea, la más contraria al amor exclusivo «*que si no es esa, será otra*», puesto que en ese orden sentimental, son todas las mujeres tan iguales que no perturban la elección.

Por su parte, la favorecida con tal honra, se ocupaba tan sólo de mantener el rango ante el pretendiente, por las modas estrictamente seguidas (y que observan mejor las personas que están fuera del mundo, pues no se permiten esos caprichos que son las herejías del *chic*) por el recato de los modales, la ignorancia de todo lo que la joven debe ignorar—y ya es tanto lo que prescribe el código del pudor, que se han de quedar las mujeres a ciegas de la vida entera!

Pérez no hablaba de amor ¿ni cómo hablarle a una joven que sólo conocía la salutación del arcángel Gabriel y que ignoraba el sentido de la respuesta de la doncella de Nazaret? Pero le decía cosas muy veladas ¡eso sí!

—Cuando no voy a la Catedral, me parece que me he quedado sin misa.

Laura comprendía que se refería a su proximidad en aquella Iglesia, puesto que el sacrificio era válido en cualquier templo.

Promediada ya la *prima noche* aparecían los *Niños* «que así denominaban las tres señoras a sus hermanos menores Angel y Pepe. Habían sido seminaristas y conservaban el alma encogida por la vocación frustrada.

Como todas las perfectas nulidades, Angel había refugiado su orgullo en la nobleza de su linaje. Pretendía a un entroncamiento con la casa de los Borbones. Algo de eso había llegado a sus oídos por propia explicación de *don Carlos* en confidencias amistosas. Se ocupaba en registrar pergaminos, en examinar árboles genealógicos, en buscar capellanías. Así cuando Rosarito hablaba de fechas y de edades, Angel completaba los datos con apellidos.

Pepe deseaba casarse con una niña virtuosa, sólo que para él no existía; la virtud sólida, sin una dote de medio millón de pesos. Quería mujer no por necesidad sentimental, ni física, pues sus pasiones dormían aún en la disciplina conventual. Creía necesario casarse por buen tono, por no dar que pensar de su conducta, porque así se debe a la sociedad y por conservar el apellido, que mientras Angel le diera lustre con sus indagaciones, él le daría buenas especies, buscando alguna colaboradora, en esas casas linajudas,

donde aparecían cada año en los saraos, unas pollas asustadas, ingratiabiles y tercas, pero de virtud garantida por las valiosas haciendas de los padres.

Como a las 10 llegaban los niños de su caminata. No eran jóvenes de Club, no iban siquiera a la Unión Católica, que para honesto esparcimiento fundara un gran señor antiguo. Los niños Ruiz Tagle salían juntos a andar por las calles y según la estación llegaban hasta la Alameda y se sentaban en un banco. El movimiento y el campanileo de los tranvías iluminados, les regocijaba. Sentían la gran ciudad que comenzaba a ser Santiago, comentaban a los figurones de antaño, que solían pasar embozados en sus capas españolas, con las cabezas hundidas para evitar el aire en la boca, a echar la manito de malilla en alguna casa amiga. La mayor diversión de los hermanos eran los ratones, que brotaban en las proximidades de la acequia a tajo descubierto y que tenían a veces la honra de ultimar a bastonazos.

Volvían después a casa, donde las hermanas seguían tejiendo en torno de la lámpara familiar, en espera del té que se servía en el espacioso comedor de larguísima mesa de convento, cubierta por platos llenos de dulces, bizcochos, galletas que permanecían en su sitio como simple adorno.

Se velaba, se bostezaba, se soportaba el tedio de la noche aguardando ese «Té» que se tomaba sin deseos como quien cumple un rito tradicional.

La vida sigue como un péndulo de reloj su eterno tic-tac. Se ha soportado la cadena de hábitos que no responden a nada ¿Por qué? Por la fuerza de la costumbre.

Bostezan las criadas arrebujaadas en sus pañolones siempre los mismos, tiritando de frío en invierno y sudando en verano, bostezan las señoras esperando las 11 del reloj, como han esperado las ocho las nueve, siempre aburridas, estériles y ociosas, sin saber ni averiguar con que fin el Señor, padre de las almas, las mandó a la tierra a aburrirse y a aburrir, sin hacer bien a nadie, ni pesar en ninguna vida, sin alegrar ningún corazón y sin dejar huella en parte alguna...

La vuelta de los «Niños» marcaba el momento más alegre del día. Pepe embromaba a Laura a quien suponía siempre amurrada por complicaciones de sombreros. Había deshecho cinco veces el gorro de moaré que llevaría con el vestido sastre, adornado con botoncitos de metal.

—Estas francesas tienen poco juicio, hacen todo tan ligero, que la modista nunca se fijó bien, en los pliegues que llevaba la copa del modelo. Le hice notar que eran tres y aun medir la profundidad de cada uno, pues ella hizo cinco y estiró la tela encima.

Todos se sugestionaron ante tamaño desacato.— Si, cosas propias de francesas. No tienen conciencia, dijo Rosarito y la suya parecía condensarse en el coto... oscilante y altanero...

—¿Fuiste a la Plaza?—preguntó Laura a Pepe.

La ida a la plaza, envolvía el gran acontecimiento de divisar a la prenda, que cambiaba cada mes. Era tan exterior, tan convencional el sentimiento del amor en Pepe, que tan pronto se interponía una sombra, en el jugueteo de las miradas callejeras, cuando ya había cambiado de objetivo. No es cuestión personal y apenas sexual. Entran en juego conveniencias de orden puramente mundano y que la bendición del Cura sanciona con éxito en la mayoría de los casos.

Don Blas se había retirado al salón a rezar sus horas canónicas en el gordo breviario. Se le oía murmurar en la pieza vecina y sesear muy rudo, pues sus escrúpulos sacerdotales, le habían dado gestos nerviosos y tics de pronunciación, en que hasta su misa a fuerza de extensa y contorsionada, sobrepasaba todas las licencias de la rúbrica.

Llegó el joven Pérez muy solemne y muy bien hablado. Parecía la encarnación legítima del buen tono de la época. Grave, banal, y pensando con ajuste a todos los moldes mentales y sociales, era unos de esos hombres de línea, que no dan sorpresas, pues su vida va en el riel de las conveniencias mediocres. Se le encontraba muy «*medido*» para todo y en la casa de las rutinas la medida era la invariable normalidad, que encarna la perfección de la especie.

—«Es un joven que no se desmandará nunca»—decía Rosarito con esa altivez, de sentir, que en su

mansión la orquesta no sufría desentonos. Reinaba ese orden superior, privilegio del buen criterio y del perfecto sentido comun, que constituye la virtud de los necios.

—«Las noches ya comienzan a refrescar» dijo campanudamente Pérez.

A lo que Rosarito respondió con énfasis de descubrimiento.

—«¡Como que estamos en Marzo!».

Y con afición Pérez miraba a Laura!. Se sentía un ilustre varón, en casa de solteras con hermanos afeeminados. Y el honor tan grande que haría a Laura de escogerla por esposa. Felicidad única que conserva la mujer para toda su vida de humillante cautiverio, que el hombre no endulza ni con mimos ni con caricias. ¡La gloria de haber sido escogida entre tantas iguales! y que eso le baste para siempre pues no tendrá otra honra ni otra dicha ¡Pobre ser! que no puede escoger, pues para escoger necesitaría ser dueña de sí misma, y cuando llega a ser siquiera dueña de manejar sus manos en gestos libres, tiempo há, que ha sido escogida, al azar de un incidente cualquiera, de los más vulgares y que no rezan con su personalidad, si la tiene, o si puede tenerla andando el tiempo.

—Me han dicho que se casa la Juanita Valdés con Alberto González, dijo Pérez que se creía obligado a traer a una tertulia tan distinguida y rociada de suculento té, cierto ambiente sensacional.

«Su prosapia es muy superior a la de González», dijo Angel para quien los matrimonios, no eran más que reunión de pergaminos. Ella tiene ascendencias en la rama Bravo de Saravia, mientras que él, sino se dora con un poco de sangre semita, no haría perdonarse su González a secas.

—«Pero él tiene fortuna», pensó en alta voz Pérez, para quien la esperanza de hacer cheques, en vez de recibir el consabido sueldecito oficinesco, era una brillante perspectiva.

—«Ella debe cumplir para el día del Carmen 24 años», observó Rosarito con la suficiencia de quien trata una materia que domina sin objeción posible. —Mamá estaba con su jaqueca, me acuerdo muy bien, cuando mi tía Tránsito, nos dijo muy quedo en la pieza del lado; la Dolores ha tenido una niñita y le pondrán Juanita, en recuerdo del otro niño que se le murió de un año.

Pasaban al gran comedor, verdadera sala conventual, por su rigidez fría, con ventanas y puertas, que en toda estación abrían sobre el patio.

Justo a la hora del té, aparecía don Manuel, el tío irremplazable, grueso, de espaldas encorvadas, la cutis maltratada por pestes o accidentes, los grandes mostachos lacios, la barba sucia o enmarañada. Era el Patriarca de la casa. Don Manuel dormía su «cachuelo», después de comer, en un sillón, y a esa horita, las diez, se levantaba para tomar té con sus sobrinas. Era poco noticioso, vivía de su pequeña

renta, estaba como embotado, nada le interesaba. Su única hija, maniática, tiempo há que estaba internada en una casa de salud, y él envejecía, solo, aburrido y soñoliento.

Gustaba de recordar el incendio de la Compañía, de que había sido actor; la gran hazaña de su vida! Pertenece a la Orden Tercera de San Francisco y no comprendía la piedad de sus sobrinas, que no se habían hecho hermanas; con tantos favores y tan fáciles obligaciones! Sorbía el té en el platillo, apuntalado por las dos manos, nadando a veces la punta de los bigotes en el líquido turbio, con unos resoplidos de fuelle. Tío Manuel hacía a cada sobrina preguntas de diferente índole, pero siempre las mismas, a Laura le preguntaba de modas «¿qué se usa? ¿Van las mujeres de campanas o de mangos de escoba?» A Rosarito le decía «¿te acuerdas ñata, en qué fecha me dió mi gran ataque de reumatismo?» Recordaba que fué por Agosto, pero no sabía a punto fijo el año. Y nunca tampoco acababa de enterarse. La sobrina, si, sabía a ciencia cierta, que fué en los días memorables de la fundación de la Olla del Pobre.

Mientras Rosarito se ensanchaba moralmente en sus recuerdos precisos, como una reina que despliega su cola sobre las gradas de un trono, al enumerar fechas que constituían su realeza moral, Mercedes, con una cara tristísima, con la boca caída, y los ojos lánguidos, reflejaba la negra melancolía del alma

excluída de la vida. Su corazón hambriento de afectos, de confianzas, no había encontrado más que el helado convencionalismo de un canónigo rancio. Su misticismo encadenado en las intransigencias católicas, había debido cortar el vuelo. Se consumía de soledad y de abandono en aquella casa cerrada a toda idea y dentro de sentimientos religiosos tan lúgubres, tan fuera de las iluminaciones y de las alegrías cristianas. El catolicismo de aquel período colonial, era de amenazas fatídicas y de terrores. Se veía pecado en todo y para todo, limitación de ideales, falseamiento de la naturaleza particular de los seres, terrores a un misterio impenetrable y en todo caso horrible... La pobre mujer no había encontrado ni cómo ejercer en aquella casa la ternura de su alma generosa, entre aquellos seres inconscientes y duros, que no conocían la sensibilidad. No sufrían de ninguna de las emociones que a ella la afectaban! Miraba actuar a sus hermanas como a seres de otro planeta, que no tenían nada en común con ella! Y es sin duda, uno de los dolores más grandes de la vida, el vivir forzosa y materialmente unidos a personas con quienes no hay parentesco espiritual, hermanos de sangre, que viven bajo el mismo techo y extraños de adentro, sin vinculación posible. Tan pueriles eran sus dos hermanas para Mercedes, como ella era de rara, de susceptible o de romántica—equivalente de visionaria—en el criterio

frío de las otras dos creaturas huecas, que vivían de hábitos hechos y de fórmulas necias.

Don Manuel solía embromarla cuando el té le había calentado el estómago y la dulzura del alfajor que tomaba religiosamente después del último sorbetazo al platillo, se le extendía en fruición complacida por el paladar.

—Tu cara, Mercedes, no acredita la dirección espiritual del señor Astorga! Careces, hija, de la alegría franciscana, que se respira en nuestra santa orden. ¡Y vamos que don Manuel estaba lejos de toda alegría, eternamente embotado en sus soñolencias digestivas...! Si fueras casada, Mercedes, creeríamos que tenías un hijo jugador o un marido ebrio... Tu cara corresponde a desastres grandes y sin embargo eres tan dichosa en la paz de esta casa, donde nada te falta, con tus hermanas que te miran la cara y cerca de la Catedral, donde a diario oyes a tu confesor rezongar las preces litúrgicas en el coro...

Rosarito se erguía suficiente para decir:

«A Mercedes, se le han pegado las beaterías de cierto círculo...» y hacía una solemne reticencia, para significar cuán poco gratas le eran las vidas que salían de su órbita de horas y fechas.

—Si te ocuparas más de la casa pensarías menos tonteras.

Creía a su hermana escrupulosa en fuerza de su ociosidad; ella que no conocía las torturas interiores, ni las complicaciones de ningún orden. Malo o

inferior era todo lo que ella no entendía y buenas eran sólo sus rutinas. Debía hacerse lo que ella ejecutaba y su vida, por cierto, era en su sentir la más útil y la más alta. Sostener aquella gran casa en el brillo de su estirpe, mantener las relaciones sociales cuidando de no acusar ni siquiera recibo de conocimiento, a esa gentuza, que se introducía ya en hogares menos aristocráticos. Mantener la moralidad de aquella servidumbre compuesta de tantas mujeres de sexo ya perdido... Conservar el aseo de un caserón enorme. Ver que nada faltase, que la mesa fuese abundante y las comidas puntuales. Que cada santo tuviese su novena y su altar aderezado; que jamás se hubiese faltado al ayuno y abstinencia de las fiestas de guardar. Todas esas eran cosas dignas de una Ruiz Tagle y de la gran mansión que conservaban como escudo señorial. ¿Qué sabía ella, ni podría saber jamás de las miserias morales de aquella casa, donde la más bella de las almas se consumía de abandono, donde las rentas disminuían y los gastos crecían, donde la hermana joven vegetaría siempre célibe, donde los hermanos hombres pusilánimes, ignorantes e incautos, estaban expuestos a las peores sorpresas de la vida y donde la religión, en cuyo nombre se vivía, secaba las almas, paralizaba todo impulso, cerraba el espíritu a la luz y atemorizaba cruelmente, sin consolar jamás? ¿Qué saben esos grandes egoístas que todo lo sacrifican a su indigencia moral?

Angel y Pepe, sentados en la punta de la mesa, se habían alterado en una discusión, entre copa y copa de cognac, que se hacían servir por receta del médico, según habían dicho a Rosarito. El caso era que a Pepe, que siempre le gustaba la última polla de casa grande que aparecía en el escenario, había dado en cortejar a una muchachita, que por cierto llevaba los *pedigrees* en la gracia de su sexo y no en las partidas de bautismo. Angel, furioso, le alegaba que era indigna esa conducta y que haría desmerecer el nombre de la familia si pololeaba a una niña, cuya situación no estaba a la altura de su nombre.

¡Qué censo irredimible era para Angel esa entidad que él llamaba así: la familia! Era toda la generación de figurones, sin más caudal que el nombre, seres inútiles que no habían pensado ni hecho nunca nada. Gentes de consejo, todos muy juiciosos, muy medidos, pudientes y discretos, realizando en masa la única virtud que les es accesible: de no dar que hablar!

Don Manuel se había dormido de codos sobre la mesa. Laura y Pérez sostenían animada charla, en frases siempre iguales, con idénticas palabras y sin ninguna idea. Él amasaba una pelotilla de pan y parecía preparar una declaración; ella le contaba, con fruición de beata, que asistía mucha gente a la novena del Señor de Mayo en San Agustín. Laura le tenía devoción a ese Cristo, cuyo rostro espantoso, condensaba la piedad colonial, hacia un Dios tan duro

como antiestético. Rosarito carraspereaba, para hacer ruido y favorecer la confianza que tal vez en aquel preciso momento brotaría de los labios del galán. Mercedes no participaba de nada; pensaba sólo en que debía ir muy temprano a coger tablilla al día siguiente en el confesonario del Señor Astorga.

Sobre aquella casa triste, cerrada a toda corriente de aire y a todo rayo de luz, se acentuaba el destino feroz de las almas antiguas. ¡Vegetar en la inconciencia, aburrirse en las rutinas! Secar el corazón fuera de los amores, apagar el cerebro en la inercia! Pasan los días sin dejar huella y el porvenir no muestra en perspectiva, más que el horror de la enfermedad, de la vejez y de la muerte, seguidas de un purgatorio espantoso o de un infierno eterno.

Las grandes salas se dormían en el tedio secular. Las invadía más y más el hielo mortal de las cosas que concluyen. Los grandes espejos velados, ponían la desolación de sus neblinas grises, en los fondos de las salas. En el patio del jardín, los toronjos perfumaban la soledad de aquel cuadrado triste, en que apenas, una que otra estrella deslizaba un rayito de luz hacia la tierra. El pino piramidal abatía su gran sombra tétrica sobre la mansión solitaria... Morada de donde se retiraba la vida. Existencias que habían quedado al margen de todos los sucesos... No entraría allí ni el goce ni el dolor... No moriría ninguno, ni jamás nacería un niño. Todos

envejecerían sí... y en el lento trascurso del tiempo, nunca podrían mirar hacia atrás, para encontrar la leve sonrisa de un acontecimiento feliz, ni mucho menos la sombra de una tragedia.

Los días pasarían eternamente grises, al compás de las mismas campanas, que no habían repicado a gloria, ni doblado a difuntos... Horas tristes y vacías de las almas, que no alcanzan a un grado de individualismo cualquiera, que no se desprenden de la masa colectiva de un ambiente banal. En la casona gris de amplios patios y largos corredores, sólo existiría la más modesta, pero también la más cruel de todas las tragedias humanas, esa horrible tragedia de no suceder *¡nunca nada!*

\* \*  
\* \*

Han pasado diez años. Encontramos a las mismas personas, reunidas bajo la sombra del pino piramidal. El patio gris incoloro, que solo ha visto tirar cerrojos, sobre puertas por donde jamás entró suceso alguno, está más sombrío que nunca. Las plantas han crecido y, se han emboscado. Los ganchos del pino con hojas en abanicos, sólo dejan penetrar el rubio rayo del sol o la palidez espectral de la luna, en manchas movibles, de fujitivos espectros luminosos. Los caminitos verdeguean entre las plantas inmóviles y apesaradas. El surtidor de agua gotea con descrepita lentitud.

Algunas criadas han muerto en la gracia del Señor y las otras arrastran penosamente las zapatillas sin hacer ruido, por los ladrillos desiguales del patio gris. Las enredaderas cuelgan lánguidas y mecen sus guirnaldas de flores macilentas, flores de la sombra, en estéril homenaje a esas vidas sin ayer y sin mañana.

Las señoras todas existen sin vivir y mueren lentamente viviendo. Los últimos pájaros que ocuparon las jaulas del corredor, han muerto sin ser reemplazados, desde que Mercedes se hizo monja en el convento de las Capuchinas. El gato ya no juguetea arqueando el lomo negro y lustroso. Está viejo y se inmoviliza como un cadáver, atravesado en los umbrales de esas puertas, por donde nunca entró ni dicha ni desgracia.

Algunas avecitas de estación han colgado sus nidos en el pino y sus vocinglerías hacen más helada la sombra del patio gris. Rosarito, baldada de reumatismo, rueda en una silla-coche por los corredores soñolientos, adonde llega amortiguado el ruido de la ciudad.

Laura tiene la cara torcida por un aire y la lengua torpe no le permite repetir las frases de estilo. Concluyeron los candidatos a novios y acabaron las modas. Amarga y cruel con su lengua indómita maldice de los tiempos y atribuye su celibato a la nobleza de su persona, que le impidió encontrar un hombre digno de llevarla al altar.

Y los hermanos! Ah! si las mujeres por pasividad, escapan a los desastres del solteraje, el hombre paga alto tributo, a la vida no vivida en condiciones regulares. Angel, presa de su manía aristocrática, de su ansia de grandeza de casta y por otras razones que se callañ, está trastornado; ni lo bastante para ser loco de encierro, ni lo suficientemente cuerdo para evitar locuras. El dinero que recoge de las propiedades urbanas que posee la familia, lo gasta en viajes a las distintas provincias en busca de capellanías y títulos. Se cree en tan buenas relaciones con Dios que ha suprimido todo culto religioso y lo que es más grave, se siente autorizado para seguir en la calle a todas las mujeres casadas. Cree que santifica al bello sexo, con ponerle los ojos, él un Borbón de línea recta.

Pepe administraba Chuchunco y ha formado una familia con la hija de la vieja llavera, una muchacha tuerta, que no tenía salida ni con el sacristán.

Rosarito fué prevenida a tiempo, pero no creyó jamás que un joven del orgullo de su hermano y de la educación recibida, cayera en bajas redes. La mala administración de la propiedad rural, la producción cada vez más escasa, hizo que el fundo saliese a venta por la Caja Hipotecaria, cuyos dividendos se adeudaban. Rosarito decretó que todo se perdería, pero que no abandonarían ellas la casa solariega. Con los despilfarros de Angel la situación urgía, a punto que pronto tendrían que salir de la

casa donde nacieron y ese sería el primer acontecimiento bueno o malo que las pobres creaturas pudiesen adeudarle al destino.

Los propios miembros de su cuerpo se habían encogido tan lentamente, que todo había entrado en la suave cadena de los hábitos. Iban a la tumba y casi no lo sentían. La vida se transformaba en torno y ellas lo ignoraban. Las ideas y las costumbres sociales habían cambiado, sin que ellas se aperciesen. Veían a las mismas personas, que sobrevivían de aquella época y no conocían a nadie del mundo nuevo. Habían dejado de salir a la calle tiempo há... Un capellán les decía misa en el oratorio. Angel no la oía, pues comunicaba directamente con el Padre Eterno, y el Espíritu Santo lo guiaba en sus conquistas románticas de pasear ventanas cerradas para él o abiertas para otros. Su cerebro se descompaginaba cada día más. Vivía en un mundo de blancas ilusiones, pero su cuerpo enflaquecía y su cabello se nevaba, mientras los ojos imbéciles o con excitaciones febriles, daban terror a las dos mujeres que oían sus imprecaciones o sus blasfemias. Pepe apuraba la copa, lo bastante para vivir embotado, sin ser ebrio. Todo su ser se había amortiguado; ni moría, ni enfermaba, ni vivía. Seguía la lenta descomposición de los suyos.

Era una tarde de verano. Los cuatro náufragos de la vida estaban reunidos en aquel patio, donde en vano los toronjos abrían sus estrellas blancas y ex-

primían sus esencias capitosas... Los sentidos muertos de aquellos seres no percibían nada. Todo el calor del día estival no había logrado sacudir la modorra triste del patio gris.

Hacía fresco. Don Blas mucho más anciano, se paseaba a pasos precipitados y nerviosos, desplegado el amplio manteo, como alas de murciélago. Venía regularmente a visitar a sus viejas tías. De tanto ver a las mismas personas, se había acostumbrado a la decadencia. La obesidad de Rosarito y el extravismo de las facciones de Laura y su pobre lengua que ya no articulaba sílaba, había entrado todo eso para don Blas en la rutina de las cosas sin remedio.

Además en su alto misticismo el sacerdote acataba la divina voluntad, seguro de que el revés del humano vivir, proyecta arriba en luz, las sombras de abajo. Su pureza infantil le impedía ver los progresos del alcohol en el averiado rostro de Pepe y las causas patológicas de la locura de Angel. Cubría las miserias, bajo el manto misericordioso del Señor, que hace todo en bien de sus escogidos y ¿cómo no habían de serlo personas que diariamente hacían celebrar el Santo Sacrificio? Además creía en la virtud tradicional de la familia.

Laura con su cara torcida y su ojo bizco, miraba de soslayo y creía que los pasos tan rápidos de don Blas, con el manteo desplegado, podían resfriarla, pero su lengua torpe sólo daba sonidos guturales.

El clérigo tardó en entender que esas voces tan raras, eran de reproche a la ligereza de sus movimientos.

Rosarito estaba preocupadísima. Había recibido una última notificación; la casa saldría a remate. ¿Adónde irían ellas, que no veían la calle tanto tiempo? ¿Quién se ocuparía de instalarlas en otra parte? Angel era un tormento. No podían recluirlo ni ponerlo en interdicción, porque Pepe y Laura se oponían en fuerza de no entender ya nada. La pobre mujer comunicó sus pesares—los primeros de su vida—a don Blas.

—Hijo, tenemos que pensar en mudarnos y el sacerdote con su aire inspirado de creatura que ya no pisa en la tierra le decía:

No importa, Tía, sólo debemos aspirar a nuestra mansión celestial. Esta no es patria.

Y seguía su paseo, refiriendo milagros en que de tal modo el Señor intervenía en los asuntos de los hombres que era pérdida de tiempo ocuparse de ellos, siendo que todo venía hecho de arriba.

¡Dejar la casa! era lo único que en el ánimo de Rosarito significaba un derrumbe. En vano se había perdido la vida entera; estaban en la casa ¡pero ahora que iba a ser de la familia! ¡Aquellos tres despojos humanos le representaban todavía la idea de familia!

Laura solía preguntar a Pepe «¿qué se usa?» La moda seguía preocupándola y siempre compraba

sombreros, como si alguna vez hubiese de ponérselos.

Aquella tarde seguía mirando *La Unión* y se admiraba mucho de ver en la Vida Social nombres que nunca había oído. ¡Y eso que debían de ser personas de virtud, cuando las anotaba en sus columnas, el diario Diocesano!

Las campanas de la Catedral, mezcladas las voces de la esquila ronca, con la esquila aguda, tocaron el Angelus, en un concierto armonioso de notas profundas con notas claras, como si una anciana y una joven discurriesen en la grave limpidez del aire de la altura, la una sobre el pasado triste y la otra sobre el alegre porvenir, de tiempos que vendrían... pero al resonar grave y dulcemente, en el patio gris, esas voces de ayer y de mañana tenían una melancolía desoladora... En vano cantaban las campanas, la hora de la gracia celestial, del mensajero divino y de la predestinación, puesto que en el viejo caserón, sólo entraría la muerte impiadosa, la decrepitud fea y el más allá tenebroso.

Y después del Angelus, volvieron a comer el puchero tradicional, que desde siglos se comía en aquella sala espaciosa y triste. Y luego tornaron a esperar las ocho, en aquel mismo patio donde tantas horas iguales sonaron siempre, para marcar tiempos vacíos, días ociosos, años lentos, en vidas solitarias y desencantadas... Qué prisión o que tumba fué aquella

gran casa! Había cobijado almas obscuras, extrañas entre sí, separadas por abismos que ninguna aproximación física anularía! Y qué sepulcro era ya de los últimos días de esos seres, candidatos a la muerte próxima o a la larga demencia!

Laura en sus manías de enferma, había tomado cierta ojeriza con el ángel de don Blas. Creía que el manteo siempre desplegado como alas fúnebres, que seguían el compás de sus pasos medidos por la dignidad eclesiástica, la constipaban. Don Blas, por su cuenta, también creía en ciertas corrientes de aire misteriosas, que venían por los suelos y que lo resfriaban por los pies.

Angel se paseaba meditabundo por los corredores. Sus graves problemas lo obcecaban con esa insidia que sienten los locos. Iba con las piernas algo separadas, apoyado en su bastón, absorto y embobado. Pepe dormitaba rojizo y con su aire de beodo. La memoria de Rosarito comenzaba a vacilar, las épocas y las fechas se embrollaban en su cerebro. Su mente se empañaba como los espejos de las grandes salas y amenazaba envolver en neblina ténue, aquellos recuerdos familiares, que creía los grandes sostenedores de la noble ciudad del pasado, que el tiempo desmoronaba lentamente.

Don Blas volvía a exhortar a la tía.

—Esta es una prueba de Dios, para despegarla de bienes terrenos ¿qué es una casa? cuando nosotros

mismos por la Comunción somos morada divina y vamos a todas partes con nuestro tesoro?

—Esas ideas son buenas para ti que llevas en la dignidad de tu estado, tus blasones, ¿pero nosotros que hemos de sostener el nombre de nuestra familia y el recuerdo de nuestra raza?

—¿Cuántos años de purgatorio ahorrará Ud. con este sacrificio bien aceptado? El purgatorio es largo y se cae en él por faltas levísimas. Religiosos ha habido, que han pasado años sin cuento por distracciones en el rezo, por apego a objetos manuales... ¿Quién sabe si es digno de amor o de odio? dicen los Libros Santos. Y Santa Teresa cuenta en su vida, que vió caer las almas en el infierno, como las hojas de los árboles que sacude el huracán!

Negras visiones de tormento se proyectaron en el espíritu de la pobre vieja, que no era mística sino supersticiosa y que de la religión sólo había sentido las rutinas desabridas y los espantos horribles.

Rosarito se encontró anciana, abandonada, próxima a caer en brazos de un Dios vengador o en las garras de demonios implacables.

Laura rabiaba displicente, Angel divagaba en grandezas imaginarias, Pepe dormitaba en los vapores del alcohol . Y por primera vez quizá en su existencia vacía, sintió el peso de una enorme tristeza, que no conocen ni los seres más desgraciados... El peso de la ¡Nada!... El abismo de la vida. ¡Siempre igual! de donde nada viene y adonde nada va...

La esquila de la Catedral dió las ocho con cierta burlona algazara de colegiala a quien nada le importa, porque es niña y la juventud le sonrío... Y a Rosarito la esquila bulliciosa, sonando la misma hora de siempre en el patio gris, parecía decir esta vez irónica ¡Jamás nada!... Tu no tendrás más que la muerte y un purgatorio largo, porque no has hecho nunca Nada.....! Horas vacías, días tétricos, años pesados... vida perdida!

Las esquilas de la iglesia antigua, cantarían siempre las horas alborozadas o graves a otras almas... pero para ella ¡Siempre nada!

\*  
\* \*

Don Blas, azorado y más nervioso que de costumbre, con ese andar abstraído y que parece que plana sobre las miserias humanas, ha llegado ante el pobrísimo torno de las Monjas Capuchinas, para dar a Mercedes la noticia de la muerte de su hermana, fallecida de un violento ataque de congestión cerebral, al amanecer de ese mismo día...

En ese convento sórdido de puro viejo y pobre se han refugiado muchas almas que la vida puso al margen de su curso, lento o impetuoso.

Es la ribera donde yacen muchas existencias sin pasado y sin mañana. El convento es la tumba de sus vidas y de sus cuerpos, pues allí mismo está la cripta que guardará sus despojos...

Mercedes fué a enterrar allí sus tristezas sentimentales, para no tener más confidente que la lamparilla titilante del Santuario a través de la reja negra del coro antiquísimo.

Por aquellos corredores tristes, silenciosos y largos, ha paseado las últimas congojas de su espíritu, que ya sumerge una ola de inercia y de paralización... Los patiecillos de altos tapiales con penumbras pálidas que proyectan los muros blanquizcos o penumbras verdes que dan los viejos árboles, han cobijado muchas rebeliones de la voluntad, en la pobre mujer que siente correr la vida allá lejos, en sordos ecos, mientras ella, es una muerta viva, en quien nadie piensa, a quien nadie recuerda y a quien nadie ama... Ah! si hubiera dejado un afecto en el mundo, lejano, silencioso, ese afecto la acompañaría entre los muros blancos, pálidos, en las perspectivas tétricas de los largos corredores antiguos, cruzados de fantasmas, ante el espectro fatídico del viejo campanario, que sombrea el patio como una amenaza... Algo, una dulce simpatía, le daría el valor de acudir a maitines, al son de la esquila que suena lúgubre a la media noche, en la ciudad dormida... pero nada!

¡Siempre nada! la regla invariable, las monjas repitiendo las frases consagradas, los cánticos reglamentarios, las preces litúrgicas...

Su rostro había empalidecido, sus manos estaban exangües y le flaqueaban las piernas. La triste-

za la oprimía caminando hacia el torno, desde su vieja celda, con los muros salpicados de sangre, por las penitencias de su predecesora. Ya no tenía bríos. Días hubo en que ni aspiró ni temió nada. Se consumía de tedio y hacía las mismas cosas, como si hubiese entrado ya en esa eternidad, en que nada cambiaría nunca.

Atravesó como una sombra lenta, los grandes patios y penetró al patiecillo en luz blanquecina, por donde apenas aparecía el cielo y que daba entrada al cuarto del torno giratorio que comunicaba con el exterior.

¡Dios sea bendito! dijo a través de la madera negra la voz atiplada y grave del sacerdote.

¡Por los siglos de los siglos! respondió la voz solemne de Sor Juana de la Cruz.

—Valor hermana!, prosiguió don Blas. Ha pasado lo mejor y lo peor!... Tía Rosario ha ido a gozar de Dios...

¡Qué el Señor la guarde para siempre! dijo la religiosa, sin inmutarse.

La muerte por horrible que sea, es la supresión de esta otra muerte en vida, pero al realizar esta palabra ¡Muerte! una oleada de sangre le agitó el pecho exhausto y vió a su hermana en gloria y majestad, presidiendo el consejo de familia. Le pareció tan noble, tan digna, y por primera vez comprendió que así seca y fría, Rosarito había sido un amparo en su vida...

Don Blas añadía interminables detalles de las ab-soluciones que le había dado, de los signos de com-presión con que respondiera la paciente, de la ago-nía corta y del aire de serenidad que tenía la muer-ta, bajo la luz amarillenta de los cirios... Todo se había hecho conforme a la liturgia y al sentir de la Madre Iglesia, único consuelo de los que parten...

Mercedes pensaba en sus hermanos. ¿Y Laura? Ella no sufre, su enfermedad la ha insensibilizado... Se ocupó de ponerle el más rico vestido de moaré. Angel arregla los aparatos fúnebres, no está para otra cosa su pobre cabeza, y a Pepe lo noto como aplas-tado, discute menos con su hermano. Las criadas rezan rosarios unos tras otros, al rededor del lecho mortuorio.

Sor Juana de la Cruz, la pobre religiosa, sepulta-da en el claustro por angustia de su corazón ator-mentado, que la vida no satisfizo nunca, que había venido a refugiarse en la casa del Señor en busca de dicha espiritual, que tampoco sintiera en las ruti-nas conventuales, experimentó una violenta sacudi-da, como si la inundara de súbito una luz descono-cida.

Dime Blas—dijo anhelante.—¿La vida no es más que eso, un camino en las sombras, solitario y áspe-ro...? ¿Nunca se alumbra nada aquí abajo? Y el sa-cerdote que era un místico de verdad, dentro de su aparente e infantil puerilidad, se sintió estremecer como ante una revelación inusitada.

—La vida, dijo lentamente, es el obscuro germinar de la raíz en el seno de la tierra, pero nuestra alma sin que nosotros lo sospechemos, en nuestra limitada conciencia humana, se ha erguido como la planta en el aire puro, ha producido una flor maravillosa, que bebe la luz del sol... Esa flor se ha nutrido de los jugos, que el dolor del hombre, como las raíces en la tierra, extraen del seno de la vida...

Don Blas estaba como inspirado, sus ojos celestes brillaban en divinos resplandores... La monja del otro lado de la clausura, lloraba lágrimas silenciosas que caían lentamente sobre el hábito negro de tela burda...

¿De manera que las vidas en apariencia estériles, las vidas tristes, las vidas nuestras, en fin, elaboran algo...?

Y el sacerdote más y más inspirado, como si una brecha luminosa se hubiera abierto en el obscuro horizonte gris; decía:

Sí! las vidas más quietas, son las más laboriosas. En el tedio humano, en la soledad, en el cansancio el alma teje, infatigable obrera, con hilos multicolores y complicados la primorosa labor que será el fruto de nuestra vida. Mientras menos tenemos aquí, es porque hacemos más para allá...

La monja comprendía... No en vano, había clamado tanto al Señor. Enmudeció largo tiempo, pero era para hablar más hondo...

La vida es eterna, hermana mía, proseguía don

Blas, con un acento tan grave, que ya no parecía el niño viejo de siempre, sino un profeta de la luz...

Sí, la vida es eterna... No sabemos lo que nos precede ni lo que nos continúa .. Estamos en la limitada conciencia de lo relativo. Dios se reserva para sorprendernos el Reino del absoluto... El alma tiene horas diversas en su eterna marcha a través del infinito.

La Vida marca sin duda en este rincón de planeta, la hora de *Queda*, la hora de gestación tenebrosa, de duda, de anhelo y de ansiedad... Vivimos la hora del desconocimiento, de la soledad, de las aproximaciones oscuras, de las partidas prematuras. Nos acercamos sin conocernos, vivimos sin amarnos, morimos llenos de pesadumbres... y todo era necesario para nuestro desarrollo superior.

Sor Juana de la Cruz escuchaba... No era don Blas ¡nó! quién hablaba tras la reja negra, era el Espíritu divino, el Verbo eterno, quien la consolaba en el último abandono de su miseria...

—Los hombres ignoramos, pero Dios sabe...

*La hora de Queda* es una hora de gracia. En todo acontecimiento triste o alegre vivimos como seres humanos, pero cuando la Vida nos abandona, cuando nos olvida y parece despreciarnos, despojos inútiles, el alma elabora mejor que nunca su obra misteriosa y entre fealdades, humillaciones y miserias, alcanzamos un grado de desarrollo espiritual que

nos alza de súbito sobre la montaña abierta a los grandes horizontes de la eternidad...

La gran campana ronca de la Catedral, tocaba el mediodía luminoso y la campanita triste del convento tocaba el reposo... ¡La hora de Queda!...

Pahuilmo, Febrero 2 de 1918.

Tête de Linotte

SOY un viejo médico y he consagrado mi vida entera al estudio de la neurosis. He observado durante casi cuarenta años los estragos que el sistema nervioso opera en el organismo humano. Sé cómo esa traidora enfermedad, simula los síntomas de todos los otros males, que aquejan a la especie.

Mi amor a la ciencia ha paralizado todo desarrollo de mi personalidad, en cualquier otro orden de la vida humana. Me ha interesado siempre más el estudio de un fenómeno relacionado con el sistema nervioso, que una aventura galante, un viaje o un espectáculo de arte.

No soy profesional de necesidad, sino de verdadera y natural afición. Mientras mis colegas, dividían su tiempo, entre el mundo y la ciencia, yo concentraba todas mis energías en la observación de los «casos» y en el desarrollo de las teorías, que esos mismos casos ofrecían como punto de partida.

Mi vida se ha deslizado llena de interés, tranquila y útil para mis semejantes.

Las creaturas que he debido observar, no han tenido para mí, ni edad, ni sexo. Eran sólo la afirmación, la negación o la ampliación de la ley, cuyo conocimiento me había propuesto descubrir.

Las más hermosas o delicadas creaturas, en edad tierna o en sabrosa madurez, no hablaron jamás a mis sentidos de hombre, sino a mis elucubraciones de médico, enamorado de la Ciencia.

Las fuerzas destructoras del Amor, se me revelaron a través de los crueles fenómenos, de que fueron víctimas algunos de mis clientes.

Alcanzé así mis sesenta años en serenidad de alma, en paz de corazón, en satisfacción de conciencia y en pleno vigor de las funciones de mi organismo físico.

Mi vida, había transcurrido en una normalidad perfecta dentro de un método invariable. Habité siempre el mismo departamento, en que nací, calle de Augusto Comte, en las vecindades de los señoriales jardines del Palacio de Borbón.

Vi deslizarse los años, sucederse las estaciones, caer sistemas políticos y reemplazarse por otros, con el espíritu de sana filosofía, con que miré siempre los vaivenes humanos.

Para mí, sólo era grande la Naturaleza, cuyas impasibles leyes no logró alterar hombre alguno, ni derrocar ningún sistema de gobierno. Observar esas

leyes para su mejor aplicación constituía el ideal supremo de mi existencia.

Vivía tranquilo, hacía mañana y tarde mi acostumbrado paseo por los jardines del Luxemburgo. Ví convertirse en hombres a los mismos niños que viera jugar al lado de sus ayas. Asistía diariamente a la Salpêtrière a las horas reglamentarias y mis conocimientos aumentaban.

Las leyes naturales a veces esquivas, pero siempre normales, se escondían sólo para hacer resaltar de súbito y con mayor fuerza su implacable lógica. La regularidad perfecta de la naturaleza, dejó en mi espíritu, un sedimento de paz y un acatamiento a sus imposiciones necesarias. Mi mente reposaba sobre esta fórmula ¡Debe ser, todo lo que es y Es, todo lo que debe ser! Creía ciertamente que mi espíritu no podría salir nunca del riel, que le trazara la sana práctica de una vida entera y sin embargo...!

En el verano de 1912, por el mes de Agosto, fui convocado al Congreso Médico Internacional, que recorrería algunos establecimientos y casas de salud, distribuidos en diversos puntos de la Europa.

Mis colegas se reunieron en el número de, más o menos, 300 facultativos, procedentes de distintos países. Yo debía representar a la Salpêtrière de París, e investido de tal honor, me puse en viaje.

Sólo recordaré el sitio pertinente a «esta fatalidad» que cambió el curso de mi tranquila y noble existencia. Fué en «Divonne les Bains» estableci-

miento hidroterápico, situado en el departamento de «Ain», entre el lago Ginebra, que azulea en lontananza y las sombrías montañas del Jura.

Sobre una eminencia y en medio de un adusto pinar, se elevan muchas construcciones de distintas épocas en que puede estudiarse la marcha de las necesidades sociales.

Modestos departamentos primero, hoteles con dependencias higiénicas después... y por último los magníficos palacios que hospedan a los millonarios de todo el mundo. Las casas viejas, la Villa, y Chicago, forman la sucesión de etapas, que han debido seguir, las transformaciones necesarias, que corresponden a la cultura y al mayor refinamiento de los huéspedes.

Hermosos jardines rodean estas construcciones y los accidentes naturales del terreno, suspenden floridas terrazas, superpuestas las unas encima de las otras, en gradiente suave y en dulce declive, sobre los campos suizos, que se extienden al pie de los balcones salientes, de las habitaciones suntuosas.

El lago Lemán, espejea en el horizonte y el Monte Blanco, levanta su cono de plata, que irisan todos los fuegos crepusculares.

Mi falta de contacto con el libre espacio y con la naturaleza rústica, puso en mi espíritu, cierta exaltación inadecuada al ritmo permanente de mi vida austera.

El gran aire del campo, los horizontes dilatados,

los árboles frondosos, que si bien pertenecían a la misma flora y tenían los mismos aspectos del resto del planeta, mostraban cierto desenfreno indómito, que no conocían los bien tallados arbustos del Luxemburgo, me comunicaron su exuberancia.

Sin duda la naturaleza, comenzó a desmoralizarme, mucho antes que la extraña creatura realizara su obra fatal.

Fuimos recibidos y muy bien instalados, por el personal médico de los Baños. En nuestro honor se dió un gran baile la noche de nuestra llegada. Desfilaron ante los ojos de mis colegas y ante los míos atónitos, en una sala cuadrada y enorme, que se abre a los extremos sobre jardines y terrazas, todas las nacionalidades de la Europa, con sus títulos, sus extravagancias o sus características raciales.

El Asia, el Africa, y la América también estaban representados en mujeres de tipos de ídolos asirios, en bellezas lánguidas y transparentes de odaliscas salidas de las sombras de algún harém o de profesionales bellezas modernas, de formas esbeltas y carnadura dorada.

Pude observar la gracia de los nuevos bailes, la extrema flexibilidad y el donaire de las parejas.

La ciencia es muy alta y muy grande, pero ¡qué bella es la juventud y que dulce es la vida con su frivolidad, para los que no merecen ser ungidos como sacerdotes de la Verdad, en el templo del Universo! pensé entonces.

Por entre todas esas muestras de casas reinantes, o de monarquías caídas, de productos de tierras jóvenes o de países caducos, una mujer se impuso a mi atención y primó de súbito sobre esas beldades insolentes, hechas de rayos de sol, o evocadas en sombras nocturnas, hijas de luz o de tinieblas.

Todas ellas formaban parte, cada cual en su carácter propio, de una armonía divina... Eran notas de una gran sinfonía orquestal.

Esta mujer que fué para mí, por un misterio que nunca descifraré el *leit motif* de aquel grandioso espectáculo, llevaba un traje de terciopelo azul-rey con una enorme cola de lama de oro—materia con que se hacen los paramentos sagrados—y que, prendida en un hombro, prolongaba su esbelta silueta con imperial soberanía.

Temperamento nervioso por cierto, de carnes enjutas y elásticas, no presentaba formas opulentas, ni líneas sólidas, ni colorido determinado. Era una creatura cambiante, prismática, de un misterio indefinido y atrayente. Sus ojos grises—ojos felinos—daban al mirar reflejos acerados, duros y cortantes. Me atrajo con una de esas atracciones embrujantes, que paralizaron mi poderosa facultad de análisis.

Yo, un médico altamente graduado, profesor en la Salpêtrière, un operador sobre la voluntad humana, sufría un eclipse en mis conocimientos, una depresión de todo mi ser.

Seguí durante toda la noche el ritmo de los movimientos de aquella ninfa, cuando se mecía en brazos de los danzarines que la solicitaban a cada vuelta de baile.

Su cuerpo estirado como un tallo de lirio sobre sus caderas enjutas, tenía ondulaciones, que sólo había sorprendido en la gran pantera del jardín de plantas.

Encuadraba su extraño rostro, un turbante de pedrerías, en cuya cima se desplegaba triunfante, un ave del paraíso, de fantástico plumaje.

Concluído el baile y antes de recogerme, salí a la gran terraza que domina la pendiente, en que se alza esta serie de palacios, hechos para abrigar la neurosis del mundo entero.

La luna que ya declinaba, aparecía amarillenta y trágica en un confín del cielo. Media noche iba a sonar muy pronto, y yo me extendí sobre una silla larga, fatigado quizá, de un espectáculo tan nuevo, para mis inveteradas costumbres de hombre de ciencia; cuando apareció de súbito—inconocible, en el primer momento, pues venía envuelta en amplia capa con capuchón—la dama singular.

—«Monsieur Gérard,—me dijo, con un acento que me produjo escalofrío, cual si me rozara de súbito la piel, el contacto de una serpiente.—Yo lo conozco a Ud. desde hace dos mil años. Hemos vivido en Roma ¿recuerda Ud.? Teníamos entonces distinto sexo... Quiero ayudar su memoria psíquica.

...Aquellas palabras, aquella mirada con brillos de puñal, en la claridad espectral de la luna menguante, ejerció sobre mí una impresión indigna de mi carácter científico y de la sabiduría que vengo cultivando con tanto afán...

¿Sería una de tantas neuróticas, detraquéés, o maniáticas, de esas que constituían mis apasionantes casos? Ofrecía síntomas, ciertamente, pero había en ella un elemento nuevo, que confundía mis experiencias. Me quedé paralojizado, sin saber qué diagnóstico formular, para mis adentros.

—Señora, dije; me ha deslumbrado Ud., a punto que mi memoria humana, se enturbia y no me permite recordar nada. Sea que la haya visto a Ud. en Roma, en Atenas o en Bizancio, la visión que ha proyectado Ud. esta noche en mi alma, empaña todas las memorias del gran pasado...

Y desapareció la extraña creatura, dejándome con la boca abierta, frente al espectro lívido de la luna menguante...

El Monte Blanco se bosquejaba como un gran fantasma—gigante monstruoso que velaba en la noche silenciosa.

Inútil me parece decir que faltando al hábito de toda una vida, el sueño se negó a cerrar mis párpados aquella noche.

Al día siguiente debí leer mi discurso ante la asamblea de las corporaciones reunidas. La dama se presentó dentro de una damáltica amarilla. Pare-

cía la sacerdotisa de un rito oriental. Sentado cerca de ella el Khedive de Egipto, lanzaba miradas musulmanas, que no habría podido precisar si se dirigían a ella sola o si venían también encaminadas al conferencista.

Me sentí animado en mi discurso por un fuego oculto que nunca había experimentado ante eminentes asambleas.

Actuaba en mí, un factor desconocido, que mis profundos conocimientos de las leyes naturales, no lograba definir, ni menos clasificar.

—El misterio de la vida, es insondable—me decía, sin descubrir la causa del extraño fenómeno de exaltación, que la presencia de esta mujer ejercía en mí...

Los habitantes del suntuoso balneario, se reunían después de almuerzo a oír la música «Bajo los Almendros». Cuando trataba yo de contraer mi atención, en el estudio de los datos estadísticos que me había confiado el cuerpo Médico del Establecimiento Hidroterápico, sentí una conmoción que borró todas mis ideas... Presentí que una fuerza superior operaba sobre mí—eximio operador sobre las débiles y vacilantes voluntades femeninas de mis casos de estudio.

Era ella que atravesaba por entre las mesitas y sillones en que tomaban el café y escuchaban la música de la orquesta, los habitantes de Divonne les Bains.

Llevaba un traje de batista muy ceñido que marcaba sus formas delgadas y esbeltas,—formas de adolescente algo secas,—la cabeza cubierta por un bonete blanco de lencería, como capelina de Bebé, el cigarro diestramente cogido en la comisura de los labios finísimos.

Arrastraba todas las miradas. Era el centro de ese aristocrático sitio, en las horas cálidas del medio día, cuando la orquesta tocaba los *aires* ya desusados de los viejos maestros, en sus blandos y extensos compases armoniosos. Ella, la desconocida, cantaba la armonía, en toda su persona, bella, flexible, esbelta y ondulante, como la música en sus acordes sonoros.

Toda armonía es sin duda un «cántico» en su índole particular. Las líneas y los colores al armonizarse en una tela, cantan también a su manera. Estas ideas tan diferentes a las que debía sugerirme el cuaderno, que tenía en la mano, para anotar datos estadísticos, sin duda provenían de ella.

Uno de mis colegas vino a sacarme de mis reflexiones. Atraído por esta mujer única, que pasaba de una mesa a otra, repartiendo palabras, que debían ser deliciosas, pero que yo no oía, me dió los siguientes datos, que él había recogido, mientras yo me revolcaba de insomnio aquella larga noche, pensando en ella...

—Es una princesa italiana, me dijo, se ha casado

con un diputado socialista de Palermo. Su pasión es el juego y juega muy grueso.

Mientras hablábamos, ella se había acomodado en una butaca, con una pierna sobre la otra, fumando su cigarrillo con desenfado y bebiendo pequeños sorbos de licor en el vasito que tenía delante.

¡Con cuanta facilidad se desequilibra un hombre! sin que hubiera mediado causa alguna tangible, yo había perdido todo control sobre mí mismo. Esas eternas leyes, de cuyo secreto había creído apoderarme, en tan largos años de estudio, sólo servían ahora para probarme la impotencia de mi debilidad, ante su desarrollo fatal, a través de una causa desconocida...

La mujer, un ser tan ilógico, tan impulsivo, tan sometido a la naturaleza ciega, no podía ser más que el instrumento, mediante el cual operaba en mí un agente oculto—un enemigo emboscado!

Un fuerte dolor de cabeza me obligó a retirarme a mi cuarto y me puso en la precisión de desertar la compañía de mis colegas que visitaban el establecimiento.

En la noche la encontré instalada en una mesa de juego—única mujer entre muchos señores vestidos de etiqueta.

—Marqués, présteme diez mil francos,—decía a un señor cano, de amplia barba nazarena. Al concluir la partida, ella sacó de su bolsa de oro y rubíes el cuaderno de cheques y puso la suma de sus deudas

—algunas decenas de miles de francos... que había perdido en pocas horas, con un gesto de fría impasibilidad.

Concluída la partida se levantó perfectamente serena y se marchó por las negras avenidas del pinar...

De pronto, como si la cogiera un capricho, proyectó sobre la cara de un mozo, a quien sus encantos no parecían conmover, la luz eléctrica de una pulsera que llevaba siempre puesta... Y lanzándole una sonora carcajada a quemarropa, exclamó:

—Psht! Il n'y a rien a faire avec celui là!

Continuó su camino unos cuantos pasos, se sentó muy escotada y sin abrigo, bajo los árboles, silbó con un pito e hizo venir un criado a quien pidió una botella de champagne, que bebió lentamente, en la soledad del parque silencioso.

Sin atreverme a aproximarme, víctima de una timidez impropia de mis años y de mis méritos, yo la observaba desde la sombra. Una luz caía perpendicular sobre su cabeza, cubierta ahora por una punta de encaje. Los destellos plateados de sus ojos grises me traspasaban como una finísima hoja de acero bruñido.

Cuando se levantó para marcharse pasó junto a mí... Me palpitaba violentamente el corazón. La ví detenerse y con la misma naturalidad de la víspera, me dijo:

—Professeur Gérard, que mala noche ha debido pa-

sar Ud! la compensará ahora, con un profundo sueño. Saldremos en astral, nos encontraremos, haremos reminiscencias de nuestro gran pasado y mañana nos entenderemos, sin necesidad de palabras...

Es tan inútil la palabra cuando han hablado las almas! somos un par de espíritus viejos, llamados a entenderse por encima de todas las limitaciones humanas.

Quise responder y mi lengua torpe no supo formular una idea confusa... Desapareció como una sílfide en el bosque tenebroso.

En vano habría querido luchar contra el sueño pesado que me invadió al ponerme en el lecho.

Además, tenía curiosidad de saber... qué fenómeno iba a desarrollar en mí, aquella sugestión de hada. El hombre de ciencia todavía primaba en mí, sobre la frágil creatura, arrojada al azar, por una suave insinuación femenina.

Me hundí en el caos. No supe más de mí. El sueño que me cogió, fué un perfecto paréntesis de conciencia. No viví, permanecí muerto, toda la noche; pero al despertarme, creí volver, por el peso del cerebro, por la profundidad del letargo, por la dificultad de tomar conciencia de mí mismo, de una región muy remota.

En vano me interrogaba, mi conciencia no registraba el más leve asomo, de una imagen que hubiera cruzado su abismo negro...

Me levanté anhelante de encontrarla para que me

diera una explicación, pero Ella había partido en una excursión de automóvil, acompañada de un doctor, diciendo que no volvería hasta la noche.

Mis colegas debían partir al medio día. Yo pretexté una enfermedad y me quedé en cama, ofreciendo reunirme con ellos, en Saint Moritz.

Pasé un día de espantosa angustia. Sentía que me habían arrebatado, ese dominio de mí mismo, que constituía el orgullo y la dignidad de mi existencia. Yo razonaba con perfecta claridad, con inflexible lógica, conservaba mi facultad de severo análisis y de concentración sintética, pero mi voluntad estaba anulada, arrebatada y todos mis esfuerzos, cual manotadas de naufrago, en un elemento líquido, se hacían impotentes.

Me sobrecogía de terror, el desencanto de ver cómo una existencia de ferviente culto a la verdad, de consagración a un Ideal, se anulaba de improviso a merced de otra ley desconocida por la ciencia y sin duda superior a todas las grandes constataciones modernas.

Para calmar la fiebre que me consumía, en espera de su vuelta, me fuí a devorar kilómetros en automóvil. Detestaba esas máquinas, que huelen a petróleo y las raras veces que había debido tomar un vehículo en París—ese vehículo inusitado en mi vida era el autobus—que marcha con detenciones y con ruta invariablemente marcada. Todo sin duda cambiaba en mis hábitos.

El colorido intenso y fresco de los campos me impresionaba ahora más que el rojo de la sangre caliente o que la palidez marmórea del cadáver... Una vida nueva de sensaciones agudas y hondas entraba en mí y sacudía, la inercia sensual de toda una existencia de cerebral y de meditativo.

La máquina, veloz en su trepidación nerviosa, cruzó como flecha, praderas verdes y colinas sombreadas por grandes árboles. La naturaleza aun en lo avanzado del estío, guardaba su frescura primaveral.

El lago Ginebra azuleaba cándido a orillas de la ruta encantada y los Alpes de la Saboya, ponían una decoración de ensueño, en el horizonte inflamado y vibrante de luz. Todas las cosas tenían una belleza idílica, y de candorosa juventud.

Las líneas nobles se armonizaban sin chocar y las coloraciones suaves se fundían dulcemente. El tinteneo de los cascabeles del ganado, picaba el silencio profundo de los campos, haciendo resaltar la solemne y grandiosa serenidad de la naturaleza.

La verdura alcanzaba su intensidad más profunda y las aguas cristalinas, azuleaban castamente engastadas en el vaso de sus márgenes floridas, al pie de las montañas esfumadas en luces misteriosas...

Yo que sólo había conocido la belleza de la ley que actúa en la circunstancia especial y que nuestro espíritu acomoda al caso particular, vine a com-

prender la naturaleza magnífica, que se muestra sólo en esplendor de belleza, sin fines ulteriores.

Un soberano encantamiento se cernía sobre el paisaje en esta profunda calma de la estación agonizante. El camino culebreaba entre las praderas esmeraldinas, que techaban a largos trechos las espesas copas de los árboles, plantados en filas apretadas. Y por encima de las sombrías y bien redondeadas cúpulas vegetales, de los pinares aterciopelados, las aguas sonreían divinamente azules...

Con vertiginosa rapidez nos cruzó un automóvil en sentido contrario y una manecita enguantada se agitó para gritar:

—¡Professeur Gerard! ¡Profeseur!...

Y la voz se perdió como nota musical en los campos que animara por un instante, su rápida aparición.

Al entrar en mi aposento encontré una esquelilla en papel del Japón, con un monograma en que las letras se enlazaban a través de una esfinge dorada, y que decía así en caracteres enérgicos y sueltos:

—«Professeur: Je vous attends ce soir au numero 106 de Chicago a 10 h. précises. Votre ancienne amie du temps d'Auguste.»

Lo más curioso es que aquella breve esquila que en cualquiera otra circunstancia, me habría parecido venida de un manicomio, ahora estremecía en mi ser un abismo misterioso, que proyectaba las más insólitas claridades... Sus breves palabras me habían

introducido en la atmósfera de su espíritu singular. Operaba en mí sin hablarme, a distancia y por la virtud de una cuantas letras...

La cita me puso en ese estado de inquietud febril, en que había visto a tantos de mis «casos», víctima de la debilidad amorosa, que hace al hombre de razón inferior a la bestia y en la mayoría de las veces pueril como niño.

No pude tener reposo hasta que el reloj de la aldea marcó la hora. Había caminado todo el tiempo sin acomodarme en ningún sitio y debía estar extenuado.

Azorado, jadeante y tembloroso toqué en la puerta que indicaba el número de la esquila. Una criada inglesa se inclinó y me indicó el paso. Marché entre biombos negros que mostraban países exóticos, pasé a una salita perfumada a sándalo, en que la vulgaridad del cuarto de hotel estaba borrada por tapicerías, pieles y chucherías de toda especie.

Había flores fantásticas de rara belleza en tiestos de esmalte, cuadros con evocaciones singulares que indicaban gustos extraños y llamó sobre todo mi atención, una fotografía cuya figura hacía pensar en el super hombre de Nietzsche. Figura de asceta, especie de Cristo, con más alto misterio que el que los pintores primitivos dieron a la figura del Nazareno, atraía con sugestión abismática, desde la vulgar cartulina en que sus rasgos humanos se hacían visibles.

Recordaba por su carácter místico otra estatua del Museo del Louvre—obra de la época fenicia—y cuya fuerza subyugaba con un magnetismo de potente serenidad en la misma índole espiritual.

Abstraído en esta contemplación fascinante, no sentí pasos... ¿o acaso ella penetraba siempre a modo de aparición en las alcobas, como entraba en la vida y en los corazones humanos? Una corriente eléctrica me hizo volver la cabeza. Estaba tras de mí.

Venía envuelta en una dalmática, bordada de pedererías al estilo persa y su cabeza de cabellos oscuros estaba ceñida por una diadema refulgente, que la convertían, así de pie, en actitud hierática—cerrada de expresión y misteriosa de porte—en una Maga que conoce el porvenir o en una Esfinge que propone la clave de un enigma.

Más que nunca, sus ojos acerados, relampagueaban en siniestras claridades... Me incliné, no como ante una mujer, ni como ante una diosa, sino cual si fuese el universo en espléndida manifestación.

Después de unos cuantos minutos de silencio, que me hicieron sentir en verdad, lo que consideraba yo la poesía de la expresión—que la eternidad se condensa en un instante—y cuando ya ella se sintió dueña de mí, sonrió ligeramente, me tendió una mano muy suave, de exquisita piel y de forma finísima y se instaló en un sillón gótico de ébano, cuyo respaldo calado hacía el más delicioso marco a su figura enigmática.

Inútil es decir que yo había perdido toda la flexibilidad de mis movimientos, y que el verbo había desertado mi lengua torpe y mi cerebro vacío de toda idea. Desde aquel trono se convertía, ella en la Sibila, que formularía el oráculo, mientras yo escuchaba reverente, extático...

—«Professeur—me dijo, con una voz de resonancias profundas y de matices musicales—¡Cuántos siglos a que nuestras almas estaban separadas... si es posible, y para hablar en lenguaje terreno, que los espíritus conozcan las separatividades materiales! Su *Ego*, que por aquella época era ya bastante evolucionado a través de las limitaciones de la forma, contrajo una deuda conmigo—pequeña deuda, en el mundo donde todo se paga... y es esta la causa de nuestro fugaz encuentro en el plano físico.

En los tiempos del Emperador Augusto, yo que entonces pertenecía al sexo, llamado por ironía fuerte, siendo que en realidad la potencia del músculo va en relación inversa a la superioridad del espíritu, pues entonces, mi Ego de sexo positivo, sufrió algún menoscabo material del Ego de Ud., negativo en aquel tiempo.

No constituyó la falta cometida uno de esos *Karmas* violentos, que se expían más tarde mezclando las vidas para triturarlas. ¡Nól Cancelará Ud. conmigo la vieja deuda, aceptando dócilmente la sugestión que yo le impondré, y sufriendo las ligeras per-

turbaciones, que a su vida actual traerán las pasadas causas irreparables.

Ud. es ahora un sabio eminente y tendrá la humillación de sentirse dominado por una casquivana. Los fenómenos de que seguirá siendo víctima, le harán temer por la claridad de su razón...

Pero tenga confianza. No puede Ud. perder, lo que ya ha adquirido. La verdad, a que ha consagrado su vida, es la más fiel de las amantes. Su cerebro permanecerá en equilibrio. Será Ud. ridículo para los necios—para todos esos espíritus niños, a quienes la sombra mortal impide ver la luz emanada del plano inmediatamente superior.

Estaba tan hermosa mientras hablaba, con su cabecita apoyada al dorso del sillón gótico y los ojos perdidos en ensoñaciones lejanas, que sus palabras me embriagaban como los acordes solemnes y prolongados del órgano, en los oficios sagrados de los templos medioevales... Sus manecitas diminutas y cubiertas de relucientes sortijas, tenían gestos divinos que esculpían las ideas en líneas delicadas y daban esencia viviente a sus expresiones...

—¿Qué debo hacer, señora—exclamé, confuso,— para cancelar esa cuenta, que mi corazón dejará siempre abierta?

—Pues es muy sencillo, regresará Ud. mañana a París, se concentrará un instante y hará en seguida lo que su conciencia le dicte. Será un dictado tan claro y tan preciso, que no sólo lo sentirá Ud. con

evidencia, sino que se verá arrastrado a ejecutarlo, aún a riesgo de la vida...

Las imposiciones del orden psíquico, anulan la voluntad personal y se cumplen con la misma fatalidad con que las leyes naturales siguen su curso en el universo... No es menester que Ud. crea, ni que Ud. acepte... El huracán lo arrastra a Ud. de manera que no le permite observar sus posibilidades... Y su pequeño dedo se levantó, en alto como señal de que la audiencia terminaba.

\*  
\* \*

Salí dando tumbos... embriagado, confuso y aturdido. Toda mi sabiduría, mis largos años de estudio, la solidez de mi espíritu, la serenidad que me daba el perfecto dominio de mí mismo, la falta de pasiones en que había vivido, todo eso, todo, quedaba anulado en un instante por el fantástico capricho de una aventurera...

Ya sentía como una obsesión la necesidad de partir, al siguiente día. Fui a despedirme del doctor Rolland, jefe del Establecimiento Hidroterápico a donde había llegado, peregrino de la verdad, y de donde partiría, esclavo de un capricho de mujer desconocida y a quien probablemente no vería más, después de cumplir su mandato psíquico—si es que no le daba la fantasía, de que yo, un Profesor en Sorbona, me convirtiera en su lacayo.

Diestramente llevé la conversación del lado de la Princesa Italiana, como se le llamaba en «Divonnes les Bains» de donde era cliente antigua.

—¿De qué padece esta mujer y por qué viene al establecimiento? fué mi primera pregunta.

El doctor, que era un hombre de perfecto equilibrio, no manifestó ninguna extrañeza particular de mi interés.

—Viene a tomar duchas escocesas, porque dice que Divonne, es la parte en que las dan mejor en el mundo. Es mi cliente. Raras veces he visto una naturaleza tan normal. Juega, trasnocha, ejecuta caprichos inverosímiles y nunca sufre depresiones nerviosas, que indiquen desgaste excesivo o cualquiera perturbación de surmenage.

Verdad es que practica con furor los sports modernos. También me ha hablado de un sistema de respiraciones recomendado en los libros hindús—cosas algo fantásticas y que según entiendo confinan con la mística y que son en todo caso inadaptables a nuestro clima de occidente y a nuestra mentalidad de europeos.

—Pues justamente—dije a Rolland, este sería uno de los casos más interesantes para estudiar. ¿Cómo se obtiene esa perfecta normalidad del organismo, dentro de una vida desordenada y antihigiénica?

Quise continuar, pero una fuerza interior me retuvo y selló mis labios, dejando por breves instantes mi cerebro en blanco.

Cuando recobré mi lucidez, otras preguntas vinieron a mis labios.

—¿Qué es ella como mujer, socialmente hablando?

—Es una original, que posa la extravagancia, pero sin apartarse de las grandes líneas morales. Nunca ha tenido historias galantes. Sus numerosos admiradores quedan siempre a respetuosa distancia de su intimidad. Tiene dos hijos y se ocupa de ellos inteligentemente. Su marido es un ser positivo y ambos se guardan lealtad y respeto. En su misma pasión por el juego observa una medida que no traspasa nunca. Ha dedicado una fuerte suma, 100 mil francos, para satisfacer este capricho. Y lo curioso es, que después de muchos años, esta suma confiada al azar de todos los tapetes verdes, de sus continuos cambios de lugar, ni se ha duplicado ni se ha perdido.

Parece que manejara el secreto de la Suerte, y que sólo se propusiera, ¡épater les bourgeois! Me ha insinuado que juega, sólo para conocer el «destino y el grado evolutivo» de las personas que se le acercan. Le hablo en su lengua. Yo me río y ella me dice: «¡Espíritu grosero!».

Sólo hasta aquí pudieron llegar mis investigaciones. El doctor Rolland no sabía más. Se quedaba a medio camino de aquella ave misteriosa, de tan soberbio vuelo.

Me marché a París, volví a mi departamento, donde encontré papeles que me daban datos del extra-

ño personaje. Se llamaba Marie Felicité Settignano, da Capo di Monti. Acompañaba una partida de bautismo y de matrimonio.

Y pronto como una luz clarísima, se clavó en mi mente una idea fija, obsesionante! Yo debía testar, todos mis bienes a esta extraña creatura. Y para ahorrarme fastidiosas e inútiles explicaciones, diré sin más trámite que yo, Hypolite Gérard, profesor en Sorbona y director de una sala en la Salpêtrière de París, he legado la cuantiosa fortuna heredada de mis padres, a una mujer a quien sólo he visto breves minutos en mi vida.

Caerá sobre ella, junto con mi dinero, un rayo de gloria—la gloria de mi nombre de sabio eminente, con que pasará a la posteridad, como fundador de muchas tesis y de estados patológicos desconocidos antes de mis demostraciones.

Una vez, hace poco tiempo y después de comenzada la guerra, quise revocar mi testamento, para hacer una fundación a beneficio de los inválidos. Me puse entonces en el mismo estado de agitación horrible, que su presencia determinara en Divonne. Perdí nuevamente la voluntad y el dominio de mi mismo. Vi en peligro mi obra científica, si continuaba en oposición a aquella tenaz voluntad, que operaba a distancia y a través del tiempo transcurrido.

Más aun, en la noche se me apareció en sueños y levantando el índice de su pequeña mano ensortijada me dijo:

Profesor, la paz de su vida y el éxito de su obra de sabio, están vinculados a la cancelación de la deuda contraída. El Karma no admite transacciones. Se devuelve al deudor y no al Ideal!

Y aquí tenéis encadenado a través de la vida entera, a un hombre de mi importancia y de mi ciencia, por una mujerzuela entrevista una noche de baile en la aldea francesa, donde fui a buscar datos ilustrativos para la obra científica a que he consagrado todos los esfuerzos de mi existencia...

Minuit Chrétiens...!

CUANDO cerca de las doce, tocaron el golpeador de hierro de la vieja puerta, coronada por una cruz, la religiosa, joven y sonriente, bajo las anchas alas de su toca blanca abrió, con gesto hospitalario. Varias otras religiosas estaban de pie en el pasadizo. Parecían a aquella hora de la media noche, una bandada de grandes aves marinas, que acogiesen a los navegantes en las proximidades de tierra, cerca de una ribera bendita, donde morían como mansas olas, en dorada playa, las inquietudes de los hombres...

El patio con su jardín soñoliento y perfumado, recibía el hechizo de luz, que se escapaba de la puerta y ventanales de la capilla, ya iluminada para el misterio de Noél.

La religiosa, con esa fisonomía anónima y cerrada, que la regla imprime en los rostros monásticos, especie de llave espiritual, que cierra la personalidad humana, acompañó a las dos jóvenes. Lle-

vaba las manos embutidas en los mangotes de su hábito azul, amplio e ingratable para borrar las líneas femeninas. Y esa misma actitud de las manos parecía de sumisión perfecta a los mandatos de arriba.

—Vengo, Madre, dijo Alba, a oír cantar «*Minuit Chrétiens...*» en esta casa. Me trae tantos recuerdos, ese cántico, de mis Pascuas infantiles. La joven religiosa sonrió con esa sonrisa impersonal de las monjas, en que ya no sonríe una mujer, sino la convención secular. Ella era francesa, pero no conocía París— —pobre campesina bretona, que en cualquier rincón del mundo, sentía en el ambiente de la familia de San Vicente de Paul, un hogar más cariñoso y más blando que el propio.

La capilla resplandecía en sus haces de cirios, sobre candeleros de oro, en sus nubes de tules, en las diademas de luces que coronaban las imágenes.

Dos ángeles de pie con las alas tendidas hacia arriba, formaban guardia de honor en el altar mayor, bajo la ideal figura de la *Vierge aux rayons*, que dejaba escapar de ambas manos torrentes de luz...

El brillo del santuario, el resplandor alucinante de las velas, el colorido de las flores, el destello de los oros del Santuario, combinaba en el ábside de la capilla una magia deslumbrante, que sobrecogía como la manifestación sensible del Misterio de Noël—mis-

terio que traía al mundo alegría y luz espiritual, liberación y amor, promesa y esperanza!

No era un misterio sobrecogedor como el de otras ceremonias cristianas. Este era un misterio tierno, que hablaba al corazón de esperanzas invencibles y de uniones supraterrrestres..

La Virgen, símbolo de la naturaleza humana, perfeccionada y restablecida a su dignidad original, por la reconciliación divina, sonreía dulcemente desde su trono luminoso, en aquel momento de redención y de gracia.

La hora avanzaba; pronto iba a sonar la media noche, los últimos bancos se llenaban de fieles recogidos y por la puerta abierta al jardín, entraba la frescura del aire y el perfume de las flores. Algunas velas temblaban como almas solitarias y las guirnaldas de luces eléctricas, se inmovilizaban inertes y blancas...

Un carillón argentino sonó la media noche; el sacerdote revestido de oro avanzó sobre el altar y las voces de las religiosas entonaron fervientes con sus timbres puros; *Minuit chrétiens, c'est l'heure solennelle!*

Las almas se prosternaron sacudidas por una conmoción nerviosa, que parecía traer de otros mundos el mensaje divino.

*¡Minuit chrétiens!...* Y sobre la tristeza oscurecida de los peregrinos de este planeta, pasó la alegría y la esperanza de otras almas, que en planos más ele-

vados, perciben ya un primer rayo de las altas claridades...

Como un estremecimiento de júbilo, el carillón conventual, al dar el último toque de la hora solemne, hacía sentir que en aquel preciso momento, el misterio de la Comunión de los Santos, se realizaba en el mundo... y las almas de aquí, con las almas de allá, las que se conocían y las que aun no se habían encontrado y las próximas y las distantes y las que se habían separado dolorosamente y las que se tenían los brazos del deseo, las de este lado de la tumba y las que habían franqueado el dintel, las rencorosas y las indulgentes, las crueles y las tímidas, todas palpitaban al unísono, dentro o fuera de esta humanidad, en el amor del Cristo Redentor!

Era el momento de la comunión suprema que aproximaba todas las distancias y aplanaba todas las barreras. «*¡Minuit Chrétiens!*» entonaban las religiosas y Alba sintió desgarrarse ante su espíritu, el velo que cubría esas sencillas palabras *¡Minuit Chrétiens!*

Las almas cristianas pasaban sin duda la media noche en el tiempo evolutivo, lejos de la tarde, pero próximas a la nueva aurora! En la oscuridad de la conciencia, pero en la iluminación de la fe—luz artificial—mientras sale el sol!

Y dentro de su fina sensibilidad la joven comprendía que todos los mundos entraban en contacto, en aquel minuto bello, en que un Redentor volvía a

unir (relegare), la naturaleza caída a la divinidad original.

La hora solemne que proclamaban las religiosas en sus cantares graves y en sus voces anónimas, era la hora grande del mundo Invisible, que se comunicaba al mundo limitado de la Materia.

Alba sintió en aquel grito *¡Minuit chrétiens!* escapado como un gemido del pecho de las vírgenes del Señor, el momento evolutivo, que el cristianismo representaba en las almas humanas. Es la media noche espiritual, que alumbran los cirios del santuario, hasta que la aurora venga y el sol de la verdad demostrada, irradie en el mundo.

*¡Minuit du cœur!* que sucumbe a sus angustias, que padece dudas de amor, que sufre violentas separaciones, que ve concluidos sus afectos, que da los últimos besos definitivos y desesperados...

Mientras las hijas de San Vicente de Paul, bajo sus alas blancas, repiten *¡Minuit chrétiens!* sus cánticos parecen avanzar la hora solemne, en que la naturaleza va a despertarse y los pájaros van a cantar y la luz va a dorar las praderas...

Entre tanto el alma cristiana, gime en su abandono, en la lobreguez de la media noche, que sólo las luces del altar alegran, en el silencio del mundo dormido, que las voces monjiles perturban proclamando la llegada de la hora grande, de la hora bella, de la hora divina...

La campanilla de la elevación, como un repetido

trinar de pájaros en el bosque, ha sonado varias veces, la exaltación de la hostia divina y todos los fieles han sentido pasar sobre sus cabezas inclinadas, la magnífica irradiación del mundo sobrenatural que en la Noche Buena, hace de los humildes pastores de Belén, los mensajeros del Cristo...

Los ángeles ya han proclamado desde las altas nubes «*Gloria in excelsis Deo y Paz*» en la tierra, donde penan los hombres de buena voluntad!

En aquel momento en que los misterios cristianos se celebraban en una modesta capilla de convento, lejos de toda pompa mundana, de las grandes orquestas, de las misas solemnes y de los elegantes petimetres, Alba sintió la hora de gracia y de paz al dar la una de la madrugada, al son del mismo armonioso carillón, a medida que la noche refrescaba y que las esencias del jardín se volvían más penetrantes...

Sintió la hora bendita del alma, en una comunicación espiritual más honda con los seres distantes que había conocido en países de ensueño, con los seres que habían partido a la eternidad, con Aquel que amaba y de quien la vida la separaba quizás para siempre, con aquellos que la desconocían y con todos los espíritus, entre quienes Cristo o sea la iluminación divina, penetraba en cualquier grado del desarrollo evolutivo...

Y sí la joven sintió la unión con todas las almas que se le habían aproximado en el mundo y con

tantas otras que no registraba su memoria terrestre, con El sintió la fusión bendita de todo su ser, fusión que encontraba fuera de las limitaciones humanas, su origen y su predestinación. Sintió que allí en el seno del Cristo eran un solo ser y que nada ni nadie los separaría jamás!

*¡Minuit chrétiens.. c'est l'heure solennelle...!*

Miserias ocultas

LA Lorenza! Así le decíamos a aquella pobre anciana, humilde hija del pueblo, cuyos rasgos debieron ser finos, noble su porte, que los años conservaban en cierta majestad de aparición y dulces sus ojos tristes.

Si es verdad que su tipo actual, tenía mucha semejanza con la clásica figura de Voltaire, del bronce de Houdon, no era difícil reconstruir aquel rostro con visibles signos de raza y por donde la vida había pasado imprimiendo estigmas de sangre.

En realidad, no sabemos cuándo, ni cómo, hemos conocido a ciertos seres y son aquellos que de tal modo encarnan un Tipo, que dejan de ser una persona determinada para ser alguien, que está en todas partes y que comprendemos sin necesidad de hablar. La Lorenza, era esa antigua «*serviente de razón*» ejemplar que ya desaparece de nuestro mundo. Es la plebeya, que tiene dentro de su condición humilde, los más bellos atributos de las grandes ra-

zas: la altivez, la abnegación, la fidelidad y una sorprendente pureza de costumbres.

El vicio no las ha contaminado nunca; las peores acechanzas las han dejado inmunes como si llevaran en el alma un talismán secreto, que las hace inviolables. La canallería popular tampoco las alcanza.

Han nacido en nuestras viejas casas, y mueren al servicio de nuestra clase social... ¿Cómo no hemos de sospechar que este ser anónimo y raro, lleva la mitad de nuestra sangre, al ver que nunca fermenta en sus corazones, ese odio de clases, que trae al mundo el legítimo plebeyo...?

La Lorenza había pasado por las casas «*principales*» y lo decía con orgullo, aunque de ellas, sólo recogiera ingratitudes y pesares... La conocí... si es que no la había visto en un mundo anterior—tan familiar me fué su persona—al servicio de la más divinamente ideal de mis amigas.

Convalecía Ximena de un tífus y sentada en su lecho, radiante de belleza, era el menos «*natural*» de todos los seres que he visto en mi vida. Será muy vaga mi expresión, pero es la única que traduce esa especie de arrobamiento místico, que nos producen los seres que por su belleza física y moral, están por encima de las desarmonías y miserias de nuestro mundo.

Lorenza la cuidaba con ternura maternal, que Ximena le devolvía en una finura de trato, que si no

suprimía la distancia social, establecía la similitud espiritual. Y seguí viéndola siempre al cuidado de los niños de mi amiga que la adoraban. Lo que más le gustaba al chico, era la nariz de Lorenza, una nariz fina y muy larga que se iba de un lado y que Cocoy le tiraba con fruición, feliz de sentirla tan firme y de no poderla arrancar, como la grotesca nariz del Payaso, traído por el Père Noël.

Lorenza tenía para los pequeños, una mansedumbre de oveja. Verdad que ellos la encontraban linda y se lo decían sin empacho, cosa que Lorenza no oía desde muchos años atrás... por lo menos de labios masculinos. Y la verdad es que todas somos sensibles al galanteo... en cualquier tiempo!

Otras veces venía Lorenza a casa con recados de Ximena. Enflaquecía, y su figura se hacía grotesca, con aquella enorme nariz, con los ojos de águila, muy negros y punzantes y el cabello que debió ser crespo, enmarañado y ceniciento...

Pero su conversación era sabrosa, y rebosaba toda la ingenua calidez de su alma noble. Sus palabras tenían algo de vivientes, dentro de su lengua plebeya siempre rebelde a la gramática. Sus expresiones sencillas, aunque empapadas de ternura, tenían un dejo amarguísimo; eran salobres cual lágrimas que quemar los ojos, sin deslizarse...—«Don Juan Duardo es muy bueno ese caballero, señorita, y la niña, ella es un ángel del Señor; ni más bonitos que ella, han de ser los que le rodean el Trono a su Divina

Majestad...». Y ponía unción en sus palabras... unción de creyente ante el tabernáculo... Yo abundaba en sus ideas... por cierto que si eran de carne los ángeles del Señor, no debían ser más lindos que Ximena, con los ojos chispeantes de esmeralda, la tez alabastrina, la frente alta y pura y el cabello reluciente de trigal, bajo luz meridiana.

Dejé de ver a Lorenza y pregunté dónde estaba. Los ojos de mi amiga fulguraron la más doliente de sus miradas luminosas. Lorenza se había enfermado y se cuidaba. La dulce criatura manifestó un dolor en que revelaba, a las claras, que la vieja criada, había sido un apoyo y una compañera.

—Lorenza tiene un espíritu muy alto, dijo, y es una de esas ocultas heroínas de la vida. Ha sufrido cruelmente, o mejor dicho ha sido víctima de horribles infamias, pero su alma es tan sana!... Comprende, perdona y se sacrifica siempre, no importa por quien... Nunca ha buscado gratitud aquí abajo, porque sabe que sólo pagan de arriba... y su mirada de luz, dejó como una larga y dorada estela de esperanza en mi alma...

Luego recordé vagamente que Lorenza tenía una hija loca. ¿Qué se hizo Matilde?—Pues murió—Más vale así!—Nunca recobró la razón y la pobre madre pasaba llevándole cositas buenas para que comiese, a la Casa de Orates. No se alimentaba ella, por darle a su pobre niña, el único placer que podía disfrutar; de comer golosinas!

Y era bonita la muchacha! pensé... pues la había visto años há. Tenía un tipo claro, de facciones muy finas, distinción en los modales y gracia en la sonrisa... Matilde no parecía pueblo, no tenía la sombra ni la rudeza de los fragosos bosques de Arauco—Como que era hija de francés, continuó Ximena. Sí, Lorenza fué casada con un extranjero. Cada vez que le celebramos su ingenio o sus habilidades, ella le da toda la gloria al difunto. «Ya lo ve, pues, su Mercé; mujer de extranjero!... *Muchoné* era muy curioso pa sus cosas...! Le gustaba todo muy limpio y muy a tiempo y hacía de sus manos lo que quería.

Yo fuí muy bien tratada señorita, como saben tratar los extranjeros a sus mujeres. Nunca las tocan, ni les ponen malos modos, ni les dicen palabras feas. *Muchoné* se indignaba de ver a los maridos chilenos pegarle a las mujeres.

Y Ximena, con su acento airosamente rebelde, por donde han pasado las asperezas de todas las lenguas vivas, remedaba a Lorenza, pregonando los méritos del difunto consorte, con una gracia que hacía aún más pintoresco aquel tosco lenguaje popular.

El marido francés, ya me explicaba la gracia amable de la muchachita que había muerto en el manicomio.

¿Y cómo aquella creatura tan suave, tan armoniosa, que parecía la normalidad hecha mujer, pudo

volverse loca? pregunté a la amiga, vislumbrando algunos de los secretos atroces con que nos sorprende ese monstruo que es la Vida... Los puros y sonrientes ojos de la niña pintaron, en sus dilatadas pupilas una angustiosa tragedia de dolor y brillaron con fulgor de lágrimas...

Eso es muy triste, dijo, y te lo contará la misma Lorenza. Me falta fuerza para evocar ciertas cosas que merecen escribirse, porque se contiene en ellas una miseria profunda—miseria en que el hombre no repara... Y se calló la amiga del rostro angélico...!

.....

Fué en una de las postreras grandes casas solares, en uno de los últimos palacios de piedra sin tallar, donde se realizó el crimen que imprimió a la vida de la pobre creatura su sello trágico.

Hay una hora fatal entre todas, en que una leve circunstancia, un «descuido» que nos acecha... que acogemos con rostro bonachón y distraído, cambia el rumbo a la vida entera. Tras de esa circunstancia—una salida imprevista—se conjuran las peores sorpresas del destino... Lorenza tenía el candor de las mujeres honradas, que conocen los peligros sólo de oídas, por casos que su mamita contaba a media voz al rededor del brasero a las comadres; de niñas que desaparecían, o de hombres malos con caras de bandidos, con los que no se debía tratar ni en bufonada.

Y así inocente, mansa y sumisa, entró Lorenza

en la tienda de la «*Abeja*» para ayudar a la Madama, que vendía en el mostrador y que tenía de clientela a la gente principal—porque la madama era muy curiosa, hacía flores de mano que el *rique-río* (las ricas) compraban para adornar vestidos de tarlatán para los bailes.

Un día entraron a la pequeña tienda unos jóvenes que hablaron con la patrona en su lengua—lengua que a la Lorenza le pareció muy ruda y le hizo pensar en lo agudos que tenían que ser esos niños de países remotos, para pronunciar cosas tan raras...

Sintió ella que uno de los jóvenes la miraba, pero niña modesta, no levantó los ojos de la costura. Luego la madama le dijo que esos señores eran de su tierra, que uno de ellos el más rucio, estaba muy aburrido en la casa de pensión, porque le daban muy malas comidas y que deseaba encontrar una niña chilena, seriecita, para establecerse y ponerle casa.

Lorenza no sospechó que la Madama le ponía doble intención al cuento. Se encontraba muy humilde para ese joven de la condición de la Patrona, tan bien encorselada, con tan bonitos decires y ademanes. No era bizarra la Madama, pero tenía unos recontorneos y unas razones que dejaba a los compradores alejados.

Luego volvió el joven y esta vez le habló: ¿Le gustan, señorita, los forasteros? Lorenza lo miró en

esta ocasión: parecía un caballero principal, no era parado y miraba cariñoso. Pero ella, digna y altiva, le contestó: No sé si me gustan; y siguió haciendo trotar la aguja minúscula, en la tela vaporosa.

Por aquellos días, volviendo del taller, encontró en la calle a una amiga: la Pepita.

Grandes manifestaciones de gusto. ¿Qué era de tu vida, niña? Pepita se había casado con un gringo y le había salido muy bueno. Daba todo lo preciso para la casa e iban juntos de paseo los domingos. Y la amiga rogaba a Lorenza que la fuese a ver. —«Anda a conocerme mi casita. No me falta nada, tengo de un todo», frase que en el pueblo expresa la felicidad, o sea, el bienestar material.

Lorenza contó a su mamita el encuentro con la amiga y su deseo de ir a verla, pero a la mamita no debió parecerle tan claro el asunto, pues dijo: No se sabe lo que son esos gringos; a lo mejor las echan para su tierra, y que Dios te valga!...

Pero la casualidad, que es más rica de recursos en la vida, que en los cuentos, enfrentó un día a la desconfiada madre con Pepita, y el acento de la joven debió ser tan sincero, que la vieja no vió ya la aventura imaginada, sino un casamiento. Y al fin un gringo que se casa, es porque conoce religión...

Quedaron invitadas la madre y la hija para el Domingo siguiente a la calle de la Recoleta, donde el joven *ménage* poseía una casita con huerto y árboles frutales.

Lo que Pepita había dicho era poco, comparado con la realidad. El pequeño hogar estaba bien instalado y la mamita comprendió que un gringo bueno como ése, era un tesoro. Averiguó de la profesión del marido y supo que era un carrocerero francés que ganaba mucha plata y daba muy buen trato en su casa. Siempre alegre y canturreando, se recogía temprano, no salía nunca solo y entregaba la ganancia del taller para la casa. ¡Un marido caball!

La mamita pensaba en la buena suerte de Pepita ¿a qué santo te encomendaste, niña? La joven lo había conocido una tarde que salía de la Novena, que en la Recoleta le rezan todos los años a Fray Andrés.

En todos los ánimos quedó el sentimiento de que este frailecito no esperaba que le pidiesen como los otros santos, sino que se adelantaba a otorgar. Hacía méritos para que lo canonizasen! pensó la vieja con su espíritu, que el tiempo iba haciendo «macuco».

El esposo confirmó con su presencia lo bueno que se pensaba de él. Era joven, tenía bigote rubio y los ojos azules, como cuentas de vidrio. Todas se pusieron graves y tomaron actitudes dignas, para darle la mano, que el gabacho les estrechó jovial, satisfecho y tarambana. Era de habla cerrada, pero le entendían, porque él trataba de reclamar. Y se reía mucho, y ofertaba repetidas veces aloja y dulces de masa betunada. Salieron contentas y en sus

conversaciones de la semana, la madre y la hija, como un estribillo, repetían en cada silencio: ¡la suerte de Pepita!

Volvieron el Domingo siguiente y muchos otros días de fiesta. Y unos de esos días del Señor, aparecieron de visita en la casa dos amigos del carroceero francés, y ¡qué sorpresa! uno de ellos era el mismo joven que Lorenza había conocido en la tienda de la «Abeja» y le fué presentado esta vez como el mejor amigo del marido de Pepita.

Los jóvenes, atentos, dijeron que era preciso hacer buenas onces y salieron todos juntos, volviendo al poco rato en un coche, con licores, viandas y confites.

Se armó una pequeña fiestecita bajo el emparrado del huerto y *Muchoné* se particularizaba con Lorenza. Era a la que más le ofrecía: «Tome, porque a las niñas les gustan los dulces», y ella lo encontraba muy regular, y que no era de esos jóvenes templados, que miran con pica y para daño...

Ese había sido el romance que precedió a las nupcias de Lorenza y que le hizo formar un hogar tranquilo y confortable. Muchoné, que trabajaba bien en su oficio, con el orden y el espíritu de ahorro de su raza, reunió pronto un modesto capital y pensó en comprar casa.

Con el curso del tiempo, había hecho relaciones en Chile y cuando un buen amigo le oyó que proyectaba invertir su dinero en una propiedad raíz, lo

presentó a un señor que decía ser banquero y que ofrecía pingües intereses por los capitales que se le confiaban.

Lorenza con su buen sentido de mujer (ah! si los hombres escucharan los humildes consejos!) no se dejaba deslumbrar por los ofrecimientos, e insistía en que el esposo debía comprar una casita.—«En los bancos dan plata al principio, para que les sigan entregando, y después se quedan con toda la plata, mientras que las casas y los terrenos ¿quién se los lleva? No sabía Lorenza, que los terrenos también se los llevan los bancos y las hipotecas... El hecho es que Muchoné, cedió a la tentación de entregarle su platita al supuesto banquero, contra todas las protestas de la esposa.

Fué el eterno cuento del tío. Amigo y banquero desaparecieron.—«Fueron a dar a la otra banda» (Argentina). Y no se supo más de ellos. Muchoné puso pleito, gastó lo que le quedaba, consumió sus economías y enfermó de desaliento, de desengaño...

Su voluntad se había gastado en la lucha, no tenía ánimos para comenzar de nuevo a formar el capitulito, estúpidamente perdido. Lorenza muy animosa lo confortaba con ese don ¡el más femenino de todos! de levantar al caído, sin hacer caudal jamás de las causas de la caída... Nunca como en esos casos da muestra la mujer, de tener alas espirituales, que se baten desesperadamente en busca de altura y de espacio. No es mujer legítima, la creatura que

se amilana ante un desastre, siempre que ese desastre no roce la vida de su propio corazón.

Tenían por aquel tiempo dos hijitas, eran rujeci-tas como el padre, muy claritas las dos y sólo se diferenciaban en los ojos, pues la Matilde era zarca, y oscuros como granos de pimienta los ojos de Genoveva. Muchoné prefería esta última, porque le hallaba una mirada muy particular, que en su habla le daba un nombre rudo. Y cuando las agraciaba, me decía siempre: «Estas niñas no tienen ojos chinos como por allá...».

Lorenza quería más a Matilde, porque siempre fué endeble, tuvo la tos grande y quedó patuleca, le dieron además todas las pestes y no arribaba nunca. Y así vivió, propensa a la «pensión» (pena) desde chiquitita, desganáa para travesiar y asustada de todo.

Genoveva, por el contrario, era sana y divertía a Muchoné haciéndole musarañas, bailes y payasadas.

Pero, como la sabia conjuración de las cosas, hace que los niños mimados sean los escogidos, la niña murió en dos días, arrebatada por una enfermedad violenta, cuya causa se ignoró.

Fué el golpe final del pobre hombre. No levantó cabeza, hasta que Dios dispuso de él, y que lo tenga en su santa gloria! decía Lorenza con verdadero fervor, cada vez que lo recordaba. ¡Un marido como no hay ni entre los ricos!

Quedaron solas la madre y la hija y ya con los

ojos gastados para coser, pero muy ágil, Lorenza pensó en emplearse.

Su mamita había sido sirviente y cuando la puso en la «Abeja» estaba en una casa de lo mejor de donde la iba a dejar cada mañana y a buscar cada tarde. Se vestía con la ropa de las señoritas, niñas de mucho lujo, y muy sin orgullo. La dificultad para emplearse era Matilde... pero ya encontraría una casa donde las recibiesen a las dos.

Pronto halló la colocación deseada: llavera en casa de familia de mucha categoría, donde la sirviente de razón se había muerto.

Durante el tiempo que Lorenza fué casada, había cambiado mucho el mundo de los criados. Ya no tenían respeto por sus amos, ya no cuidaban las cosas como propias. Ya no se decía como antes: los *patrones* cual si se nombrara a los padres. Ahora se decía *los ricos* y entre todos se aleonaban para no guardarles la plata a los ricos, para no gastarse los pulmones por los ricos, etc.

Unos y otros habían cambiado. Las señoras no se apegaban a sirvientes, que entraban, salían y se mudaban todos los meses y los sirvientes en un án-sia de perpetuo cambio y de altanería, decían: *A quien remuda, Dios le ayuda.*

A aquella santa paz de las antiguas casas, en que oraban juntos, señores y servidores, al son de la campana del Angelus ante algún viejo santo quiteño ensangrentado y de mirada más dura que el Señor

de Mayo, había seguido ahora una era de guerra entre amos y criados, en que no se podía estar bien, ni con unos, ni con otros. Como mujer honrada que era Lorenza, quería servir bien a sus amos, pero los criados la odiaban y tuvo así que cambiar muchas casas, víctima de los peores ultrajes e ingratitudes.

Después de trasnochar con los enfermos, de hacer las más duras tareas, en los tiempos malos sin que los criados la ayudasen jamás, cuando venían las épocas de bonanza, le armaban alguna zancadilla para hacerla saltar. Y las señoras, antes que desarmar toda una casa, en que hay cargos que parecen irremplazables—como la antigua cocinera ladrona, pero que hace bien—preferían que se fuese Lorenza, no sin reconocer que era excelente, pero imposible de conservar por la guerra de los criados. Estas patronas, a fin de cuentas, de puro egoístas, nunca ven dónde están las verdaderas conveniencias.

Matilde entre tanto se educaba en unas monjas y Lorenza gastaba cuanto tenía en pagarle la pensión y darle lo necesario, para que pareciese señorita. Y sin mayores atavíos, la niña que era de tipo fino, delicada de aspecto y con cierta gracia ingénita de picardía francesa—«*petit grain de malice*» venido con el instinto ancestral, que germina en los boulevares, pero que se lleva en los misterios de la raza a los últimos rincones del mundo—, era sin esfuerzo alguno, la mejor pensionista de aquel internado, en que se educaban niñas de clase media, demasia-

do obscuras y toscas, con pies deformes y manos groseras.

Las monjas la preferían entre todas, por su piedad dulce, su modestia natural, y sus fervientes prácticas de devoción—«Esta niña es muy bien inclinada» decían las religiosas con misterio a la madre. Rogamos al Señor que la llame a su servicio, para que se quede en esta santa casa! Proposición que no halagaba mucho en el fondo a Lorenza, pues deseaba más bien, que su niña tuviese casa propia, que no verla de huésped en la misma casa del Señor...

Con la plena juventud, belleza de flor que abre triunfante su cáliz—se produjo en la niña cierto estado de anemia y de melancolía, que determinó la salida del convento.

Eran los principios de Enero y muchas otras niñas habían partido a vacaciones a casa de sus padres, administradores de fundos rurales.

Lorenza se propuso también sacar a Matilde, por los meses de verano en que debía cuidar una de las grandes casas de Santiago. Le daría bien de comer y estarían las dos solas, en una de esas mansiones, con grandes patios llenos de luz y de flores, en salas espaciosas como templos y frescas como criptas.

Volvería Matilde después a su convento, concluiría su educación y Dios dispondría lo demás...

La familia cuya casa debía cuidar se marchó a la hacienda e hizo grandes recomendaciones a Loren-

za, de sacudir las frazadas, de sacar al sol los pisos de piel y de poner alcanfor en determinados cajones de las cómodas.

La casa estaba vacía, pero quedó en los altos el caballero, que no había dado bien los exámenes y que se preparaba para repetirlos en Marzo. Estaba arriba «*en los altos*» que corrían por sobre un costado de los grandes patios, continuando el corredor de amplias pilastras blancas, en el segundo piso, abierto como una logia genovesa sobre el jardín, boscoso de plantas aromáticas, con su pila de mármol blanco al centro, que dejaba caer una gotita de agua perezosa y acompasada desde la taza más alta, hasta la más baja.

Los cortinajes de jazmines salpicados de estrellitas luminosas, embalsamaban el ambiente reposado del jardín soñoliento, en las tardes estivales.

Matilde encontraba la sosegada vida conventual y la libertad de hacer a su antojo, leer o pasearse, contemplar la lenta oscilación de las plantas o la quietud monacal con que todas las cosas se inmovilizaban perezosas...

De vez en cuando penetraba a los salones, plumerero en mano, con Lorenza. Eran muy vastos, con brillo de sedas y reflejos cálidos. Los muebles dorados encerraban en sus mullidos cojines tapicerías magníficas. Las lunas venecianas de los grandes espejos, daban fantásticas lejanías en las extremidades y unos retratos de damas y señores adustos, presi-

dían celosos en las sombras, guardando el señorío de la mansión.

Matilde reparó una vez en que las damas nobles usaban trajes inmodestos, al ver el gran escote de la señora del retrato grande—que debía ser una abuela—pero Lorenza, para disipar el escándalo que pudiera recibir su niña, habituada al recato monjil, le explicó que la etiqueta mandaba a las señoras principales, llevar escotes, como a las reinas ponerse coronas. Y que lo podían hacer, porque los caballeros las respetaban como si fueran imágenes de santas venerables.

Matilde quedaba satisfecha; la grave unción de la mamita no había de engañarla y además esas señoras tan ricas del gran mundo, tendrían prerrogativas que no conocían los pobres. Todo se traducía para ellas en el respeto que se merece la magnificencia de los grandes ante el pueblo humilde e ignorante.

Dejaban entrar un poco de aire a las salas pesadas de encierro y de obscuridad; contemplaban los cuadros, copias de Santas Familias, en que el niño Jesús y San Juan aparecían desnuditos y todo se imponía a su rústica sencillez en santidad y en grandeza.

El caballerito, a quien sólo se le daba el desayuno, pues comía en casa de una tía, bajaba a veces, siempre con algún asunto, por encargo de la mamá o de las hermanas. Pedía las llaves a Lorenza y entraba a los cuartos cerrados. Algunas tardes y no-

ches se paseaba por el corredor de arriba. Sólo a veces y en otras ocasiones con un amigo. Embromaban, silbaban y fumaban.

Matilde no miraba nunca para arriba. No era curiosa y no quería que pensasen que se preocupaba de ellos, porque varias veces había reparado que trataban de llamarle la atención.

En cambio, el joven la tenía entre ojos, desde que la vió con sus grandes trenzas rubias, su frente tan despejada y sus caderas ondulantes, un poquito inclinada por el peso de la regadera, con que inundaba los praditos del jardín.

Aparecía graciosa de movimientos, flexible y esbelta... No era grande, pero proporcionada y armónica. La casa solitaria, los corredores largos y soleados, las pilastras claustrales, el jardín verde, hacían un marco de solidez luminosa a aquella figura reposada, de mirar sereno y de andar tranquilo.

El joven pasaba ahora casi siempre con el amigo para poder darse actitudes y observar mejor, sin que Lorenza sospechase. Se quedaba en los balcones largo rato, tomando fresco.

—Son muy caseros estos jóvenes—había pensado alguna vez el candor de la mamita, suponiendo las muchas diversiones que los muchachos debían encontrar afuera y la ninguna novedad que podía ofrecer aquel patio, con las mismas flores que nadie cogía por respeto a los dueños ausentes y aquella eterna gotita de agua de la pila, que caía monóto-

na, como una canción pastoril en el silencio campestre...

Alguna vez el joven, aprovechando la hora en que Lorenza preparaba el almuerzo, había bajado por su pequeña escalera del zaguán—única que comunicaba con la casa—y se había dirigido a Matilde que estaba sentada en un pisito bajo en el umbral del cuarto que ocupaba. Ella se había puesto de pie en seguida para ir a buscar a la mamita, pensando que el patrón la necesitaba con urgencia, pero el joven la había retenido.—Ya vendrá Lorenza. No la moleste. No tengo prisa. ¿Se aburrirá Ud. en esta casa tan sola?—No, señor, había dicho ella, ruborosa, con la mirada algo esquiva de sus bonitos ojos claros, que no sabían ir de frente a los seres extraños.—¿Y en qué se ocupa? Bien lo sabía él, que la espiaba sin cesar.—Traje telas para hacerle bordados en el verano a la madre Angela.

Y contestaba mirando de lado, los ojos sombreados de grandes pestañas oscuras y sin saber qué hacer de las manos, siendo que nunca le incomodaban, porque las manejaba con libertad y con *donaire*... pero ahora se sentía torpe sin que supiese por qué y algo acholada.

—Voy a decirle a Lorenza que la lleve al circo, para que no se aburra en esta soledad.

El joven era simpático, respetuoso, parecía muy formal y de cerca no era chinchoso, como cuando

estaba en los altos, que pasaba haciendo payasadas con el amigo para que lo mirasen.

Lorenza vino en seguida; el muchacho estaba jugueteando con la cadena del reloj y dijo que necesitaba con apuro una camisa plegada, de la lavandería. Le hizo muchas amabilidades a la mamita asegurándole que estaba muy joven y debía casarse otra vez.

Se marchó ajustándose y tirándose el chaleco con las dos manos. Del pasadizo se volvió y miró a Matilde largamente, con una mirada ardiente y envolvente, que solo vió la niña, pues Lorenza de espaldas hablaba con su hija;—No me gusta que trates con hombres, le decía, caballeros y todo suelen ser muy frescos! La niña por la mirada, ya que nó por su conversación tan amable, pensó que la mamita tenía razón.....

Algunas mañanas después, se sintieron fuertes campanillazos en el patio, campanillazos que no eran de la puerta. Y como no había nadie en la casa, Lorenza subió a los altos y penetró al dormitorio del joven.

Lo encontró con la cara amarrada, diciendo que le dolían las muelas y que necesitaba con urgencia que viniera el amigo.

Tenía una carta escrita y le pedía a Lorenza que se la llevase y la entregase en propias manos.— Debe estar en el Banco, donde es empleado, pero si no está, se la lleva a su casa, pues llega siempre a

almorzar y la cuidadora en todo caso le dará noticias... pero me urge que venga pronto... No me puedo quedar así...

Lorenza ofreció remedios, una cataplasma, agua de menta, pero el enfermo angustiado quería un dentista que vendría a la casa... si el amigo lo llamaba... Y urgía a Lorenza no fuera a pasar la hora de atrapar al amigo y también al dentista.

Lorenza muy ágil, bajó la escalera y sin más tiempo que el de tomar su manto, se lanzó a la calle.

Era un ardiente día de Enero y la pobre mujer pensaba en lo mucho que los ricos se angustian por una muela, en este mundo donde hay tantas cosas más grandes porque apenarse...

Le fué mal en todas las diligencias. El amigo no estaba en parte alguna y nadie sabía de él. Lo había esperado una hora en la casa, había vuelto al Banco y regresaba desconsolada, con muy malas noticias.—¿Que vá a decir este caballero? Se sentía culpable de imaginarias torpezas. Y había cumplido el encargo al pie de la letra.

Entró azorada y anhelante. Trepó la escalera a todo escape, con el manto echado abajo, la cara azollamada y el aliento corto...

¡Gran sorpresa! Nadie! Todo en desorden, como quien se levanta con precipitación...

Lorenza tuvo miedo ¿qué había pasado? El caballero se habría aburrido de esperar y se habría mar-

chado por su cuenta. No estaba el sombrero que usaba por la mañana...

Entonces pensó con terror en su hija. Bajó como una exhalación. No estaba en la pieza.

La llamó. Nadie respondía, más que el eco en los corredores solitarios. Recorrió los cuartos. Nada, al fin sintió como sollozos ahogados.—¡Matilde! Sin respuesta... Y penetró al salón corriendo.

La niña estaba tendida en el suelo, desgredada, llorosa, las ropas deshechas... Muy pálida, con los ojos saltados de espanto, no hablaba, sino que gemía, con un gemido hondo desgarrador... que entrecortaban sílabas sin sentido...

Lorenza comenzaba a vislumbrar el delito... ¿Dónde estaba el culpable? En ninguna parte. Había huído como un miserable, después de perpetrar su crimen, precedido de larga combinación, ayudado del amigo, que tenía escondido en los altos, cuando hizo subir a la pobre madre.

Lorenza quería explicaciones de Matilde y la pobre creatura sólo podía gemir sin cesar... Tenía convulsiones y los ojos extraviados. No contestaba nada en razón. Se cogía de su madre como si la persiguiesen y escondía la cabeza en su seno. Y los gemidos lastimeros proseguían sin tregua...

Lorenza hizo venir a una comadre. Escribió a la familia, dando parte de la infamia. Amenazó con la policía.

Todo en vano. Los médicos sólo confirmaron el

desastre y recetaron pociones calmantes, bromuro, cloral para que durmiese.

Y pasaban los días y la niña no recobraba la razón... Ahora desconocía a Lorenza. Tenía una idea fija. ¡Estoy condenada!... Mamita, me han hecho daño! Yo no podía... tenía horror... No era un caballero, era una bestia furiosa! Mamita, el señor Cura, lo decía en el retiro de las hijas de María, que el Maldito tomaba caras de hombre y hacía daño a las niñas buenas para llevárselas...

Y el gemido continuado seguido de la exclamación ¡Estoy condenada!

No daba tregua ni de día ni de noche.

Ante la indiferencia de la familia a sus clamores, Lorenza anunció que si no la hacían reemplazar, dejaría la casa sola.

Vino el señor, ante la amenaza, uno de esos Dominés de poca palabra y de mucha grandeza, que se envuelven en la dignidad del silencio y que pronuncian graves sentencias de vez en cuando.

Sólo tuvo desdenes, encogimientos de hombros, —¿y a mí qué?—Lejos de excusar o de consolar, llegó hasta la altanería del reproche.—¡Nunca saben ustedes cuidar a su hijas!

Por cierto que aquel majestuoso hidalgo, no pensó en una indemnización, ni en pagar la curación de esa creatura que había perdido la razón.—¿Y por qué? ¿No son las pobres creaturas las víctimas obligadas de la lascivia masculina? Allí no hay compli-

caciones ni reclamamos. A los peores delitos sigue el silencio, el olvido... ¡Así es la naturaleza!, piensan tranquilos en su interior. ¡Cosas de la vida!

Ellos han hecho lo mismo en su juventud. ¿Y cuánto más vale una tropelía de éstas, que no que el muchacho, coja un mal, por ir a salto de mata, en aventuras peores? De aquí, no se sigue consecuencia... La vieja rezongará y eso es todo. Hablará, los hombres le creerán y pensarán que el chiquillo no es lesa, y las mujeres imaginarán que miente la madre o que es una deslenguada.

Y habano en boca, una pierna sobre la otra, sentado en un gran sillón del corredor perfumado de toronjos y jazmines, con el agua de la pila corriendo bulliciosa en las tres tazas de marmol blanco, el señor sin inquietudes, aguardaba a la nueva cuidadora que vendría a hacerse cargo del puesto de Lorenza, para marcharse al campo a completar su reposante veraneo...

Después de luchar mucho tiempo con la más cruel de las enfermedades, que deja un cuerpo joven viudo del alma ida... quién sabe adonde... y horrorizada de la crueldad humana, Lorenza se resolvió a llevar a su hija a la casa de Orates.

Se había desfigurado; sus ojos que eran tan serenos, ahora en el extravío de la demencia, se salían de las órbitas espantados, la frente alba y tersa, se contrajo en pliegues que marcaron los quebrantos de la mente en desorden.

Las manos transparentes, que en las sombras claustrales, habían hecho primorosas labores se crisparon en gestos de indefinibles angustias. Con los largos dedos de la mano derecha se erizaba incesantemente el cabello sobre la frente, en que se pintaban espantosas alucinaciones.

Y aquel ser puro, como un cirio de altar, quemado ante el Sagrario, profería cosas horribles, aprendidas en la proximidad de las dementes corrompidas, que la vida sepultaba en esa charca, de donde todo había huído, todo... hasta la luz de la Razón...!

—«Las mismas religiosas la creían una perdida», dijo Ximena doliente y se admiraban de que fuese yo con Lorenza, a llevarle continuamente caramelos, alimentos, tónicos. No creían que esa pobre loca mereciese tal solicitud.

No le quedaban huellas de juventud, ni de belleza... ¿Quién hubiera imaginado la gracia amable de esa niña, la pureza virginal de aquella alma, ante la loca procaz, desvergonzada, de risas histéricas, de movimientos espasmódicos, de mirar airado? Para todos era sin duda ¡la Perdida! Y perdida lo estaba para siempre! Creatura con la vida tronchada en flor, condenada a la peor de las miserias, despojo humano horrorizante, que quizá no habría dejado ni un remordimiento en el alma del autor de aquel desastre. Ellos niegan y eso les basta!

¿Ni por qué se haría reproches al verdugo, de que un día de verano le bullese la sangre en las venas

con impetuosa violencia juvenil, de que Ella fuese virgen indefensa dentro del blanco patio silencioso, en que aves y flores con trinos y aromas, invitaban más poderosamente a la suprema fusión de la vida?

Sin duda había creído contar con el tácito consentimiento de la dulce niña. Imaginaría encontrar resistencia quizá, sorpresa, sobresalto al principio, pero luego vendría la impotencia del hecho consumado, la complicidad en el secreto...

Y no se piensa más allá... El tiempo urge y el deseo muerde la carne como un acicate.

La ocasión, la soledad, la impunidad del macho soberbio, armado de todas las fuerzas de la vida y de todas las complacencias del destino, impulsan ciegamente al crimen.

Y con el alma enardecida de fiereza, seco el corazón y el cuerpo palpitante, se traba la lucha en que toda resistencia fortalece y llega el hombre a las más indignas violencias, ebrio, jadeante, embrutecido!

¡La vida...! Se juega en un momento, toda entera la existencia de una frágil creatura; se anulan todas las posibilidades que el porvenir le guarda, se pisea la flor que mecía el tallo en lozanía primaveral, se bebe todo el néctar, y se le arroja después trapo inmundo, mercadería averiada y ya sin precio, en el último de los mercados humanos...

Y todo pasa así, rápido, febril, aleve... El hombre convertido en fiera, sordo al clamor de su víctima,

vuelve en sí sólo después del desastre. Lo negará todo y ¿quién se lo va a probar, ni menos a castigar? La creatura se estremece sollozante en convulsiones horribles...

Todo está en silencio, la fuente gotea monótona, su canción de eterna fatalidad, los pajarillos trinan, los amplios cortinajes de brocato se recogen airosos bajo las abrazaderas suntuosas... Las cristalerías de las arañas destellan pedrerías.

La abuela, rígida en su retrato de amplio marco de oro, se asoma impasible y altanera...

La vida se ha cumplido en injusticia, en sombra, en crueldad y en implacable amargura! ¡Es su ley!

Y el retrato parece acatar ese misterio... Todas las mujeres, desde la real hembra, hasta la última doncella, pasan bajo la brutalidad del macho enfurecido...

Y en su aristocrática inercia, la figura parecía soñar con ironía! ¡Las revanchas, ya vendrán!...

Ximena continúa con dulzura:

—Sigo los pasos de ese hombre a través de la vida, me interesa su porvenir. No tiene suerte, va derrotado por el mundo. Se enamoró una vez y no fué correspondido, después se ha dedicado a pescadotes, pero tampoco ha logrado su objeto... Es un malogrado. No es la vida tan injusta como parece!

Lo malo es que nosotros vemos un fragmento y no abarcamos su conjunto. Si viésemos como en el biógrafo, lo que pasa simultáneamente en varias

partes, comprenderíamos sus aparentes olvidos... o sus torpes complacencias...

Y Ximena como una sibila misteriosa, abatió sus párpados sobre la magia de sus pupilas—ventanas, de países soñados y de reivindicaciones sublimes... Y yo imaginé por primera vez que el interés del biógrafo está en ese placer espiritual de ver la vida por todas sus fases, dentro del mismo momento que nuestra limitación material no nos exhibe más que en un solo punto.

\*  
\* \* \*

En un día de verano pesado, en que Santiago duerme su modorra española, por aquellos suburbios inmundos de calles lejanas en que cada piedra fluda rompería la pata de una mula y en que los tugurios descienden el nivel de la cuneta y exhiben miserias sórdidas de repugnante asquerosidad, llegué por encargo de Ximena, a la casita donde una piadosa y humilde creatura ha recogido a Lorenza.

Pequeña morada que se alarga en un patiecillo sombrío, de penumbra verde y plantas raquílicas, junto a una alta muralla blanqueada de cal.

Se me acoge con sorpresa.

—¿Buscaba...?

—A la señora Lorenza, respondo con énfasis.

—Ya la ve usted, y por el fondo del emparrado aparece una figura de aspecto fatídico... el cabello

enmarañado, el cuerpo escuálido, el pecho hundido y una angustia en el semblante apergaminado que sólo domina y enseñoera una noble nariz León XIII, audaz, dominadora, que parece proclamar una raza de otra época y un marco suntuoso... en pugna con aquella miseria y con aquel rostro en que sobrevive a todas las ruinas...

Lorenza sonrío...! «¡Todavía queda alguien en el mundo que se acuerda de mí...!»! Y aquella sonrisa es como el postrer rayo de sol que besara la cruz de una tumba.

Me lleva a su cuarto, adonde se entra por una de las puertas de aquella estrecha solera, enfrentada contra un murallón leproso...

Y comienza el interminable relato de aquellos dolores infernales... Ella ignora el nombre de aquel mal que la ha tumbado, y que no le permite siquiera sentarse: es el cáncer!

La pieza pequeña, tiene una estera vieja que cubre el piso de ladrillo, algunos restos de ricas alfombras, un escaparate viejísimo, sillas desvencijadas de familias distintas, el bracero antiguo de cobre, santos quiteños de mirar furibundo, un niño Jesús en un fanal rodeado de baratijas, flores de hilo de plata y ollitas de las monjas...

Aquellas pobres cosas—mis trastes—han pesado de tal modo en la vida de Lorenza, que no se resignaría nunca a ir a estar bien cuidada en un pensionado, porque ¿y sus pirchas?

Lo que más estima son los colchones, aunque están viejos y destruidos, sobre un antiguo catre de hierro con cuatro postes que sostienen una coronación de catafalco, terminados por perillas doradas.— ¿Cómo dejaría aquellos tesoros? Y por ser fiel a sus cosas, aunque todo en la vida le haya sido infiel a ella, morirá la pobre abandonada de los recursos médicos.

En aquella alcoba miserable, frente al muro blanquizco con vislumbre de sol, Lorenza me refiere sus últimos quebrantos; el doctor X. le recetó una pomada y el boticario le pidió 14 pesos. Por suerte fué antes de hacer el remedio. Y no se podía por menos. Era preciso volver donde el doctor, aconsejaba el farmacéutico y pedirle que recetase una droga equivalente, que era mucho más barata.

Al fin el buen hombre compadecido hizo la pomada por 7 pesos, pero al ponérsela, fué tan grande el dolor, que ahora sólo sentía la pérdida de la plata.

—¿Si la pudiera vender? exclamaba y sus ojos de águila pequeños y negros se alumbran, y yo, naturalmente le compro la pomada, para librarla de esa obsesión, segura de que si no hace bien al cuerpo hará, de seguro, bien al alma ya que las malas recetas de los doctores, pueden ser benéficas, con la firma del médico celestial.

Luego para evitar que siga pensando en su dolencia cruel, volvemos con el recuerdo—varilla de virtud,—que nos transporta a las hermosas regiones

de nuestra vida pasada, hacia los años transcurridos.

Después de tantas miserias e ingratitudes, en la última parte del recuesto de la gran montaña, encontró Lorenza a misia Luisa.

Fué llamada para cuidar la instalación de una señora viuda que llegaba de tierras lejanas con un buque cargado de cosas... que no se acababan de desencajonar en dos meses...

—Tiestecitos de todas layas y trapos muy ricos, de sedas que crujían en los dedos y unos monos muy raros que no se entendían. Creo que serían canacas...

Lorenza se saborea lentamente, se pasa un pañuelo azul de cuadros ásperamente por las arrugas que deshace y se tira la nariz con violencia...

La flacura le ha hecho resaltar los pómulos y le ha vuelto puntiaguda la barbilla.

Sobre aquella palidez cerúlea del rostro corre como una red sanguinolenta, que es el relieve de las venas.

—En aquella casa encontré piedad, dice. Los ricos no creen que los pobres son de carne y hueso, hacen caridad en los conventos para salvarse ellos, pero a nosotros los pobres no nos creen... les parece que no tenemos estómago, que no padecemos hambre ni frío, que nunca nos cansamos.

¡Cuánto padecí yo en mis viajes a la casa de Ora-tes, para ver a mi pobrecita hija, a veces sin cinco para

carro! Justo en el centenario cuando no hubo carros, Matilde estuvo tan enferma y yo de a piecito todos los días para la loquería...!

De pronto se calla, su rostro se contrae en una mueca horrible. Los dolores comienzan, se le crisan las manos, los músculos se encogen...

Es un cuadro espantoso, allí en aquel cuartucho la pobre anciana revolcándose de angustia sobre su estera vieja, bajo la torva mirada de un santo muy feo.

—¿Y pensar señorita que he sufrido toda mi vida, que nunca he hecho mal a nadie, que siempre serví a todos, a buenos y a malos, a ricos y a pobres... Y de tanto servir sólo he hecho ingratos...! ¿Donde están esos niños que cuidé, esas, señoras, esos caballeros, por quienes velé durante largas enfermedades, que quebrantaron mi salud...? De esos nunca vino nadie a verme, nunca me hicieron bien. Sólo aquellos otros por quienes hice menos, cuando ya estaba vieja y enferma, esos han sido los únicos, por cuya caridad tengo todavía con qué vivir...

Y cuando se calma su cruel dolencia entro a explicarle, que el único que paga es Dios y que por eso no recibimos devolución de nuestros acreedores...

Lorenza comprende. El Señor se sirve de otros, porque no son ellos quienes hacen las cosas, sino El...

—Y tanto sufrir para esto? Sus ojos implorantes piden luz.

—Si pues hija mía, la gloria se compra con miseria y con dolor... Nada se ha perdido.

—¿Y como dicen que hay tanto que pagar en el purgatorio?

—Eso para los ricos, Lorenza, pero no para tí... Allá arriba no hay jerarquías, lo mismo da ser Papa que ser mendigo, lo que vale es la bondad que hemos adquirido y las penurias que hemos pasado...

Dios se lo pague mi señorita, confío en Nuestro Señor, que ha de tener misericordia, y mira una imagen del Cristo Crucificado...

Servir toda mi vida para morir agobiada de tanto dolor!... Como no hemos de creer en la Gloria y en los premios del Señor!...

EN el momento más crítico y más doloroso de mi vida, mi madre me llevó a Toledo, a pasar unos días en casa de su hermano y mi tío, Obispo de la Catedral Primada, venerable sacerdote, que había publicado varias obras, sobre la arqueología egipcia y que coleccionaba antigüedades, hispano-árabes, en su casona morisca.

Con intuición maternal, la noble creatura, que no podía sospechar el abismo en que tiempo há cayera, me dijo: «Sagrario, marchemos a casa de Su Eminencia, que la quietud de esa vida y la vejez toledana te valgan para sosegar tus nervios»!

Entramos en el automóvil una tarde del mes de Diciembre. Confieso que no esperaba nada de nadie. Mi desolación era infinita. Tenía sólo veinte años y mi vida estaba tronchada para siempre, por una de esas irreparables fatalidades, que creemos no haber merecido nunca.

La llanura de Castilla se extendía magnífica, on-

dulada levemente en tonalidades secas y amarillentas. Tierra cansada de gloria, reposaba en su desolación radiante, iluminada por espléndido sol en un cielo sin nubes.

El auto devoraba veloz la cinta blanquecina de la ruta, que trepa o baja las ondulaciones del terreno.

En esta llanura desierta y la más majestuosa de todas, sólo de vez en cuando un campanario, se alzaba aislado y solemne en las lejanías tristes. Algunos arbustos enanos, de follaje redondo, decoran la cima de las colinas, en pequeños grupos espaciados como oasis del desierto.

El sol descendía lentamente hacia la tierra desnuda que lo iba a sepultar. Y en la gran soledad que no puebla ninguna figura viviente, ni decora un árbol, una torre solitaria y elevadísima se fué dibujando lentamente y su aparición en la llanura, tenía una grandeza de símbolo.

Creí que mi vida sería ya tan desolada como aquel desierto, que circunda a Madrid y que el campanario me indicaba, que mi único porvenir era el convento.

La campiña toda en aquel instante solemne parecía exaltarse en la fuerza de una gran plegaria! Mi madre rezaba el rosario y yo meditaba.

La carretera que seguíamos hacia Toledo, atravesó un pueblito viejísimo, de casas chatas y blanqueadas, de muros leprosos, de ángulos y rincones vetustos y caprichosos. Todo me daba esa impre-

sión de tristeza de las cosas que mueren y que en aquel instante armonizaba con la desolación de mi alma desencantada. Mi primer encuentro con la vida había sido demasiado cruel...

Al salir el auto, de la calleja del pueblo medio derruido, el sol ya muy cerca del ocaso, desaparecía tras las colinas y tornaba a aparecer en los descensos del terreno accidentado, produciendo bruscos contrastes de irradiación y de sombra.

Y a medida que el astro avanzaba a la tumba, la grandeza abandonada, la irreparable tristeza de la llanura de Castilla acentuaba su carácter trágico. El país de la lucha y de la gloria, se duerme ya para siempre, envuelto en los girones de su manto de púrpura.

Hundido el sol atravesamos otro pueblito más triste aun y más desamparado que los otros y cuyo confín de calleja, enfocaba el rubí sangriento del horizonte lejano. El oro y el topacio del occidente se iban cambiando en tonos de sangre caliente. Aquel azul tan claro de reminiscencia violeta, en que resplandecía el disco solar, se había mudado también en oro intenso y pronto se tornó en un rojo tan fuerte y tan luminoso, que era ya purpurino. Todo el gran círculo abierto del horizonte tenía una magia sorprendente de colorido.

Mamá, engolfada en sus oraciones, nada veía ni nada admiraba, mientras yo encontraba en la magnificencia del espectáculo, cierto lenitivo a mi dolor.

¿Acaso la serenidad de la naturaleza envuelve una lección de paz?

El debilitamiento que había traído a mi cerebro un prolongado insomnio, me hacía ver por do quiera, símbolos favorables o siniestros augurios.

Frente a la gran vidriera del auto, las montañas, que presentaban una consistencia quimérica en la luz que desmayaba, se volvieron de un azul violáceo. Y pronto una faja de tono rojo y mordoré que se diluyó en turquesa pálido, circundó el cielo purísimo de aquella tarde, que a modo de grandiosa cúpula cubría el firmamento, sobre la tristeza altiva e indómita de la llanura de Castilla.

Nunca había visto morir con más orgullo el sol que en el desierto de esta tierra desolada... De vez en cuando alcanzábamos carretones pesados que seguían lentamente la carretera, arrastrados por mulas puestas en fila y que el ruido del auto espantaba. Corrían por el camino chiquillos montados en borricos, que parecían llevar más que una carga, el peso de la fatalidad de un destino inmutable.

Todos los detalles de aquel camino se grababan con fuerza en mi espíritu acongojado. Había podido observar que siempre me sucedía así, cuando el telón de mi vida interior se iba a levantar sobre nueva decoración.

Sin mostrar su hermosa silueta porque ya era de noche, entramos a Toledo, fortaleza que nos impone, en el noble aspecto de sus amenazantes puertas

de hierro tosco. Las callejas estrechísimas—la encrucijada toledana—que lleva consigo la idea del peligro, de la lucha, del heroísmo y del amor, nos sobrecoge con su misterio...

Su Eminencia nos recibe afable. Habita un antiguo palacio restaurado. La casona tiene un hermoso patio rodeado de columnas que sostienen arcadas de piedra bordadas de arabescos. Los techos oscuros y artesonados, resumen la riqueza toledana del pasado.

Mi tío es un eclesiástico largo y bastante enjuto, con ojos penetrantes y escudriñadores, tras de las gafas que cabalgan su nariz borbónica.

El teólogo y el hombre de ciencia han debido reñir audaz combate dentro del eclesiástico, que necesita mantener la dignidad de un alto cargo—príncipe de la Iglesia—en la Catedral Primada de Toledo, la más suntuosa, la más bella y la más rica del mundo!

No habiéndole visto más que en las grandes actuaciones, revestido de sus paramentos episcopales, o presidiendo en su misma alta calidad nuestra mesa de familia, en muy raras ocasiones y siempre por motivos especiales y vinculados a su dignidad, no le conocía cierto fondo de afabilidad dulce, con que nos acogió esta vez a mi madre y a mí, que veníamos a ser sus huéspedes.

Antes de llegar, mi madre me había prevenido con algunas palabras que no me dispusieron en su

favor: Tu tío, hija, es un hombre de Dios, como vulgarmente se dice. Su alta inteligencia y su mucho estudio de la antigüedad, lo han alejado de la vida íntima. La seriedad de carácter que manifestó desde muy niño, lo hacen ajeno a la alegre frivolidad juvenil. Guarda compostura ante él... No te permitas, Sagrario, ninguna de esas chanzas que podrían chocarle y que le darían pésima opinión de la educación que han recibido ustedes.

Lo que mi madre no me dijo y he comprendido después, es que se deseaba que Su Eminencia no olvidase a la rama de nuestra familia, en el testamento de sus bienes, que iban a ser cuantiosos, debido a las antigüedades de mérito que había acumulado.

Tranquilité a mamá, asegurándole que mis nervios estaban demasiado deprimidos para chancearme con el tío Obispo—además la gente de iglesia, por la disciplina mental a que está sometida y que los hace esclavos de ciertas fórmulas consagradas, chocaban a la independencia de mi juvenil temperamento.

Durante la comida, mientras el tío y mi madre hacían recuerdos de familia y pasaban en revista a todos sus deudos, yo permanecía abstraída no sin paladear los sabrosos platos que salían de aquella cocina eclesiástica.

El Obispo gustaba de comer bien. Era quizá el

único goce material de su vida de intelectual y de sacerdote.

Después pasamos a la gran sala que le servía de recibo y que en sus bellas antigüedades de bargueños, sillones, ropas de Iglesia, pinturas, cueros toledanos, bronces cincelados, me trasportó a la época de que eran todos esos objetos emisarios remotos.

Algunos Cristos y sobre todo un Crucifijo del gran tiempo, me dieron la sensación de una sala de capítulo del Santo Oficio—sensación que mi tío concentraba en su tipo, de hombre austero, convencido de una verdad y dispuesto a mantenerla a cualquier precio—aunque fuera allegando combustible a la hoguera, que nos consumiera, si no servíamos los intereses que él representaba.

Aquella inmensa sala tenebrosa alumbrada con una lámpara de petróleo, el misterio de los rincones oscuros, las emanaciones de esos objetos viejos, que debían acumular tanta vida del pasado, la sugestión oculta que se desprende de las cosas que guardan vibraciones de seres que se han ido... todo aquello triste, adusto, severo, acabó de acongojar mi alma, en esa ciudad muerta, junto a un hombre que vivía de cosas que fueron...

Pero como el Obispo me viera interesada en sus preciosas telas y cueros repujados, debió sospechar que mi espíritu, era menos frívolo de lo que pudo parecerle en el primer momento, mi persona insignificante o demasiado femenina.

—Mañana con la luz, te mostraré mis más bellas piezas, dijo reparando en mí... Falta en la serie de joyas egipcias, la perla de la colección—y aquí su fisonomía se contrajo como ante un penoso recuerdo! Joya que había obtenido con los mayores sacrificios y casi con mengua de mi conciencia, arrastrado por esa fiebre, que sólo conoce el coleccionador, ante la pieza que va a completar, o a dar todo su carácter de época y de estilo, a la serie de objetos, trabajosamente acumulados y que representan una labor penosísima... Le había hecho construir un estuche muy rico de bronce cincelado, como sólo se cincela en Toledo y ¿para qué?

Casos hay Concepción, dijo mirando a mi madre, en que si no fuera la libertad, un dogma que establece la responsabilidad del individuo—creeríamos en una fatalidad anterior implacable y eterna,... pero luego recobrando su energía, que un recuerdo triste había estado a punto de hacer oscilar, agregó el eclesiástico de fila, que dominaba en él, al arqueólogo y al artista: Dios quiso tal vez desprender mi corazón que se apegaba a los bienes terrenos, aunque fuese sólo en amor de la verdad que la legítima ciencia proclama. Y sus labios secos descoloridos y flexibles, se contrajeron en una mueca, que estereotipaba su boca en rigidez dogmática.

No sé si por vaga intuición o por piedad humana hacia el dolor, expresé a mi tío, interés de conocer aquel hecho que tanto lo contrariaba. ¡Perder

algo querido, perderlo para siempre! Ya fuese objeto, creatura, cariño, cualquiera cosa que nos afectase hondamente, adquiriría derecho a mi consideración.

El sacerdote debió percibir íntimamente, la vibración armónica que su pena hallaba en mi alma y cobrando bríos, como para abordar una materia dolorosa se expresó así: En la primavera pasada un escritor amigo mío, me recomendó a un aficionado y coleccionista, de grandes conocimientos que deseaba visitar mis antigüedades. No pude negarme. Se presentó un hombre como de 50 años, de fisonomía abierta en sus modales galantes y obsequiosos, pero muy cerrado en la impenetrabilidad, de unos ojillos grises felinos, cuyas pupilas sonreían con diabólica ironía de condenado.

Estas palabras de mi tío me hicieron correr hielo por el cuerpo. Había en ellas una evocación satánica.

Tenía cabellos espesos, continuó el Obispo, frente estrecha y unas barbas rojizas, que daban a su tipo un carácter siniestro.

Sentí que las piernas me temblaban...

—Aquel hombre fino, obsequioso, galante y sobre todo erudito en la materia, venía diariamente a deleitarse en la contemplación de mis objetos... Tenía tal sentido de la belleza estética, una comprensión tan sutil y tan refinada, de esos aspectos y detalles delicadísimos que escapan al más minucioso «ama-

teur», que su visita llegó a ser para mí, una necesidad imperiosa.

No podía prescindir de sus arrebatos de entusiasmo, de sus disertaciones originalísimas, para sentir yo mismo la sensación estética. Mi sensibilidad venía a ser como un reflejo de la suya riquísima.

¡Quien lo creyera! Aquel hombre me reveló detalles de mis propios objetos que sin él, habrían permanecido completamente ignorados para mí. Me creaba una belleza nueva, dentro de la misma belleza oficial que yo acataba.

Inútil era ya preguntar a mi tío el nombre de aquel personaje, que mi corazón había reconocido en el desgarramiento de sus más íntimas fibras. Mi ansiedad daba alas a la elocuencia del eclesiástico.

—Este hombre llegó a ser dueño de toda mi confianza. Se había introducido en mi ser por la parte débil de la armadura, por mi amor al arte! No pudiendo prescindir de su compañía ni de su conversación le rogué que viviese conmigo y aceptó, aunque hacía diarias escapadas a Madrid, por asuntos de negocio, según decía.

Aquella naturaleza pagana y espléndida, rebelde a toda imposición cristiana, enemiga del dolor y amante desenfrenada del placer, se iba apoderando de mi voluntad, a punto que suspendí mis trabajos de consideraciones arqueológicas, para vivir sumergido con él en la contemplación de esos objetos que me mostraba por fases múltiples y renovadas, con

un talento dúctil, hondo y de transformación constante. Había en ese hombre una fuerza luciferiana.

Mi tío se detuvo como ante un misterio impenetrable y yo habría querido abrazarlo y gritarle: «Tío Ud. es el hombre llamado a comprender el dolor y la miseria de esta creatura que tiene delante»!

Me contuve, sin embargo... pero las lágrimas arrastraban mis ojos, el corazón quería escaparse del pecho... Mi tío, ante esta emoción, entraba conmigo en una simpatía que sorprendía a mamá, acostumbrada a ver en Su Eminencia, al hombre de Dios, ajeno a las flaquezas y a los dolores terrenos... y aun menos a aficiones desordenadas por deleznable objetos materiales.

Mientras mi tío crecía en mi concepto, se deprimía profundamente en la estimación de mi madre.

El único punto de discrepancia, que el venerable sacerdote encontraba con su colega y huésped, era que no le veía exaltarse de igual manera por las joyas egipcias y en especial por el anillo de la reina Amitsis!

Aun se había permitido poner en duda la autenticidad de aquel objeto que para el Obispo constituía materia de fé doctrinal y culto de admiración y ferviente amor.

Aquella joya había sido extraída de excavaciones hechas ante los mismos ojos de los más eruditos arqueólogos, había pasado por los exámenes más severos, de parte de todos los profesores científicos

de la época a que pertenecía y su inscripción venía a justificar una, hasta entonces, quimérica leyenda de la dinastía de los reyes del Imperio Medio. Gracias a estos esfuerzos, en que por vez primera el carácter de Su Eminencia había tenido que pactar con la intriga vil y con el cálculo mezquino, la joya había quedado definitivamente en la colección.

...¡Y, sin embargo, aquel objeto precioso en la documentación histórica, aquella joya hermosísima en el arte, corría quién sabe qué aventuras indignas de su filiación real y heráldica...

Yo pensaba, entre tanto, con ironía amarga, en los días que había llevado en mi pequeño dedo, como prenda baladí, el anillo de Amitsis, cuya pérdida, hacía la mayor desolación de la vida de un Prelado en la rama nobilísima de Toledo.

¡A cuántas profanaciones y sacrilegios había asistido el anillo, a que mi tío rindiera tan grandes honores!

Yo ignoraba la procedencia y si lo había ocultado era tan sólo porque *El* me había dicho: «¡Que nadie te vea esa sortija que perteneció a una reina egipcia, pues tendríamos serios disgustos!»

Deseando que mi tío continuase hablándome de aquel tema—para mí el único posible—le pregunté con angustia:—¿Cómo pudo Ud. desprenderse de esa joya?—Hija mía, dijo el sacerdote con cariño paternal, como si la hondura de su alma atribulada se exteriorizase por primera vez.—Para compren-

derlo, sería menester que tú conocieses a aquel personaje... No es un ser como todos; es algo único, aparte. Si hay demonios encarnados, ciertamente Antonio Ruiz de Castillejas, es uno de ellos...

Aquel nombre, en boca sacerdotal, me dió un vuelco en el alma, mientras los labios del Obispo dibujaban un despunte de sollozo.

—Empezó por decirme que la sortija disonaba en la colección. Para esto alegaba razones de todo orden, confundía con citas, mi propia erudición en la antigüedad egipcia, nombraba inscripciones, me descifraba papyrus, con una elocuencia perturbadora de la más fuerte razón y de la más sólida cabeza.

Llegué a temblar. Tales discusiones abrumaban mi cerebro, con un cúmulo de observaciones reales o fantásticas, pero machucantes del sistema nervioso, por la terrible fuerza de que iban acompañadas...

Mi tío no ponía la verdadera palabra que hacía terrible a aquel hombre, pues era simplemente un sugestionador de primera fuerza.

Las causas buenas o malas, cuando van unidas a ese poder secreto que trastorna y hace vacilar la voluntad, aunque sea de hierro o de acero finísimo tienen éxito seguro.

—Para huir de esa obsesión, continuó mi tío, salí de Toledo, contrariando mis costumbres. En Madrid, Castillejas estuvo siempre a mi lado y me hablaba del mismo asunto con una verba inagotable. Regresé a Toledo y cerré mi puerta, pretextando

enfermedad, pero un día que fui a decir la misa en la Capilla del Sagrario de la Primada, Castillejas me esperaba en la sacristía y otras veces en la puerta de mi casa... Me tenía sitiado.

Los ojillos terribles, ojillos de cernícalo, siempre sonrientes, punzantes y dañinos me desafiaban y parecían decir en cada frase, aun cuando tratase de otros temas: *La sortija será mía!*

Hablaba de cierta manera seguida, continua, embriagante, y miraba al interlocutor de un modo que la fuerza de aquella atención me producía dolor de cabeza y estrabismo en los ojos.

Yo habría abrazado las venerables rodillas del sacerdote, gimiendo, y le habría dicho:—Tío, si supiera qué angustias o qué agonías padecí yo! y cómo lo comprendo!

El buen anciano, habituado a la perfecta discreción y a las palabras breves, debía de extrañarse de su inusitada expansión, con una sobrina que había visto pequeña, pero que conocía poco...

Y era la repercusión interior que yo le daba, la que determinaba su elocuencia febril.

El hecho es que Su Eminencia había llegado a desprenderse de la joya porque la sortija de la reina Amitsis, vino a ser el precio de su tranquilidad, de la conservación de su salud, de su independencia y hasta de su vida.

No se podía vivir en oposición a aquella voluntad de hierro, flexible, en apariencia, como las dagas

toledanas, pero cuya misma flexibilidad hace inquebrantables.

—Cuando abrumado de fastidio, puse la sortija en su mano, para librarme de aquella obsesión, ese malvado soltó una carcajada diabólica y se marchó para siempre.

Amitsis fué el rescate de mi vida! dijo el noble anciano, sentándose en un sitial gótico de elevado respaldo y sorbiendo rapé en una tabaquera de oro riquísima.

\*  
\* \*

Más tarde, en mi lecho, rememorando aquella conversación, pensé en el revés que tienen todas las cosas humanas...

Yo había leído mucho los libros orientales que tratan de la ley de compensación, y me vino a la mente la idea de que mi tío, había debido tener en alguna vida anterior, cierta relación amorosa, con aquella reina, cuya sortija le costaba la más honda pena de su existencia.

Y no obstante mi dolor, la fuerza de mi espíritu irónico, al enlazar el destino de un príncipe eclesiástico, al de una cortesana quizás... de remota antigüedad, me daba una risa alegre...

No pude cerrar los ojos... Qué analogía entre mi tío y yo. El, entregando su más cara prenda a aquel hombre, y yo dándole mi vida entera... Me sentía perdida para siempre.

Por la energía de mi juventud, me dormí al fin con un sueño pesado. Muy hondos misterios deben realizarse a través del sueño, pues al despertarme, en aquella gran pieza, muy alta, fría y con las livideces de la aurora que filtraba a través de las rendijas, sentí renacer un deseo que estaba muerto en mí— el deseo de volver a la práctica de los sacramentos de la Iglesia, cuya fuerza había nutrido toda mi juventud.

¡Qué adusta era la madrugada de aquel día! pálido como un difunto y fatal como una ejecución del Santo Oficio!

La religión de Cristo había despojado, sobre el altivo peñón en que se yergue Toledo, todas sus blanduras cristianas y sus luminosas esperanzas, para hacernos sentir la dureza católica, de que se ha impregnado, a través de las obscuridades del corazón humano.

Era horrible la melancolía del ambiente, la especie de condenación irrevocable que todas las cosas llevaban consigo en aquella casa adusta, tétrica, fría y oscura!

Nos reunimos con mi tío a la hora del chocolate, que nos sirvió su vieja criada, una dueña pintada por Cervantes.

Sentí una confianza llena de ternura hacia el viejo eclesiástico, ya seco, nervudo y entristecido que se inclinaba lentamente a la tumba. Él había deser-

tado esa misma vida, que me había venido al encuentro, envolviéndome en sus ondas turbulentas.

—Tío, dije aprovechando el primer momento que estuvimos solos, ¿querría Ud. confesarme esta tarde a la hora sin luz? El hombre de Dios me acarició con una mirada de sus ojos negros de ave de rapiña y me citó para la Capilla del Sagrario, en la Catedral Primada.

\*  
\* \*

Con secreta angustia atravesé ese Toledo obscuro y misterioso, que en caprichosas sinuosidades de terreno, en vueltas y revueltas, en rincones o pasillos, en callejones sin salida o en plazuelas caprichosas de forma, se escurre cuesta abajo, hacia el río, que lo circunda.

Aquella tristeza hosca, aquella soledad vetusta, tienen una terrible elocuencia de época.

La electricidad está colocada en los mismos faroles de hierro antiguos, que arrancan con un gancho del muro, y cuya luz es más lívida y espectral que una lamparilla de aceite.

¡Qué penetrante sugestión de vida muerta sentía en esos rincones toledanos, que llevan su historia escrita en su propia ruina, como los estandartes rotos en las grandes batallas!

Toda la vida antigua venida a menos, representada por aquellos señores que no conservan más

que la capa raída y la voz entonada,—caudillos convertidos en mendigos,—me sobrecogía en un sentimiento de irrevocable fin, de que yo llevaba como desgarrada el alma!

Las piedras salientes del piso, la veredilla estrecha, los rincones que mueren de vetustez solitaria a la luz amarillenta del farolillo, ponían en mi espíritu los terrores del siglo XIII.

Los muros inclinados de los palacios ya desplomados, próximos a caer, los balcones con verjas de hierro, las ventanas de prisión con barrotes negros cruzados, todo aquello tan duro, tan lúgubre y formidable, deja la sensación de una vida trágica, de la cual, sólo subsiste la gran decoración del pasado, pues el alma de ese tiempo, el alma heroica y atormentada de los siglos en que la península era el país de las grandes conquistas, ha perecido en el eterno y fatal desgaste del tiempo.

La raza cumplió su misión en la Vida, de realizar el *Heroísmo*, y hoy muere conservando todos sus grandes gestos de altivez y de nobleza.

Tanto la moza que marcha de prisa con un cántaro, como el anciano de capa raída, todos tienen el ademán de raza grande, el noble porte señorial que se conserva como impulso atávico en la degradación moderna!

Y la ruta cada vez más caprichosa, torciendo, escurriéndose siniestra, retorciéndose como una culebra, o ramificándose en otras callejas, a cual más

triste o más lúgubre, me condujo ante el maravilloso pórtico de la Primada.

El interior de la Catedral me sobrecogió con una impresión de fuerza abrumadora... Hay algo de trepidante en aquel templo, como en las páginas de la Doctrina Secreta, para el neófito que se inicia en los misterios transcendentales.

Empujada por la potencia de esta grandeza,—expresión del poder que nos domina y que dispone de nosotros,—caí de rodillas a los pies de mi tío que me aguardaba en el confesonario.

Todo estaba en tinieblas y la solemnidad del sitio, hacía desaparecer al sacerdote, para sentir tan sólo la majestad divina que en aquel instante representaba.

Dije el «*Confiteor*» con la voz trémula y me quedé muda...

Entonces escuché una voz que ya no era la de mi tío—la Iglesia hablaba por él—que me dijo con seca gravedad: «Diga sus culpas»!

Rompí a llorar. La voz se volvió entonces humana y me alentó con cualquiera palabra, levantando la compuerta de un torrente impetuoso que necesitaba desbordarse.

—Padre, dije, he perdido la inocencia, he caído en el pecado, dando mi cuerpo, y mi alma a Satanás. Hubo un momento de mi vida en que todo se oscureció o se alumbró en mí, en que rompí los hábi-

tos adquiridos y conocí la dicha de un amor desenfrenado, completo y espantoso.

Hasta entonces yo había sido una criatura purísima, jamás había cruzado mi mente un pensamiento menos limpio. Ignoraba el mundo y sus emboscadas... Me cruzó el camino un hombre, que me reveló una vida nueva, potente, magnífica... Viví con él horas divinas...

El eclesiástico me contuvo airado.—No mezcles hija, la santidad de Dios, al recuerdo de tales abominaciones!

Yo no sabía lo que hablaba...—Ud. no comprendería la fuerza de aquella atracción Padre, dije, si no entrase a explicarle, los días de gloria que el abominable pecado me produjo.

—¿Cuánto tiempo duró ese estado? preguntó grave, el Obispo.

—El tiempo, padre mío, no puede contar en situaciones, en que cada minuto encierra la eternidad.

Usas hija, palabras impropias ante este santo tribunal. ¿Cuántos años o meses has vivido en la culpa?

—¡Vivido! y me quedé pensativa. La vida sólo la había conocido a través de aquel delirio; antes había pasado, había vegetado, me había aburrido... ¿Cuánto tiempo he vivido? me repetí a mí misma la extraña pregunta.

—Siempre, desde que tuve conciencia! Aquel

hombre me enseñó una vida que yo ignoraba y desde entonces, vivo en goce o en dolor, en éxtasis sublime, o en desesperación tenebrosa, pero vivo ahí sí! vivo plenamente. Nadie me quitará este dolor, pero nadie tampoco me devolverá mi felicidad!

Y sollocé con una violencia que estremecí el confesonario...

Cuando volví en mí, el eclesiástico había apartado la oreja de la ventanilla, e irguiéndose en el centro del asiento parecía más flaco, más enjuto. Estaba en actitud de defenderse de una contaminación... Sus cuencas se habían hundido y los ojos negros interrogaban algo oscuro...

—¿Corresponde la fuerza del hombre a la violencia de la tentación, para establecer la culpa? pensaría quizá.

...Se recobró en seguida y apoyando la cabeza en la rejilla:

—Trata hija de ser breve, exacta, de emplear expresiones recatadas y sobre todo de no volver a evocar cuadros de lujuria, en este momento grave... Más que el detalle de la culpa, la misericordia del Señor, te pide, dolor hija, odio al pecado, propósito de no ofender a su Divina Majestad.

¡Que poco humano me pareció mi tío a través de las fórmulas que la Iglesia ha petrificado en los labios de sus ministros!

Seguía callándome aterrada... Entonces la voz, haciéndose más insinuante dijo:—Prefiero que res-

pondas, *Sí* o *No* como Cristo nos enseña, a las preguntas que yo te haré... Trata sólo de ser sincera.

—¿Cuánto tiempo duró ese estado de permanente fornicación?

—Desde que lo conocí, hasta que se marchó (sólo así podía sacar la cuenta) seis meses padre. Era el marido de mi más íntima amiga, que se casó en Francia...

Y ya me lanzaba en el torrente de explicaciones... cuando el sacerdote me detuvo:—Cuida hija de evitar detalles que no sean pertinentes a las circunstancias, que aumentan o disminuyen la magnitud de la culpa.

¡Cómo helaban mi alma esas interrupciones— mi pobre alma dolorida, que pedía amparo, consuelo y expansión!

Y no pudiendo contenerme por más tiempo, en un arranque de desesperación, que rompió toda valla, dije: Tío, oiga Ud., mi seductor es el mismo malvado que le quitó a Ud. la sortija de Amitsis.

El efecto fué mágico. El sacerdote desapareció y quedó allí en el confesonario un hombre... un hombre anonadado confuso, trémulo... La barbilla le temblaba y los ojos le parpadeaban con violencia.

¡De manera que .. de manera...

—Si Tío, el mismo que le robó su joya a pura porfía, fué el que me robó mi corazón y mi honor y mi inocencia y mi porvenir a pura violencia, a pura... Y sollocé nuevamente. Me latía el corazón...

y habría querido colgarme del cuello del Obispo...

Después de un grave silencio el pobre hombre me dijo; Sagrario, hija mía, te comprendo y te compadezco, eres una desgraciada. Dios tendrá piedad de ti, la violencia del espíritu del mal, ha sido en ti más fuerte que tu carne flaca, que la resistencia humana...

Dios tiene inescrutables designios que debemos acatar... Satanás posee recursos tenebrosos. No en vano es espíritu de tinieblas... En alguna parte de los Libros Santos, se expresa que los Demonios encarnan, para confundir a los hombres. Y echó unos latinazgos que me dejaron a oscuras de su profundo sentido teológico.

Un copioso sudor brotaba de la frente del anciano sacerdote, que enjugaba con cansancio de vencido, de hombre que ya no lucha, en un amplio pañolón de cuadros de colores rabiosos...

Y suspiraba tan hondo... tan hondo, que parecía que iba a entregar el alma en cada suspiro...

Su voz se quebró, se hizo tierna, arrullante, meliflua... Me exhortó con palabras dulces y henchidas de esperanza... eso sí que después de haberse asegurado bien de que el Diablo había partido y que si yo no lo abominaba ¡ah, no! tampoco volvería a creer jamás en él...

Cayó sobre mi alma un rocío de palabras reconfortantes, alentadoras, que me restañaron la llaga sangrante, con dulzura de bálsamo.

—Mañana rezaré la misa a tu intención en la Capilla del Sagrario y recibirás la comunión de mi mano...

¡Pobre hija mía! ¡Pobre! decía hablándose a sí mismo... Disponte, hija, para recibir el perdón... Dios te acoge en su seno y te devuelve la gracia y el derecho a la bienaventuranza.

E incorporándose majestuoso, el ministro de las misericordias del Señor, pronunció solemnemente en latín, la fórmula sacramental, que dejó caer en mi alma atribulada la absolución divina...

¡Vé en paz, hija mía!

.....

\*  
\* \*

Aun no aclaraba, todo estaba obscuro en la alta estancia fría, cuando abrí los ojos, sobresaltada por un largo gemido, que se prolongaba despertando los ecos dormidos de las callejas solitarias...

Un gato aullaba, trágico, en el tejado del caserón... Se me acongojaba el alma de tristeza y de frío...

Al tomar de nuevo conciencia de la vida, pensaba con horror, en que había sido víctima de una alucinación de los sentidos, cuando iba buscando compañía a mi eterna soledad, comprensión íntima a la orfandad de mi espíritu..... Amor, sólo un grande amor!...

¡Para encontrar una pasión brutal, que mi inocencia juvenil había confundido con el fuego del sentimiento y con la abnegación del alma...

¡Qué amargos eran mis regresos del sueño a la vigilia, después que aquel hombre nefando saliera de mi vida!

Mi existencia ya no tenía objeto, todo había perdido en el mundo su belleza y su encanto. ¿Qué era la vida sino el prestigio que le daba la gran ilusión que aquel malvado creara en mí?

Desvanecido el sortilegio fugaz, me encontraba de veinte años, bonita, perdida y sin fe en el amor!...

¡Ah! pero había vuelto a creer en esa Fuerza Inteligente, que dirige la vida, fuerza que había sentido tantas veces, en esas dulzuras que los cristianos llaman «*Gracia*» y que iba a disfrutar aquella mañana, cuando el bueno de mi tío, pusiera la Hostia blanca en mis labios rojos...

Las rendijas de las puertas comenzaron a filtrar una luz blanquecina, que derramó en los objetos su palidez marmórea. ¡Qué hieló en el cuarto y qué desamparo en todas las cosas que me rodeaban!

Me vestí de prisa y me escurrí como sombra por la calleja solitaria, que tuerce antes de llegar a la plaza, esa plaza de Toledo donde se verificaron los *autos de fe* del Santo Oficio!

La neblina de aquel pálido día de invierno, lo envolvía todo en su gasa ténue, esfumando las formas y borrando el relieve de las cosas.

El interior de la Catedral, apareció tremebundo, en la pujante altanería de sus bóvedas, que escalan vertiginosamente el misterio impenetrable.

Los vitraux ponían pálidas penumbras en los espacios gigantescos. La inmensidad me abrumaba y me deleitaba...

Ese vuelo de las naves góticas que se lanzan a la altura tenía un enorme impulso espiritual, que la ligereza de las columnas, la delicadeza de la piedra bordada, calada, y agujereada, reunía con primor de conjunto en su belleza delicada y monumental.

La vidriera multicolor de las ventanas descomponían la luz en ramilletes de flores transparentes...

Los manojos de esbeltas columnitas que sostenían las inmensas bóvedas, todo aquello enorme y finísimo, sólido y aéreo, pujante y delicado, sobrecogía con la expresión plástica de una potencia inabarcable!

Esa riqueza de la piedra, trabajada como flexible filigrana, por donde ha pasado el capricho, el ensueño y la audacia del hombre, me embelesaba con su fantástica suntuosidad.

Las ansias y los terrores de las generaciones muertas que se han esculpido en las piedras de la Primada, hablan con mayor elocuencia, a medida que el tiempo,—inexorable en su curso—las aleja de nosotros.

Lo que aquellos artistas dicen en sus obras, se graba en nuestras almas modernas. A través de sus

expresiones, a veces pueriles o bien graves y solemnes, traducimos nuestros mismos ensueños, nuestros anhelos siempre iguales, aunque vayan envueltos en otros ropajes.

El alma humana se identifica a sí misma en la angustia de un Cristo que ora en el huerto, o en la beatitud de una figura ascética.

La misma tristeza de abandono y de desencanto, de ensueño frustrado y de esperanza desvanecida, que traigo ahora en el alma, proclaman las figuras que han esculpido los artífices de los siglos pasados.

Somos nosotros y siempre nosotros, que en cualquiera época de la historia, palpítamos inquietos, sacudimos nuestras cadenas o sucumbimos tristemente!

Esta ciudad de Toledo, tiene ahora para mí la forma especial de mi tormento, en su tristeza, sin mañana... en su irrevocable abandono!

Todas las cosas y hasta este templo triunfal, pero abismático, en su misterio, parece proclamarme una fatalidad inexorable, una tristeza sin después...

Todo me parece aquí duro como una imposición y melancólico como una despedida... Ese algo intraducible, que constituye el alma de mi raza española, lo siento hoy como un irrevocable adiós, en todas las cosas que llevan su sello!

El alma del pueblo moderno, es primitiva, sencilla, vuelta a la niñez de su misma decrepitud... pero por esta alma han pasado los estremecimientos y el pa-

vor de los suplicios de la Inquisición, y aun temblamos en inconscientes angustias, inexplicables...

Cuando penetré a la capilla del Sagrario, la imagen de la Virgen tan ingénuo en su traje de brocato amplísimo, bordado de estrellas, habla a mi corazón, en aquella hora matinal, a través de sus formas pueriles, con una sugestión tierna y confiada.

Los cirios alumbran la figura bendita de la Madre de Dios.

El Obispo aguarda en el confesonario. Voy a prevenirlo de mi llegada para que empiece la misa, y sólo veo por entre los hoyos de la rejilla, un ojo negro medio sepultado entre el pergamino de la cútis, hecha surcos en el rincón de los párpados... y los Ministros del Señor me parecieron entonces los últimos depositarios de una verdad, cuya clave perdieron tiempo há...

.....  
«*Domine non sum dignus...*» El Obispo se acerca al comulgatorio, todo desaparece a mi alrededor, cierro los ojos y me concentro en el abismo secreto...

Mi ser se diluye, se dilata, se amplía, en una grandeza infinita... Caen todas las barreras materiales, se acortan todas las distancias, se transparentan todos los velos y me hallo en el mundo de las realizaciones estupendas...

Las palabras humanas carecen de sentido... Ayer, mañana... el tiempo no existe. Vivo en un presente

continuado... Nada se ha ido, ni nada vendrá...  
Todo está ahí...

Yo era una creatura perdida en mi conciencia humana... ¡Perdida! ¿qué significa eso para el alma que ignora las limitaciones terrenas y que vive ausente de las miserias de la carne...?

¿Qué es un hombre, qué es un desencanto, en la vida infinita del espíritu que perdura por los siglos de los siglos... Qué es la pesadilla de una mala noche, en el eterno proceso de la Vida sin fin?...

Soy en el mundo una pequeña creatura, que se llama Sagrario, que sufre, que llora, que se desespera, pero antes de venir a esta tierra, la vaga conciencia de vidas anteriores me recuerda tantas otras existencias, en que he revestido personajes distintos, en que he conocido otros seres y amado con otros corazones... Y aun vendrán tantas vidas nuevas, en que cada ensueño, tendrá su realización, cada deuda su rescate y cada esperanza su cumplimiento fatal...

¿Y si todo esto existe y es verdad y lo siento y lo espero, cómo he podido vivir tan miserable vida, sepultada en mi conciencia de lo relativo, obscurecida por las sombras materiales, reclusa en las limitaciones estrechas del plano físico?...

¿Cómo he podido odiar, o maldecir, cuando cada ser cumple la ley de su naturaleza y en el daño que nos hace, le creatura, es sólo el instrumento de la fuerza que la impele... para bien o para mal en cumplimiento del Destino?

Se ensanchó mi corazón en la confianza, se restañó mi herida en la dulzura del perdón, mientras mi espíritu veía abrirse el horizonte de las posibilidades infinitas...

Dentro de la esperanza cristiana no existía el fantasma de lo «*Irrevocable*», terror supremo de la vida!

El *Nunca* y el *Jamás* eran los biombos que la sombra mortal oponía a las secretas continuaciones espirituales.

¡Qué feliz me sentía en la difusión de la gracia eucarística!

—¿Quién eres tú, Señor? había dicho atónita, como los discípulos de Emaüs, al misterioso peregrino encontrado una tarde triste a la hora de hundirse el sol, y por toda respuesta se había encendido la frente del extranjero y había visto aparecer al Cristo en gloria...

Así, yo me había acercado, pobre creatura abandonada, al divino banquete y por la virtud sacramental, el mundo invisible se había transparentado en magnífica visión...

Cuando atravesé el templo, los ventanales vertían una luz ambarina, cual aura dorada que envolvía la majestad de la Catedral de Toledo, soberbia y riquísima, en una apoteosis triunfal..... Centelleaban las vidrieras, refulgían los oros, vibraba la luz y los cánticos en las naves gigantescas...

---

Y mi alma, renovada y exaltada, repetía las sencillas frases evangélicas:

Llamad y se os abrirá... Pedid y recibiréis... Buscad y hallaréis..... El reino de Dios dentro de vosotros está!...

# Bautismo de Sangre

ERA considerada una perfecta y deliciosa creatura en su arte académico, fino, con todos los recursos del oficio concienzudamente aprendido y practicado durante varios años de Conservatorio y ante el más exigente de los públicos, en el clásico Teatro de la Comedia, o sea, la aristocrática casa de Molière.

Era la actriz de los roles distinguidos, que no exigían un gran temperamento, ni esos arranques geniales que arrebatan a un público y estremecen una sala entera, al soplo de un huracán pasional.

Thierat no tenía los papeles de primera fuerza; no había cogido al nacer el número uno en la lotería de la vida, pero poseía un rostro armonioso y agradable, una voz pura y expresiva, un porte gentil, una distinción perfecta de modales y un gusto exquisito en el vestir.

De estas condiciones, resultaba una personita muy agradable, de un sabor francés hasta en su elegante mediocridad. Si no lograba sacudir violen-

tamente los nervios de su público, sabía complacer la sensibilidad, acariciar el oído con su voz penetrante y matizada de tonos,—voz espiritual que emana del alma,—conocía sobre todo el arte de halagar los ojos con actitudes de suprema elegancia, de gracia ingénita, de púdico desenfado...

Además, el primor de sus toilettes, en que colaboraban varias grandes casas de la calle de la Paz, la hacían aparecer como una flor viviente dentro de la armoniosa fantasía de los colores.

Las caprichosas formas de sus trajes, hacían resaltar la flexible esbeltez y la exquisita finura de sus modales aristocráticos. No tenía ciertamente el fuego sagrado de una Sarah, que hace correr la sangre en un escalofrío, ni habría podido arrancar un sollozo unánime a la sala entera, como la Duse, al decir «!Armandol!» en la *Dama Doliente*. ¡No! pero existía para Thierat otro término, que le aplicaban indistintamente todos sus admiradores: ¡*Deliciosa!* Si no embriagaba como una capítosa flor del trópico, perfumaba cual jazmín, con una de esas fragancias suaves que trascienden y que perduran en su misma sutileza.

Pasó algún tiempo sin presentarse en la escena y como era casada y llevaba una vida regular, no se supuso más que uno de tantos accidentes de la vida. Tenía un hijo, y entraba en la lógica que pudiese esperar otro, pero al cabo de un año la actriz se

presentó nuevamente en la escena, creando el primer rol de una pieza de Bataille.

Era la misma mujer, pero era otra actriz; conservaba sus líneas, su elegante y fina silueta, tenía su expresión habitual de candorosa ingenuidad, de pureza transparente; pero había algo más, un elemento nuevo, terrible, avasallador, una fuerza que había roto todos los diques de la sensibilidad, que había desatado un alma o que la había roto en pedazos.

En Alice Thierat, no había ya sólo un arte magnífico, modelado dentro de un instrumento de dócil y plástica expresión, sino una alma humana que lloraba una profunda miseria, que la vivía, que la vibraba y estremecía con ella las fibras dormidas de todo un público.

Uno de los críticos teatrales pensó: Por aquí ha pasado un gran Dolor! y una mujer que lo oía sintió: Aquí hay un grande Amor!

De la vida íntima de Thierat se sabía poca cosa. Había hecho un buen matrimonio—matrimonio de conveniencia—cuya mediocridad sentimental pone al abrigo de cualquiera tempestad. El hombre que aporta a la sociedad conyugal un apellido limpio, una profesión honorable, una presencia simpática, difícilmente lleva una gran pasión, capaz de colmar un corazón de mujer de sensibilidad refinada, en este mundo del «*poco más o menos*», en que la reunión de varias buenas condiciones, excluye la primordial y viceversa.

Thierat tenía un hogar tranquilo. Su marido era un industrial inteligente y muy estimado; ella vivía tomada por su arte, absorta en su trabajo. Ambos esposos adoraban al hijo de esta unión, que constituía uno de aquellos lazos que mantienen el equilibrio entre caracteres diversos.

Al marido le interesaba poco el arte de su mujer, pero tenía orgullo en ella. La esposa observaba una conducta correctísima, y eso con la regularidad de la vida conyugal, bastaba a un hombre de sentimientos y de aspiraciones comunes.

Habitaban una hermosísima villa en Saint Cloud, en la parte alta que domina el Sena y el Bosque de Bolonia a vuelo de pájaro. Desde la altura de aquel nido maravilloso, sumergido en la verdura y tapizado como una litera en sus telas y riquezas interiores, Thierat, sólo demoraba 20 minutos en automóvil para trasladarse, de la escalinata de mármol blanco de su casa, que descendía entre jarrones de bronce y plantas floridas, hasta su camarín de la comedia Francesa.

Podía pasar de un retiro campestre perfumado, silencioso, con grandes horizontes de bosque frágil, hasta el corazón de ese París, cuya pulsación marcaba el ritmo de la vida del mundo entero.

Cuando Thierat volvía fatigada de su trabajo escénico, abría su balcón, un saliente de cristalerías suspendido sobre el abismo, en que corría la vía férrea, —el ferrocarril de circunvalación— y allá lejos, más

allá de la densa sombra del Bosque, París como una gran cortesana, agitaba en mil fuegos sus noches febriles...

El resplandor de Babilonia doraba el horizonte nocturno, en que se elevaba como un fantasma casi intangible la Torre-Eiffel.

El fragor del bosque silencioso e impenetrable, la quietud de la montaña, tenían un encanto de silencio, una magia de paz, en esa altura que planaba sobre París. Thierat había enriquecido aquella mansión, con todo lo que su buen gusto y su dinero podían ofrecerle, en ese mundo de artistas, de anticuarios y de brocanteurs.

La villa tenía estilo normando y se aislaba en un parque espacioso, levantando sobre una gran terraza, sus cuatro pisos, dominados por un minarete, que ofrecía la más espléndida visión de París por delante, y de todos los jardines de Saint Cloud, por los otros costados. Era un maravilloso asilo de artista, un sitio en que los nervios tendidos por los más duros esfuerzos, recobraban toda su laxitud. Estaba tan cerca de París, para vibrar en su atmósfera intensa y preñada de sugerencias, y tan lejos a la vez, para escogerlas, para dominarlas y para concentrarse e intensificar las propias emociones.

Thierat era una sensitiva y por lo tanto, sufría de grandes desgastes nerviosos. Necesitaba llevar una vida de retiro, de sana austeridad, para compensar el trabajo de la escena, para neutralizar el desgaste

psíquico y para afrontarlo en condiciones que no perjudicase a su débil contextura femenina. Llevaba, por lo tanto, un estricto régimen de vida. Recibía poco, era ordenada en sus comidas y en su sueño y aun así no lograba equilibrar suficientemente sus fuerzas y normalizar sus nervios.

Le agradaba que su esposo no fuese un hombre de pasión y que tomase la existencia conyugal en segundo término, como forzosamente había de llevarla ella. Su arte era su vida entera, su embeleso, su goce y su tormento.

La confección de sus trajes a que consagraba todo el esfuerzo y el esmero posible, le quitaba un tiempo precioso y le gastaba esas fuerzas que habría deseado dedicar sólo al estudio de sus roles... pero era tan necesario para el teatro, ser elegante, exquisita y personal—no de la personalidad humana, sino de la personalidad artística que era la que hasta entonces primaba en ella—que no economizaba esfuerzo para obtenerlo.

Una mañana de primavera que salía a dar su acostumbrado paseo por el parque de Saint Cloud,—esa última gran decoración de la monarquía, que con Versalles, subsiste todavía del gran tiempo y que a un paso de París, guarda fragosidades de bosque virgen, levanta terrazas magníficas con visiones ideales, exhibe jardines suspendidos y un parque real de líneas señoriales,—pues allí donde acostumbraba quedarse algunas horas, fué abordada al paso, por un

jóven pintor, en quien había reparado muchas veces, y que sin cesar recomenzaba bosquejos de la gran avenida de las Estatuas Romanas, en la parte de la escalinata, que abarca la visión de París, deslumbrante y fantástica...

Era un mozo de aspecto tímido en su apostura viril, suave de voz, pero con el acento resuelto, quien le había dicho, mirándola con cierto magnetismo en los ojos sonrientes: Señora si me permitiera Ud. que le hiciese una *pointe sèche*? Thierat que siempre se excusaba de los aparatos, pinceles, interview, sufrió en aquel momento una paralización de su voluntad y respondió: Como guste Ud. caballero.

Era inusitada en ella esa condescendencia, pues siempre había creído que es parte de la aureola de la mujer de teatro, no prodigarse demasiado en estampas o en reportajes.

El arte dramático exige más que cualquiera otro, que la mujer desaparezca tras de la actriz, que guarde el misterio de su intimidad.

Aquel hombre había ejercido desde el primer momento una sugestión sobre ella. Así nació aquella amistad entre Olivier Martín y Alice Thierat. Pronto ella se apercibió, con su fino sentido de la belleza estética, que aquel hombre poseía un hermoso talento, pero que nunca llegaría a hacer la *Obra* propia, porque su voluntad era vacilante y débil. Perteneía a esa falange de los «*ratés*», seres que tienen grandes temperamentos artísticos, los más ricos

talentos, pero que abortan, por la mediocridad del esfuerzo de expansión que dan a sus facultades. Conciben cosas demasiado grandes y carecen de la energía equivalente de acción, que requiere, por cierto, la obra que ellos debieran ejecutar... Este talento quizá superior al suyo, pero falto de la disciplina y de la regularidad, interesó a Thierat, que tenía un alma blanda, tierna y cobijante.

Tal vez fué el pretexto con que una gran simpatía masculina, tomó pasaporte en su espíritu burgués, enemigo de aventuras y de emociones fuertes, que distrajesen las energías de su arte. Concluído el proyecto de apunte al lápiz, que se convirtió en un precioso pastel, las visitas del pintor se continuaron en la Villa Mont Joly y la amistad creció de día en día.

Thierat se sintió sorprendida por el jóven en sus encantadores secretos de su vida interior, en que nadie había reparado nunca y que ella misma vivía, como al margen de su conciencia.

Olivier comprendía su arte, la había seguido desde los principios de su carrera teatral, pagando butacas con sus primeros ahorros de colegial, cuando ella hacía todavía los roles inferiores en el Teatro Francés. Se encantaba de oírle contar al amigo, la impresión que ella había hecho en su corazón de niño... cómo después había tomado el hábito de ir a pintar en el parque de Saint Cloud, cerca de su sitio favorito y para convencerla, le detallaba las toilettes, los

sombreros y las sombrillas, que durante años había usado en las distintas estaciones. Aquel sentimiento ingénuo la envolvía en una dulce calidez y llegó a serle necesario... Era moralmente blando, como un cojín de seda en que se apoya el cuerpo fatigado después de un esfuerzo.

¡...Y tenía una poesía de lontananza, como la visión que los jardines reales, enfocaban desde sus terrazas floridas, desde sus soberbias escalinatas de mármol blanco purísimo...!

Sutil, suave y lentamente se había insinuado en su corazón un gran afecto, la había envuelto, la había arrullado, la había mecido en el espacio de los grandes ensueños, y le había mostrado la vida más bella, más grande, más digna de ser vivida.

Ya no se sentía sola, ni desamparada en sus preocupaciones, tenía a quien comunicar su vida secreta, las emociones, las molestias, los contratiempos de la profesión. Su existencia interesaba, pesaba en otra vida humana. Se encontraba blandamente acariciada en secreto, por la sinceridad de una ternura respetuosa y ardiente. La actriz inspiraba al pintor una muda adoración que no pedía nada y que daba lo que ella necesitaba más: compañía, expansión, dulzura y fidelidad!

Cuando Thierat escuchaba las confidencias de algunas amigas suyas, las torturas de sus vidas pasionales, comparaba secretamente aquellos deseos brutales, de que eran víctimas casi siempre, con este

afecto espiritual, que ella inspiraba en secreto y se complacía, a sí misma, en ser objeto de un sentimiento de calidad superior. A solas consigo misma, pensaba que las mujeres que se entregaban al amor, renunciaban a la parte más hermosa del sentimiento, a la misteriosa ilusión que hace de una creatura un enigma...

Entre ella y Olivier existía una distancia que él guardaba, por timidez quizá, que ella mantenía por cálculo. Ningún sentimiento religioso la retenía, pero sí, la educación recibida de una madre honrada, que atribuía todas las desgracias femeninas a los desbordes de las pasiones masculinas. Si Thierat no creía precisamente en eso, tenía, en cambio, una especie de superstición. Pensaba que la pasión era una hoguera que todo lo consumía y que para retener la felicidad del corazón, era preciso sustraerla a su ciego arrebato... Sin creer como los católicos en un Dios vengador, creía en la ley de justicia y sabía de intuición que a cada sacrificio, corresponde una conquista superior.

Nadie se lo había enseñado, como tantas otras cosas que profesaba, pero estaba convencida con una convicción no razonada, y por lo tanto, de una evidencia manifiesta.

La atracción entre ambos crecía más y más. Olivier tenía un noble carácter, sincero, fino, audaz y extremadamente sentimental. Era uno de esos hombres que agradarían a las mujeres, aunque no tuvie-

sen otra condición que la de hacerlas a ellas el objeto y el fin único de la vida. El joven pintor había trocado siempre sin trepidar todas las ventajas del mundo por la satisfacción de un amor. Dentro de su carácter apasionado e impetuoso, había tenido las más fantásticas vinculaciones, en fugas, raptos, violaciones, que le habían dado una existencia azarosa, con exaltaciones magníficas y profundas caídas... pero de algún tiempo atrás su vida se normalizaba.

Había vuelto a trabajar, vivía en Bellevue en un modesto hotel, y hacía excursiones por los bosques. Thierat confrontaba las fechas y descubría con placer que ella había operado el cambio de esa existencia.

Una sola vez, en medio de la intimidad que los acercaba más y más, él había tenido un arrebato pasional, pero ella había sabido manejarse con tan fina destreza e inspirarle tanto temor a una ruptura definitiva que Olivier había debido contenerse una vez por todas y aceptar la pauta sentimental que a ella le plugo ajustarlo.

El prestigio de la actriz, las facilidades galantes de esa vida que ella vivía por encima de cualquiera sospecha posible, contentaban a Olivier, de no poseer toda entera aquella deliciosa creatura, de quien sólo él, poseía sin duda, lo mejor: su corazón.

Así iban las cosas, cuando Thierat hizo un contrato, alistándose en la troupe de un distinguido empresario para hacer la Rusia, el Austria y la Ale-

mania. Olivier estaba desesperado, no podía seguirla ni ella lo habría permitido.

Durante la ausencia, las cartas se enfriaron y se espaciaron lentamente. Desesperado el joven, comprendió que otro sentimiento se había interpuesto entre los dos. Y se entregó con furor a su antigua vida de desórdenes y de aventuras galantes. Cuando se volvieron a encontrar, ella le confesó de plano que había vivido una gran pasión, por un hombre duro y brutal, que le había exigido el sacrificio de su carrera y el abandono de su hijo. Se separó horrorizada, pero al poco tiempo, el conde austriaco, se presentó en París y se ofreció incondicionalmente para vivir en la forma que ella quisiera. No había podido olvidarla, la pasión lo tenía cogido en su garra de acero. Thierat, que ya tenía terror de aquel hombre, cuyo feroz despotismo había experimentado, no obstante, la atracción que le inspiraba, luchó esta vez sostenida por Olivier, que en tal ocasión dió pruebas del más puro de los afectos.— «Piensa sólo en ti, le decía, la pasión es lo más grande de la vida. Si no has de volver a amar con igual intensidad, guarda tu amor a cualquier precio porque es la vida misma». Thierat sentía, sin embargo, que aquella pasión avasalladora, no satisfacía plenamente su corazón, habituado ya a una comprensión más honda, a una ternura más delicada, y a un afecto más espiritual... Si al extranjero le había dado toda la pasión material de que era capaz, por

Olivier sentía crecer un sentimiento de índole superior... que la unía más fuerte y más deliciosamente, en una esfera más alta de sí misma.

Sin embargo, se confesaba con estupor que nunca había visto la vida más grande, ni más bella, que en brazos de aquel verdugo, que poseía una diabólica potencia de atracción, y que no comprendía de la existencia más que la embriaguez del sensualismo, desde las más groseras hasta las más refinadas formas, con que el sonido, el color, la línea y el perfume penetran nuestro ser íntimo y lo inundan de sensaciones deleitosas.

Y aun cuando Thierat quería sustraerse a aquel hombre nefando, la fuerza vital la arrastraba nuevamente y la ahogaba en su torbellino.

Olivier fué su apoyo en aquellos días tremendos. Procedió con tal delicadeza, puso tan en claro la fuerza de un sentimiento superior, que cuando al fin ella logró sacudir el yugo, fué para caer en los brazos que la habían sostenido durante la larga prueba.

Fué menester que el amante volviese a exigir la renuncia del arte y del hogar, para que Thierat encontrase la fuerza de llegar a una ruptura definitiva. ¡Qué dulcemente comprensiva, qué ardiente, qué pródiga y que luminosa había sido para ella, en la crisis de la vida, la amistad de Olivier!

Ya no habitaba la casa de pensión en Bellevue, sino un pequeño pabellón rodeado de jardines y emparrados, en el mismo Saint Cloud—agreste so-

ledad, especie de ermita, en que llevaba una existencia de solitario. Thierat iba allí a consolar sus penas, a tenderse en la silla larga, del taller que ocupaba todo el segundo piso, y que dominaba la lontananza verdegueante de las copas de los árboles del bosque, extendidos en un océano de esmeralda...

Era un retiro de poeta. Los caminos de atraveso que conducían a la pequeña propiedad no eran frecuentados, porque quedaban fuera de la gran línea que va a Versalles. Thierat iba hasta allá en pocos minutos de marcha y el hábito de verla caminar siempre por esos mismos senderos solitarios, no hacía sospechoso su continuo paseo.

Así pasaron juntos, *après midi*, deliciosos, en esa dulce quietud de los campos, sin más ruido que los cantos de pájaros, los ladridos de perros, el susurro del viento!...

Desde la gran ventana del taller, soñaban de ir embarcados en un bajel, que cruzaba veloz el aire en viaje a algún astro distante...

El viento que zumbaba recio entre los grandes árboles, parecía inflar el velámen de ese misterioso navío del espacio... ¡Qué hermosos sueños de arte y de felicidad vivieron dulcemente arrobados, en aquel albergue encantador!

Olivier cogía sus actitudes, sus expresiones de rostro tan móvil y tan intenso, sus finuras, sus encantos fugaces y los llevaba a la composición de fantasías

simbólicas, sobre fondos de naturaleza, con cielos y bosques...

Ella se estudiaba a sí misma, se desdoblaba en el arte de Olivier, reforzaba sus arranques instintivos, se hacía más consciente de su gracia femenina, comprendía mejor el carácter de su talento y se perfeccionaba de día en día.

El joven, concentraba para ella todo su público y en él, en su admiración, en su amor, sentía crecer su fuerza y su ductilidad artística... No habría podido ya trabajar sin tenerlo siempre al frente. Aquella presencia llenaba la sala de la Comedia Francesa y aquel amor era en su corazón un manantial inagotable de vida nueva y profunda.

La pasión la había agotado, había desequilibrado su sistema nervioso, mientras que este sentimiento armonizaba toda su vida y la levantaba por encima de sí misma.

A su antiguo amante le enloquecía de celos, verla en escena, éste por el contrario la desenvolvía, la fortificaba, le daba ánimos, ante cualquier público, la ayudaba en la creación de sus roles con consejos de un gusto refinado, en todos los órdenes de la belleza estética.

Olivier sabía combinarle desde la forma y el color de los trajes, hasta los más leves jestos y entonaciones de voz. En el reino de la Belleza hacían ambos un maridaje ideal, y ya no habrían podido trabajar el uno sin el otro.

Pero oh! anomalías de la vida! en el amor por decirlo así, nunca habían vibrado los dos al unísono en esa otra forma arrebatadora e incontenible, que ella conociera... en brazos del conde Starck.

Si antes se había sentido envuelta en un huracán, ahora Thierat era dueña de sí... razonaba... Y cada vértigo, que la arrebataba, le producía después al despertar un sufrimiento atroz! Volvian a su mente todas aquellas ideas con que había nacido, de que la satisfacción completa, es el peor enemigo del amor, que el sentimiento único y distinto de todos que era el que ella sentía ahora por Olivier, debía también ponerse por encima de todas las realidades materiales.

Con una especie de romanticismo, pensaba ahora que la mujer a quien más ha amado un hombre, debe ser siempre aquella que nunca ha poseído, más que en el ensueño.

Thierat era una platónica, inveterada en sus ideas. Mas allá del límite de su conciencia, ella debía sentir que existe una ley, mediante la cual, ahondamos tanto más en el alma humana, cuanto más hemos renunciado a la materia caduca. Y si no lo sabía de experiencia, lo sentía de intuición y su malestar moral era cada vez mayor, cuando se apartaba de la línea de conducta que se había trazado.

Antes de caer en las emboscadas de la naturaleza, ya estaba moralmente de pie, con la resolución firme de hacer de aquel sentimiento, algo puro, hermoso, único y eterno. El participaba de sus ideales,

sentía un gran deseo de pureza sentimental, pero sus labios se unían tan dulcemente que la embriaguez los cogía en aquella soledad deliciosa y todos los pactos quedaban rotos... por aquella vez... Y volvían a creer de nuevo en la fidelidad de los juramentos hechos al ideal común.

¿Era acaso Olivier, tan sincero como ella? Tal vez de una manera vaga y general, pero en la práctica, sucumbía al deseo de aquella creatura a quien amaba con toda su alma y que venía a compartir su soledad y sus ensueños, por primera vez en su vida, en aquel precioso nido suspendido sobre París.

Y además la mujer, que se presenta en la escena de un teatro, como el centro convergente de las miradas y de los deseos, parece arrastrar consigo y tener como atracción propia todas aquellas fuerzas de que ha sido el misterioso imán.

Olivier sentía que la amaba, con todos los corazones que su arte hacía palpar, con todas las almas que ella envolvía noche a noche, en los efluvios de su espíritu sutil, caprichoso, volátil y encantador.

Así pasaron años y meses... de dulce intimidad, de profunda unión artística, de confianza completa. La ilusión—nube dorada crecía y los envolvía en su prestigio fantástico.

Olivier había obtenido un primer triunfo en el «Salón» con un retrato de Thierat. El succès le había dado muchas «*commandes*» en el mundo [de los

snoobs, que pagan la última firma que aparece en los concursos.

Había instalado un Taller en París, en un pintoresco rincón de Montmartre, pero guardaba el santuario de su intimidad en el pabellón de Saint Cloud y pasaba, todas las «*après midi*» en que Thierat podía acompañarlo, pero ya no estaba allí siempre, como antes, para aprovechar el momento imprevisto.

Ahora era preciso avisar! Y ella notaba que el mundo comenzaba a robarle aquella presencia tan amada, aquel hombre tan suyo! Llegó hasta sentir temores, cuando sabía, que pintaba el retrato de tal o cual belleza profesional, de alguna de esas mujeres de reconocido «*charme*», que si no solicitan el corazón de un amante, tientan la vanidad de un hombre y la curiosidad estética de un artista. Y con maliciosa finura, solía sondearlo para pulsar los latidos de aquella sensibilidad que sentía siempre fresca, ingenua y exclusivamente suya.

A cada picaresca insinuación sobre sus modelos o sus amistades mundanas, Olivier sabía tranquilizarla con una efusión tan intensa de ternura, con un arranque tan sincero de caricias, que ella veía desvanecerse todos los temores.

Tenía una manera tan vehemente de cogerla, de besarla, de sacudirla en sus brazos, que Thierat se sentía, sin necesidad de explicaciones posteriores ni de pruebas, el eje sobre el cual giraba y giraría siempre aquella vida.

El carácter a veces rudo del artista, las violencias que tenía para con los demás, se convertían para con ella en una blandura sedante que la aislaba y la defendía moralmente de todos los contactos ásperos. Si en sus relaciones sociales, Olivier era huraño, desconfiado y de modales bruscos, para ella había reservado todo lo que había de más puro en su alma, de más delicado en su corazón de amante y de más exquisito en su sensibilidad de artista.

Era también la primera vez, después de muchas aventuras, que amaba, no ya con toda la pasión viril de un temperamento exaltado, sino con toda la poesía de su alma soñadora, concentrada e imperiosa.

Thierat no habría podido abrigar duda, de la fidelidad sentimental de su amigo, ante la mirada tan limpia de aquellos ojos que se quedaban abiertos y profundos, bebiéndola en éxtasis de ternura apasionada...! Ni ante el acento tan firme, tan seguro, de aquella voz que le repetía sin cesar «Je t'aime, comme jamais on n'aime...!» Y había un calor de integridad en aquel acento, una vibración tan honda de verdad, que la actriz se hacía repetir aquellas protestas, por la dulzura embriagante que le producía escucharlas.

¿Cómo no había de creer que aquellos «modelos» eran lo exterior en su vida, cuando todo lo dejaba por ella, cuando lo sentía palpitante de emoción a

su lado y sobre todo cuando el arrebató de ardor en las caricias, crecía con el tiempo y con la comprensión cada vez mayor de sus almas...?

Olivier era sensible, y penetrante de todos los matices de su sensibilidad finísima y complicada. Una ausencia de dos días, lo angustiaba, una carta menos explícita lo torturaba y cualquier momento de languidez o de depresión nerviosa que notase en ella lo trastornaba.

Como ella le había contado, lo mucho que había sufrido con los celos de su amante y con aquella guerra incesante a su arte, que obstruía su vida y la anulaba, Olivier trataba de dejarle toda la libertad que requería su temperamento novedoso y ávido de vivir en todas las esferas, que no se relacionaban con la vida galante.

Y a este respecto confiaba plenamente en ella, pero solía sentir ráfagas de cólera, cuando la actriz se ligaba en amistades nuevas o demostraba entusiasmo por alguna personalidad saliente en el mundo de las artes o de las letras.

Así sucedió que después de haberle presentado un amigo de la prensa, creyó descubrir que ella había hecho demasiado «*frais*» por su presentado y pasó unos cuantos días sumido en un spleen atroz, sin atreverse a manifestarlo, para no parecer ridículo y devorando hieles en la soledad de su retiro.

Al fin ella lo había interrogado, sentados ambos en el balcón saliente y cubierto de cristales que do-

minaba el horizonte inflamado de la gran ciudad, en una ardiente noche de estío y él había estallado, vaciando toda la amargura que había acumulado en el silencio. ¡Tú no me quieres, como yo te quiero a ti! Vives mariposeando, mientras yo me consumo de desesperación. Necesito compartir todo contigo, cada instante, y cada latido de mi ser... Y me quieres contentar con los ratos ociosos, con los restos de tu vida y de tu corazón!

Ella le había cerrado la boca amarga, con un torrente de besos, lo había calmado como a un niño, prometiéndole todo...

Y a la mañana siguiente había faltado a todos los compromisos, contraídos con su ideal, de mantener aquel amor en una esfera tan alta, que apenas cupiesen besos...

Desarmado Olivier después de aquel acceso de celos o de pasión, motivado por una sonrisa más amable al periodista, le había mostrado la carta de ruptura que le tenía escrita—una preciosa carta en que sabía tocar las más hondas fibras de su sensibilidad y evocar a la vez ese algo de misterioso y de más alto que todos los amores humanos, que sintiera él por ella, como una predestinación superior.

—Sí, créemelo, hay algo de más profundo entre nosotros... Yo te quería antes de conocerte... Ella también sentía que cuando lo vió por primera vez, ya lo había soñado y que él traía en su alma la atmósfera espiritual en que ella vivía a solas... Cosas inex-

plicables, pero que constituyen las credenciales secretas de los afectos sinceros.

En la carta que Thierat leyó encantada, después de la reconciliación, él la amenazaba con irse, en una partida de aeroplanos... *¡Que tu est bête!* le decía ella tiernamente, acariciándolo con los ojos, con la voz, con toda su alma... No habías encontrado mejor manera de castigarme, de un crimen, que no he cometido...? Y se reía como una loca, con una de esas risas cristalinas de fuente que gorgotea... mientras le cubría el rostro de besos sonoros y ansiosos.

¡Te ibas a volar! Escogiste ese tormento para mí, después de verme compadecer tanto a Germaine por la muerte de René d'Hauteroche... *¡Tu est bête!* y le cogía las manos y lo miraba en los ojos, que le sonreían blandos e intensos de fuego comprimido...

De pronto cruzó como un relámpago siniestro por el rostro de Olivier, su mirada habitualmente dulce, tomó un aspecto de crueldad.—Es que el amor, es más generoso, más pródigo, que el tuyo. Cuando se ama se abandona todo, la situación, la familia, el arte... Si un hombre no suple todo en la vida de una mujer es porque no se le ama... y tenía una dureza en sus ojos—dureza de piedra preciosa en su misma limpidez refulgente!

—Sí, cuando el sacrificio es necesario, dijo ella. Si hubiésemos de separarnos, yo lo dejaría todo por ti, pero cuando se puede conciliar un hijo, un hogar,

una situación... ¡Somos así tan felices! Tenemos lo más hermoso de la unión—la unión de las almas, el ensueño artístico, la mutua ayuda, la confianza... y carecemos de ese roce permanente que suele desflorar la vida, de esa imposición de todos los instantes que esclaviza...

Tenemos ese prestigio de la libertad, que vale tanto. ¡Sentirse libres!, aunque de hecho sea la más dorada de las esclavitudes...!

—Juzgas por ti, pero no sabes lo que pasa en mí, yo no he tenido hogar, ni madre, ni mujer, ni hermana. He vivido siempre solo y la soledad me aterra cada vez más; la soledad material si quieres. Eso de entrar en esta casita por la noche y no tenerte aquí, de esperarte en vano algunas veces que te necesito tanto! Eso de que tu vida sea distinta de la mía, que no seas toda mía, siempre que yo quiero, como una cosa... que por tu profesión pertenezcas al mundo entero, que todos tengan el derecho de admirarte, de aplaudirte, que seas una mujer para todos, créeme!, es un tormento de que no te hablo, pero que se me clava allá dentro con violencia insufrible a veces.

—¿Qué te pasa? ¿Te vuelves celoso? Eso es ridículo, impropio de un artista como tú.

—¡Bueno! Seré celoso si quieres, pero sufro, padezco horriblemente, eso es todo! Me inspiras la más profunda desconfianza... Te siento insegura, a punto siempre de partir no sé adónde, a una re-

gión quimérica, adonde te lleva la exaltación de tus sueños.

Ella lo conjuraba tiernamente: *Mais tu deviens fou! tu te détraques, ¡voyons!*

La tarde caía lentamente en el taller. Las viejas telas se hundían en las sombras. Un retrato de Ricard, traía al conjunto de las «*pochades*» que se suspendían al muro, la expresión de un alma nueva, explorando, inquieta, el misterio desconocido de las cosas...

Se obscurecían más y más, las copas de los árboles del bosque, haciendo mancha intensa, al borde del pálido horizonte diáfano...

—No sabes a qué punto mi vida se ha fundido en la tuya, dijo Alice con el más acariciante tono de su voz clara y vibrante de cristal finísimo, ¡ya no podría vivir sin ti! Tú sientes que a través de mi arte me entrego a todo el mundo y, sin embargo, yo siento que trabajo solo para ti, que para ti no más quiero ser bella y tener talento y ser admirada...

—Sin embargo, ¿tú no sientes por mí la pasión que sentiste por el otro, por Él?

—¡Verdad que es muy distinto!

—Y, sin embargo, se ama de una sola manera que yo sepa, interrumpió Olivier, nervioso y estremeído. Se ama con toda la sangre y con toda el alma o no se ama... Lo demás no es más que un deriva-

tivo, una estafa a la naturaleza, un engaño a nuestra incapacidad de sentir...

Endurecido se erguía sobre el diván, en que estaban próximos el uno al otro, en la penumbra de las últimas luces que penetraban por el balcón abierto.

—No me extravíes con palabras, dijo ella lentamente. No sabría definir ni clasificar mis sentimientos. Sólo puedo asegurarte, que si tuve una pasión sensual, ahora siento algo tan superior, una pasión del alma, con todos los ímpetus, con todos los arrebatos, dentro de una órbita más amplia, en un plano más elevado... Ese hombre ha tenido un sucesor en mi corazón, y tú no tendrás sucesor posible... Se puede cambiar un hombre, porque se asemejan todos, pero no se puede cambiar un alma humana, porque son todas diferentes... Tenemos muchas maneras de sentir, pero no tenemos más que una sola alma!

Y le estampó en plenos labios un beso apasionado, que él retuvo con ardor devorante de fiera y que le devolvió en un torrente de besos locos, sonoros, lentos o rápidos, intensos o leves...

—Ámame como a él... ¿entiendes? En vano ella protestaba. ¡Te quiero como sólo podré quererte a ti! Y en la ya casi obscuridad del taller solitario conocieron esa dicha que condensa toda la vida en un instante supremo...

Aquella misma noche Alice debía asistir a un estreno en casa de Molière... y se marchó apresurada...



Se entristecían los campos en la despedida del verano, todo permanecía sin calor y sin brillo. Retirada en su magnífica residencia de Saint Cloud, dentro de su Villa, cerrada casi sobre la calle por altos muros, cubiertos de enredaderas, y abierta de lleno con todos sus balcones, y sus anchas ventanas y sus terrazas floridas de rosas y madre selvas, sobre el magnífico panorama que desde la altura de la montaña domina sobre París a ojo de águila, en ese soberbio escorzo en que Montmartre y la torre Eiffel se acercan en el prestigio de la lejanía, Alice soñaba tendida sobre su silla larga...

Bajo los balcones, se espaciaban las terrazas de las otras villas, asomaban los chalets coquetos, perdidos en la verdura todavía fresca, y más lejos el Bosque oscuro y fragoso, extendía su masa de vegetación lujuriosa.

Cada ventana de la villa encuadraba un gracioso y bello paisaje, tras los albos encajes de los «*bise-bise*» levemente calados...

Todo en el interior era lujoso, rico y confortable. Los viejos muebles d'Aubusson, acababan de descolorarse, como recuerdos que palidecen, dentro de sus marqueterías de oro opaco... Los soberbios péndulos y candelabros de bronce macizo de formas recargadas, combinaban sus reflejos con las porce-

lanas antiguas y las lámparas en potiches japoneses o chinos, y con otros objetos de metal esculpido, con gran riqueza de trabajo de orfebrería.

Todo era hermoso, discreto y suntuoso en esta morada sibarita. Los cojines bordados de ricas sederías, estaban bien mullidos por el uso, las luces se combinaban bajo las pantallas de tonos armoniosos y las antiguas tapicerías de los muros en sus dibujos desleídos, parecían traer del fondo del pasado, evocaciones remotas de cosas que fueron...

Sumergida en este nido de oro y de seda, de porcelana y de encaje, Alice contemplaba la gran ciudad que se ofrecía a sus ojos como otra orgullosa Babilonia, provocante y seductora.

Le agradaba especialmente esa hora en que muere el día... En la palidez del horizonte crepuscular las cúpulas de Montmartre blanqueaban en el espacio, como una mezquita árabe en el desierto del cielo. Y luego venía el resplandor de las primeras luces que se encienden.

Al lado de su alcoba, cuyo ancho balcón abrazaba a París todo entero, la actriz se había arreglado un pequeño escritorio, especie de santuario de ensueño, sin más acceso que el pasadizo que comunicaba con su pieza de dormir. Esta salita formaba el ángulo del edificio; de un lado el balcón se suspendía sobre la lejana visión de París y del otro la vista de la gran vidriera enfocaba hermosas lejanías o se esca-

paba por la risueña verdura de la campiña, y los prados verdes, hasta el monte Valeriano—esa fortaleza llamada a proteger a la gran ciudad.

Allí Alice, en un sentimiento de gusto muy refinado, había juntado los bibelots, las estampas, que resumían las etapas de una vida rica en emociones sutiles y matizadas al infinito—vida que había vivido en los países de sus largas peregrinaciones, obsequios que había recibido de admiradores anónimos, regalos de príncipes y reyes.

Sobre uno de esos muebles chinos, calados como encaje, con incrustaciones de nácar, los personajes de marfil, maravillosamente esculpidos, seguían las costumbres de su civilización exótica y grandes aves de laca dorada, tendían el vuelo en espacios quiméricos, mientras otros personajes minúsculos eran llevados en palanquines. Los bibelots curiosos, los cofrecitos cincelados, los cristales de Bohemia, se reparían caprichosamente sobre las consolas, en los departamentos, encima de los minúsculos casilleros o de los cajones en que las cartas, las mil hojas sueltas, y los programas de teatro, se amontonaban bajo la guardia de complicadas cerraduras.

Sobre la cubierta del escritorio, una gran mesa china de maderas caladas y agujereadas, con ricas esculturas, mil pequeños objetos de cobre cincelado estaban allí prontos para servir a los diferentes usos a que quisiera destinarlos, los largos dedos de la dueña de aquella mansión, que sabía coger todas

las cosas con la fina destreza de una mano de hada...

En este principio de noche, en que Alice se había retirado a su escritorio, algunas flores morían en sus vasos y las viejas lacas, y los ébanos nacarados, brillaban discretamente como ojos vivos, en los rincones que sumergían lentamente las sombras.

Se arrellenó en una butaca y con los codos apoyados en las piernas, sujetando el rostro entre las manos quiso recoger sus impresiones, interrogar su alma, orientarse...

Tenía una enorme desazón, un malestar secreto, como si se hubiese traicionado a sí misma y manchado su amor..... Esto le sucedía siempre que se dejaba llevar de la fuerza de sus sensaciones. Rodaba por una pendiente y caía al abismo en donde se pierde la visión de la estrella tutelar...

Nunca había experimentado ese «regret» en su amor precedente. Al contrario, la satisfacción pasional le pareció siempre la condición necesaria de aquel amor... ¡Y ahora no! Sentía que degradaba un ideal y que se prostituía a sí misma.

Extraño caso. ¿De qué distinta materia está tejido cada sentimiento? ¿Qué misteriosas leyes nos impulsan a veces en un sentido y nos retienen a veces con tanta fuerza en el sentido opuesto? ¿De dónde emana todo esto? se preguntaba atónita.

Yo no soy una devota, se decía, ni una escrupulosa. Nunca he moralizado los sentimientos y sin

embargo ahora me encuentro con terrores de fanática... Me parece que todo lo que concedo a Olivier como hombre, lo suprimo de la vida de nuestra alma... Me imagino que profano en él un sentimiento alto, único, que nunca sentirá sino por mí, pero que para esto es preciso que no sea yo para él una mujer como todas, sino un alma humana diferente de todas, el alma hermana, esa sola creatura que la vida hizo para nosotros.

¡Cual si fuera ley suprema en este mundo de las cosas incompletas, que habitamos, que el amor espiritual se nutriese a expensas de las renunciaciones materiales...!

¡Cuánto amaba a Olivier y cómo llenaba su existencia y ocupaba aquel sentimiento los más recónditos pliegues de su alma! Encontraba a su amigo en todos los aspectos de su vida interior, en sus pensamientos más secretos, lo mismo que en su arte y en sus toiles. Le llenaba desde sus graves meditaciones hasta sus actos más pueriles. Olivier estaba en su vida, como París estaba ante sus ojos de cualquier lado que mirase, por sus amplios ventanales.

¡Qué de fibras vírgenes, todavía dormidas a través de una existencia vulgar, había despertado el joven en su alma solitaria!

Había sido su Prince Charmant, le había alumbrado el primero, el mundo de su interioridad, mostrándole el encanto de la dulce soledad, en compa-

ña... Él era quien la había sustraído al fuego devorante de la pasión malsana que la consumía, para darle una felicidad profunda y enteramente conforme a su naturaleza exquisita.

Él también había sido el que diera patente de legitimidad a mil contradicciones de su espíritu, en que reparaba sin poder dominar! Aquel hombre había despertado la vida profunda de su ser. La había introducido en la más deliciosa y en la más dulce de las existencias.

El romance de su vida humana quedaba, pues, escrito en dos volúmenes: el primero contenía el estallido de una pasión brutal y ampliamente compartida; el segundo correspondía al despertar de su alma y de su corazón en un afecto profundo, luminoso y elevado...

Y ese sentimiento había que defenderlo de toda mancha, mantenerlo siempre limpio. Tan grande como había sido el divorcio entre la sólida razón de aquel hombre positivo, que era el conde Starck, y su fina intuición femenina, entre la fuerza de una sensación y de un sentimiento, asimismo era ahora de perfecta la adaptación con el espíritu de Olivier, tan virilmente resuelto, como ella era tímida, y tan noblemente generoso; como ella era o se creía egoísta...

Por la fuerza de las oposiciones sexuales, tanto más violentas cuanto era ella más blandamente mujer y él más duramente hombre, existía entre los

dos un maridaje moral y sentimental que los enlazaba con la virtud de un sacramento real.

Alice dominaba de una sola mirada la ciudad ya encendida que proyectaba en las nubes otoñales su dorado resplandor, cuando Olivier vino a encontrarla. La sintió triste y deprimida. Sabía ya por experiencia que la felicidad completa entre los dos tenía como un triste despertar en ella. Era como el rescate de la dicha. Estaba seguro de encontrarla presa de extraños remordimientos y venía a consolarla y a reconfortarla.

Tenía para con ella una dulzura persuasiva y embriagadora. Empezó por probarle que todo lo que se vive en espontánea plenitud de vida, es absolutamente legítimo...

—Todo es puro entre nosotros, le decía oprimiéndola a su pecho. Los sentimientos espirituales elevan y dignifican la vida interior... Si supieras cómo me une a tí la posesión completa, cómo me haces feliz.

Y los ojos claros intensos y poderosos del joven la envolvían en los efluvios magnéticos de una pasión profunda.

Alice quería persuadirse, pero no se convencía. La voz interior hablaba siempre más hondo.

—No sé explicarme, pero siento una imperiosa necesidad de vivir contigo, por todo lo alto... Querría ser dos creaturas para contentarte, una mujer sin escrúpulos, que cediera a todos tus deseos y un

espíritu sin cuerpo que te diese la más prodigiosa vida sentimental. Hay algo en mí que se opone a compartir contigo la vida del amor común, a seguir el proceso obligado de las pasiones. Tengamos energía...

Olivier la sentía profundamente triste y sin comprender sus ideas, cedía a su voluntad oscura, pero fuerte...

—Haremos siempre como quieras...

No creas que yo atribuyo una importancia excesiva a la materia. La dulzura de tu amor es tan grande, me satisface tanto; la compenetración espiritual que hay entre los dos supera de tal modo, lo que yo he sentido por todas las demás mujeres, que siempre me hallarás incondicionalmente tuyo, en la privación, o en el don de tí misma...

Y de continuo la escena concluía sin razones, en una recíproca efusión de ternura casta y de comprensión total...

Alice preparaba por aquel fin de estación, un gran rol de Bataille, que había de representar en un drama, que estrenaría la temporada de invierno, en el teatro clásico. Naturalmente tomada por la fuerza de la vida artística, por la fiebre de las representaciones, por el cansancio consiguiente a un esfuerzo mayor al que había hecho nunca, espació sus visitas al Taller, llegó algunas veces cansada y se mostró displicente.

Olivier con esa susceptibilidad del amante, sintió

un frío moral que le hizo daño. ¡Cuántas veces la había esperado inútilmente, dejando pendiente en París asuntos que le interesaban mucho! Se quejó y ella se sintió molesta, mal comprendida y abandonada! Siempre había tenido una llave del taller,—pequeña llavecita dorada que la introducía al mismo laboratorio artístico del joven.

Y sin saber por qué Alice miraba aquella llave con recelo. Tenía la superstición de creer que las llaves de metal, eran de mal agüero, puesto que sólo por la llave de las afinidades espirituales entramos en las almas...

Y más de una vez, jugando con la hermosa llavecita reluciente, había dicho a su amigo.—Desde que leí el Cuento del Barba Azul tengo la «idea» de que las llaves materiales nos traen desgracia... Creo que estas llaves nos introducen al descubrimiento de una revelación cruel... Pero la suya, relucía sin mancha de sangre, en sus manos de virgen.

Mientras Olivier no tuvo otro taller en París, el pequeño pabellón fué servido por una de esas *femme de ménage* que hacen el aseo, permaneciendo sólo las horas de trabajo y que se marchan en seguida... pero cuando el artista necesitó quedarse muchas horas en París, ya no podía dejar el jardinillo abierto, por donde Alice penetraba hasta el piso alto sin llamar.

Se hizo necesaria una criada, que trajo natural-

mente a la pequeña casa, todas las complicaciones de aquel peligroso gremio.

Era menester buscar una campesina, que los pudiese al abrigo de cualquier chantage, tratándose de una mujer, tan en vista, tan conocida en los grabados, como eran todas las actrices *Sociétaires de la maison de Molière*.

El joven artista hubo de sufrir todo género de contratiempos y molestias, por verse en la precisión de servirse de personas rústicas, que daban garantías por un lado, pero que no conocían el oficio.

Una de las muchas veces que Alice penetró en la casa así de improviso con su llave, en ausencia de Olivier, llegó hasta las dependencias interiores del pabellón y encontró una fresca y robusta alemana que lavaba los vidrios de la galería.

La nueva criada no se sorprendió de aquella presencia inusitada, como si estuviera ya prevenida por su señor, de que si en la casa no penaban ánimas, solían presentarse a veces las hadas.

La joven que no hablaba francés, sonrió a la señora desconocida y bajando con presteza de la escalera, le manifestó con signos alegres, que era la bienvenida y que debía telefonar al señor previéndolo de tan fausta nueva. Y las dos mujeres se sonrieron cordialmente, iniciadas en un común secreto. ....

.....

\*  
\* \*

Los días transcurrieron más y más hermosos. Una gasa de neblina transparente, velaba ahora el panorama de París, cubriendo con una cortina de vaporoso tul, la espléndida decoración de la ciudad...

La soberbia extensión del bosque de Bolonia, verdadero océano vegetal, comenzó a inflamarse lentamente con los cálidos fuegos otoñales. Los árboles enrojecían o palidecían, se amohozaban o se doraban en un ardor de tonos maravillosos.

Las luces de la estación moribunda coloreaban el paisaje en oro, en fuego y en cobre ardiente. Los árboles parecían devolver ahora los rayos del sol, que habían bebido por todas sus hojas, en los abrasadores y largos días estivales.

Desde el alto minarete que dominaba la terraza de la Villa Mont-Joly, se descubría por encima de los celosos muros vecinales, los interiores de todos los jardines, en que el otoño se insinuaba suave y misterioso, dorando las largas avenidas de árboles, los parrones dilatados, robando cauteloso las hojas, haciendo languidecer las plantas y poniendo su ardor de fiebre y su melancolía de tristeza muriente a todas las cosas...

En esta soberana paz de la estación que moría, en esa solemne majestad que la naturaleza pone en el cambio de las decoraciones, de su eterno drama

en cuatro actos, Alice recogía en su corazón la vaga tristeza de mil emociones que sentía sin poder precisar.

¿Era el muriente otoño que la volvía recelosa y desencantada, como si rodase en el aire un enemigo invisible?

¿O sentía acaso que una mano pérfida le estuviese robando un tesoro? Nada había cambiado aparentemente en su vida, Olivier gastaba con ella las mismas asiduidades y ternuras; los ensayos de la pieza continuaban bien. La vida del hogar seguía su marcha de buen orden y de regularidad imperturbable. Y, sin embargo, ella experimentaba una zozobra interior, una angustia indefinible... Olivier era el mismo en apariencia, pero era otro en realidad.

Menos violento en su pasión, menos arrebatado de carácter, menos espontáneo también, parecía calcular, con cierta secreta astucia, alguna perfidia que dejaban traslucir a veces, sus ojos ardorosos en la profundidad de su agua glauca, y sus labios crueles en la sonrisa amarga...

Como llegase a notar ciertas frialdades inusitadas, Alice, se replegó dentro de sí misma y fué a pasar algunos días en el Trianon-Palace de Versailles, que acababan de inaugurar.

Era un pretexto para alejarse y poner tregua a la ansiedad que la consumía. Manifestó que el único sitio verdaderamente otoñal del mundo, donde la

naturaleza, el arte y la historia se armonizaban deliciosamente, era en esa triste mansión del pasado.

Ni se despidió de su amigo, ni le escribió en los quince días de la ausencia. Desesperado Olivier fué a encontrarla.

El calor de la reconciliación, las protestas sinceras de que era y sería siempre el mismo y que sólo la imaginación exaltada de Alice creaba fantasmas, trajeron entre los dos amantes un nuevo y caloroso acercamiento espiritual.

Olivier se mostraba cada vez menos exigente de caricias materiales y más complacido de vivir una amistad pura. De algún tiempo atrás había dejado de quejarse de la soledad de su hogar, de la necesidad cada vez más urgente de compartir todos los minutos de la vida con ella, de vivir en la dulce continuidad de las horas iguales, de tener el acontecimiento en común, cualquiera que fuese, aun el más pequeño, de viajar juntos, de sentirla suya, toda suya y a cada instante en la vida.

Esta queja permanente se amortiguaba, desaparecía... ¿Tal vez el vínculo así anormal, lejano, pero intenso, entraba ya en la rutina de los hábitos que se establecen?

Alice creía poco a sus observaciones, pero mucho a sus presentimientos y esta vez todo coincidía para alarmarla. Alguna vez interrogó a Oliver con discreta finura.

—Siento que algo nos separa.

—Es la vida que hacemos, le había contestado él. Sin embargo, la vida era la misma, y antes Alice no sentía esa perenne inquietud del alma... esa idea de estar viviendo en falso, de ser robada...

Una tarde, a principios de invierno, que tomaban el té juntos en el pequeño rincón del taller, por cuyas ventanas se veía el paisaje ya muy tétrico de los árboles desnudos, la presencia de la criada que servía le dió cierta molestia—aviso interior del alma que se descubre después y que nunca se valoriza en el momento oportuno.

Al decirle Olivier, «*merci*» en el instante de servir el té, el acento de aquella palabra le había parecido casi tierno...

La joven alemana tenía una presencia de agradable juventud, con esa carnadura tan clara y tan soleada que Rubens ha dado a las mujeres del norte como si llevasen en su tez, toda la luz de que carecen los largos inviernos pálidos y las densas neblinas...

Alice aventuró una broma, que casi le pareció de mal gusto.

—«Tienes una *bonne* muy agradable», le dijo. Esta mujer sonríe con una frescura tan sana, que parece poseer una alma tan simple como es claro su rostro...»

Olivier le respondió con perfecta naturalidad: Me gusta mirar creaturas de aspecto sano. No podría tener cerca de mí personas desagradables. Me haría

daño hasta para pintar. Necesitamos sin duda, los artistas, rodearnos de imágenes bellas. Además, esta creatura tiene todas las cualidades domésticas que yo necesito para mantener el orden en mi casa y la comodidad de mi persona. Es limpia, no hace ruido, es previsora y me cuida con cariño.

No ignoraba Alice cuánto se había molestado Olivier con las *femme de ménage* que lo dejaban a veces varios días sin servicio, que le habían robado objetos irremplazables y que lo hacían vivir en el terror de un chantaje.

Y luego recurrió a la razón soberana: La inapreciable ventaja de esta niña, lo que me hará guardarla como un hallazgo, es su situación de extranjera en Francia. No conoce a nadie, habla apenas para hacer las compras y no tiene esa *rouerie* de nuestras criadas que lo exponen a uno a las peores sorpresas.

—¿Dónde la encontraste? preguntó Alice, que nunca se había preocupado de la doncella, segura de que Olivier, que era muy precavido, se informaría bien antes de tomarla.

—La encontré sirviendo en un pequeño hotel de Meudon, un día que se quejó al dueño porque unos mozos la habían insultado. Pero antes de eso, sabía por la patrona de la fonda que yo frecuentaba, que la habían traído de un pueblito vecino a Colonia, donde también servía en un restaurant.

Ya casi todos los establecimientos de París se sir-

ven con criados belgas o alemanes. Los nuestros se han hecho muy difíciles.

Alice, que conservaba desde la época de su madre, un criado y una criada del tiempo pasado,—antiguos servidores que sabían amoldar a los nuevos al régimen de la casa,—ignoraba las molestias y las complicaciones que los sirvientes traen a las vidas concentradas.

—Mi Elisa se vuelve muy gruñona, dijo riendo, cada vez se siente con más superioridad sobre mí. Se permite reprocharme mis toilettes: «*Madame n'est pas avantagée dans cette robe*», me dice cuando estoy vestida para la escena y hasta mi juego escénico le merece observaciones poco amables.

—Pero te cree la estrella de París, y desgraciado del que se atreviera a contradecirla, le dijo Olivier.

—Es verdad que me tiene mucho afecto, pero cuando me mira enojada con sus ojos asustados, redondos y salidos de las órbitas, te aseguro que me da un miedo de que se enajene su razón.... Y Alice dibujó en su rostro un delicioso mohín de pavor, que la hizo aparecer tan sutil en la *mignardise* de sus facciones menudas, que Olivier no pudo menos de acariciarla embelesado, como a una chiquilla medrosa que pide auxilio...

La desazón interior no concluyó, sino que se acentuó más y más. Atmósfera impalpable y emponzoñada que se interponía entre ellos y que ponía

en el alma de la actriz un desconcierto y un soplo de hielo.

La mujer tiene una sensibilidad de exquisita finura para percibir esos matices que ignora el hombre.

Alice vivía al calor de aquel único afecto, y el menor enfriamiento le producía indefinible angustia.

Ninguno de los dos amantes habría podido precisar cuál fué el momento en que el velo tenue que cubría la realidad se desgarró para ella.

Las verdades que están allí al amparo de una palabra que se ha callado, de una convicción que se rechaza, invaden súbitamente el dominio de la conciencia, y de manera tan irrevocable, que todos los juramentos y las pruebas posteriores no la anulan jamás.

Con esa fuerza que da la verdad presentida, Alice estrechó a su amigo en forma que tuvo que pronunciar la palabra irrevocable: ¡aquella mujer había sido su maîtresse! Lo dijo así brutalmente, sin atenuar nada, cambiando sólo el tiempo del verbo.

Ella sintió que todo se desquiciaba a su alrededor... como si tamboleasen los muros y la aplastasen con gran estrépito, aturdiéndola. No podía realizar aquella verdad... que destruía de golpe el ensueño de su corazón! verdad que profanaba un amor que había constituido hasta entonces la razón suprema de su vida...

Parecióle en aquel minuto trágico que toda su

existencia humana había girado en torno de Olivier, que su arte no era más que el pretexto de cautivarlo y de transformarse para embriagarlo... que fuera de él nunca había existido para ella otra alma humana...

El parterre de la Comedia, siempre repleto, no tenía para la actriz más que un solo rostro viviente y no había más aplauso, más comprensión ni más gloria, que aquellas dos palmas de manos que se batían en alto para ella...

En aquel minuto trágico, se sintió sola en el vasto desierto de los extraños, náufraga para siempre, sin eco y sin respuesta en un mundo indiferente.

Y en medio de su aturdimiento tenía una ansia loca de saber, de ahondar la herida o de restañarla, de medir en todo caso la profundidad del abismo...

Él le había dicho:—«Siento que es irrevocable lo que vamos a hablar, pero necesito ser sincero».

Ella invocaba ahora esa sinceridad para saber ¡todo! ¡todo! en una torturante ansiedad de desesperación. Quería convencerse de que no había más que una exaltación puramente sensual y momentánea... un arrebató brutal... un salto de la bestia que se esconde en cada hijo de Adán.

Y con desgarramiento de su alma entró a revolver la llaga viva en un terrible interrogatorio. ¿Era tu querida cuando la trajiste a tu casa?

Él protestó: ¡Jamás! La he tomado en un arranque imprevisto.

Ella se defendió heroicamente...—¿Pero te llevó acaso una idea anterior, había germinado en tu voluntad un deseo?

Olivier dijo con cansancio de angustia comprimida:

—Quise retenerla cerca de mí porque me hacía falta su servicio, su fidelidad, sus cuidados...

Alice respiraba con creciente afán... la emoción la ahogaba... ¿pero sientes afecto por ella? ¿tu corazón habla acaso?

Hubo un silencio preñado de horror... parecía que de la palabra que iba a pronunciarse dependería la eternidad de un tormento horrible.

Y la palabra irrevocable fué pronunciada:

—Cuando me abandonaste, yo estuve enfermo y esta creatura tuvo para mí ternuras de madre: ví en ella ciertos rasgos de abnegación, como si mi felicidad y mi placer sólo contaran para ella aun a costa de su vida... Ese descubrimiento me conquistó... me amarró a ella... por más inferior que sea, como se ata uno a un animal doméstico que le lame las manos... No puede haber entre ella y yo nada de espiritual, de íntimo, falta el secreto lazo indefinible, único trascendental, que me une contigo para siempre.

Aquí hay sólo coincidencia física y gratitud, dijo Olivier.

—¡Coincidencia física!

Alice habría preferido que la tragase viva la tierra

antes que oír esas palabras fatídicas, de tal modo su precedente amigo le había inculcado la convicción de la fuerza que tales lazos ponen entre las creaturas...

Aquel hombre de temperamento impetuoso, que no creía más que en la fuerza pasional, le había hecho consentir a ella, tan profundamente espiritual, que en la vida no hay otro medio de que dos seres entren en fusión completa.

Después de aquella revelación, Alice perdió toda esperanza... La afinidad material era el golpe de gracia de su pobre amor...

Cuanto se había empeñado ¡desgraciada creatura! en hacer un sentimiento más grande, más conforme a su naturaleza exquisita y sólo había llegado a constatar la más baja prostitución.

Mientras ella soñaba, él se degradaba. ¡Oh! miseria, la más cruel de todas!

La implacable regularidad de su vida, la obligó a cortar aquella escena, que ella habría querido prolongar hasta descubrir una atenuación, de la cual asirse, hasta el momento de seguir ahondando en ese dolor... que la presencia del ser amado atenúa como un narcótico...! La soledad después aterra. No se siente valor para seguir viviendo sola... Con el pasado roto y sin porvenir delante... Con una eterna amargura emponzoñada en el alma!

La infeliz creatura hubo de llegar a la repetición de la Comedia, actuar como una insensata, respon-

der sin saber lo que le preguntaban. Llevaba en los ojos el espanto de quien vuelve del seno de la muerte y un extravío en todo su ser, como si estuviese condenada a un suplicio eterno.

Después de aquella repetición hubo de declararse enferma, sepultarse en su lecho y ahondar su dolor toda la noche... en pavorosa soledad...

Los trenes estremecían la casa y le parecían el desquiciamiento del mundo... Y en su mente se agitaban las más contradictorias ideas y sentimientos. Tan pronto disculpaba a Olivier como lo condenaba... Ya pensaba no verlo más, romper para siempre, en la esperanza de que una violencia trajese la ruptura de aquel infame lazo... o bien imaginaba ponerse en altura moral, dominarlo por generosidad, enaltecer su amor con un arranque heroico...

¡Qué proyectos se revolvieron en su cerebro! ¡qué angustias devoraron su corazón!

Y con aquel dolor que ya nadie le atenuaría nunca, había que seguir viviendo!

¿Por qué? ¿Y para qué?

Cuando volvió al día siguiente Olivier, su primer impulso fué de no verlo... Sentía una repugnancia hacia aquel verdugo de su pobre vida... Pero la necesidad de encontrar un punto de apoyo, en su desolación y, en su amargura, dominaron su orgullo.

Lo recibió... Hablar con él, verlo, era un consuelo!... Estaba tan marchita, tan extenuada, como si

hubiera vivido siglos de dolor... Volvió a tocar el horrible tema que la enloquecía...

Y no pudiendo contenerse, ella lo cogía loca, le oprimía las manos, lo ahogaba entre sus brazos.

— Vas a ser mío, todo mío; Aunque me costase la vida, aunque debiera renunciar a todo! ¿Que es el mundo entero para mí al lado tuyo?... Si he sido avara de mí misma era sólo porque quería elevar este sentimiento..

Los sollozos le daban convulsiones... Olivier la oprimía enternecido entre sus brazos fervientes de enamorado, que había erigido en su alma un altar a la mujer querida. Prometía todo, le aseguraba que ella era la vida de su vida, la fuerza de su espíritu, la hermana de su alma...

—No me abandones... No sabes tú a lo que me expondrías... Somos tan solos los dos! Te prometo que arrojaré esa pobre creatura, que es mi víctima... pero sé humana, deja que se ofrezca una solución natural, la vida presenta tantos caminos... Y es tan duro violentar ciertas situaciones.

Alice comprendía... Y con horror lo veía y lo sentía débil... ¿aquella debilidad era acaso otra forma del mismo sentimiento?

Veía que Olivier no la engañaba, pero quizá se engañaba él mismo, atribuyendo poca importancia a un sentimiento que ahondaba tal vez con secreta raigambre en el abismo ignorado de la sensibilidad...

Alice penetraba ahora la enorme distancia de naturaleza que separa al hombre de la mujer y su misma incapacidad para comprender los resortes que mueven al hombre la aterrizzaba para medir las consecuencias de aquel vínculo...

Su mayor fantasma era esa afinidad física, de que le hablara él, a modo de consuelo como atribuyendo su caída a una causa de índole inferior...

¿Hacía mal ella en atribuir esa importancia a la parte puramente física, en una naturaleza de sentimental, como era la de Olivier...? Cada caso cambiaría sin duda según la naturaleza de la persona. Un pasional no se rige por la misma calidad de impulsos de un sentimental, ni de un cerebral. La duda, sin embargo, y el terror estaban siempre clavados en su alma.

De ese terrible proceso, en que se incuban y germinan las resoluciones definitivas, tuvo Alice un momento de culminante relieve moral.

Aislada en su salita bureau, cuya bay-window se abría sobre el Monte Valeriano y sobre los jardines que ya devoraba lentamente el invierno precoz y que tamizaba de sutil velo la neblina gris, dijo a Olivier con acento grave y palabras que caían de sus labios lentas, como sentencias:

—He tenido ya el reposo suficiente para ordenar mis ideas y coger un rumbo...

Olivier que temblaba de perderla, que nunca había estado seguro de aquel cariño, que no se exte-

rriorizaba en las formas comunes y pasionales—únicas a que el hombre está habituado a acusar recibo—creyó que Alice lo iba a notificar de su propósito de separación.

Sus facciones se endurecieron súbitamente y su espíritu se alzó indómito, rebelde como siempre a cuanto pudiera atentar contra su libertad.

Ella comprendió y pensó: ¡qué lejos está de mí!, ¡qué incomprensión nos distancia!

No obstante continuó tranquila. En este terrible drama de mi corazón, dijo, ha habido tres impulsos que se han sucedido por orden de elevación. El primero ha sido el impulso bajo, la bestia herida que quiere huir, después ha venido el corazón despechado que ha dicho: No lo veo más—es indigno de mí! Y ahora en mayor serenidad, ha hablado mi alma y me ha insinuado la abnegación y el sacrificio: Da todo y no exijas nada; ama, como aman las madres, sólo ese amor nos dignifica...

Olivier la oprimió en medio de un torrente de lágrimas. ¡Qué noble mujer! ¡No podía esperarse otra cosa de su infinita comprensión y de la ternura de su alma!

—Convéncete, querida mía, de que tú eres todo para mí en el mundo! ¡Sin ti yo no puedo vivir! Te juro que seré siempre exclusivamente tuyo y que te haré inmensamente feliz.....!

Alice esperó sobre aquellas palabras brotadas de un corazón sincero. Olivier era un alma de verdad.

La verdad era la atmósfera vital de su espíritu. Ella comprendía que en la naturaleza masculina, el arte requiere una vida de vibraciones múltiples, de movimiento y de renovación constante.

Su generosidad natural, le hacía desear que su amigo tuviese una vida rica, intensa y completa, pero la mujer con su corazón ávido de exclusivismo, se despedazaba en la lucha. Ensayó por algún tiempo ese sentimiento de generosa abnegación... alimentada, entre tanto, por la esperanza de que Olivier cumpliría su promesa, feliz de colocarse a una altura superior sobre la otra creatura..., pero pasaba el tiempo y la situación no cambiaba...

Olivier había sido sincero para con ella, tratando de desprenderse de aquella niña ingenua, pero de alma ardiente que se apegaba a él, con toda la sana pasión de los seres simples, para quienes el amor es todo en el mundo—seres que no tienen tampoco nada que sacrificar, nada que perder y para quienes un amor de esa índole se traduce sólo en indiscutibles ventajas.

Cuando el artista había insinuado a su *Grechen* la conveniencia de partir, ella le había respondido, que siempre permanecería cerca de él, empleada en el vecindario de cualquiera manera... que sería su perro fiel, que no pedía más que el derecho de servirlo, de ser su esclava...

La sirvienta, se puso en las condiciones precisas en que no podía ponerse nunca Alice, dando a la

vida de Olivier, la parte que siempre estuvo vacía, la que sólo puede llenar un ser anónimo, libre en el mundo, dueño de su existencia.

La actriz conoció entonces el mayor de los tormentos, la imposibilidad de ocupar un lugar inferior, pero que en su misma inferioridad daba acceso a la intimidad permanente, a esa regularidad de los días iguales y del acontecimiento en común...

—¡Cómo habría deseado que su amigo amase a una mujer de su mundo, con quien pudiera luchar en la misma línea, a un enemigo que presentase bullo,... pero no con la comodidad personal que ofrece minuto a minuto la humilde criada, con la solicitud tierna que se ejerce en las pequeñas cosas, con la paciencia tranquila y resignada, modestas virtudes, que son al amor, como el perfume a las flores...

¡Ah! ese terreno le estaba vedado a la actriz hermosa, cuyo nombre llenaba los carteles del primer teatro del mundo y cuya imagen conocía París entero...!

La celebridad tenía para ella el más triste de los reveses...

Su arte le costaba sin duda, su felicidad...

Pasó el tiempo y Alice pudo convencerse más y más de que si Olivier había sido sincero, era porque estaba engañado.

No sabía la consistencia de aquel vínculo que tejiera en su vida de solitario, aquel modesto afecto de una rústica doncella, que le había dado todo su

cuerpo, sin economías ni regateos, toda su alma sin restricciones, y todo su tiempo, y su vida entera e incondicional...

Olivier quería luchar, pero no podía... No era un espíritu simple, era doble y triple en su naturaleza compleja.

En su ser cabía toda la gran pasión que le inspiraba Alice, y también el afecto de una pobre muchacha...

El esperaba de la grandeza de alma de Thierat, de su comprensión tan amplia de las contradicciones del corazón humano, que aceptase el estado de cosas que se imponía...

—Eres demasiado grande para abrigar una ruín mezquindad en tu alma le decía...

Ella también quería hacerse superior, pero no lo lograba.

—Comprendo tu situación, pero sufro tanto o más que si no comprendiera, respondía entristecida. Mis ideas no me suprimen el dolor... Veo las razones, pero sufro con ellas...

La lucha llegó a ser tan intensa, tan cruel, que la pobre creatura, cayó en las garras de una horrible neurastenia...

Olivier se decidió entonces a tomar una resolución violenta. Arrojaría a la persona de todos modos de su casa y de su vida...

—¿Y qué avanzaríamos? dijo Alice. ¿Si ella se aleja, se ha suprimido acaso, la terrible verdad que ya he

vivido, de sentir, como aquellas cosas que parecen de ínfimo orden, se superponen en la vida a los grandes privilegios, y a los derechos eternos de nuestra alma?

Es sin duda la más cruel miseria, pero contra la cual no podemos nada, ni tú ni yo. Es el orden de la vida en el plano físico, que así se impone... Es el rescate de mis ventajas...

El desencanto, la convicción de que no disponemos de nosotros mismos, sino en el sentido de nuestra íntima arquitectura espiritual hizo que Alice tomase la resolución suprema.

El dolor de sentir aquel «partage» de corazón, de que existiera otro ser aunque fuese por mínima parte, en aquella alma hermana, que debía ser tan suya... le hicieron preferir mil veces la distancia, la ausencia completa, más bien que aquel roce de amargura enconosa, que empequeñecía su alma, que le suprimía toda la felicidad y que quitaba a su vida la fuerza moral que da un gran sacrificio...

En el dolor completamente aceptado sin atenuaciones posibles, existen fuerzas, que se ignoran en las situaciones, que crea la pusilanimidad ante el sufrimiento...

Se resolvió a quedarse sola para siempre. Sabía que no hallaría en el mundo un alma hermana, que coincidiese con la suya como la de Olivier.

Sabía que la separación era la eterna orfandad.

sabía que Olivier era bastante soberbio para aceptar su decisión y para no volver nunca atrás...

Miró la vida de frente, como en un reto a muerte y la aceptó de lleno con su amargura infinita.

Le quedaba su Arte, pero el arte no ha consolado a ninguna mujer del Amor...

Los arranques frenéticos de ningún público, han suplido a la mujer, la embriaguez apasionada del beso compartido!

Miró por última vez la llavecita dorada, llave mágica que tantas veces la había introducido al santuario de la felicidad—llave traidora que le conservaba tan sólo la dominación simbólica, de una intimidad a donde se había introducido furtivamente otra mujer—y con un desgarramiento de toda su ser se propuso devolverla.

Escribió las dos palabras del lema íntimo «*Semper Fidelis*» la envolvió en aquellas palabras como en un escudo de protección y se encaminó a casa de Olivier, por última vez...

Sentía el peso de una fuerza que la conducía—fuerza misteriosa e irrevocable que mueve el universo físico y que maneja las almas.

Y por primera y última vez, después de tanto tiempo, tocó la campanilla de aquella puerta que se cerraría para siempre. Grechen vino azorada... Se alarmó de verla. Hacía tanto tiempo a que no iba a casa de Olivier—un año quizás...

Después de la revelación funesta, Alice recibía al

joven en su Villa y no había vuelto nunca al pequeño pabellón, testigo de una dicha que ya no volvería a existir nunca... que tal vez no existió jamás sino en sus sueños.

En el quimérico ensueño de un corazón de mujer, que ama y necesita ser amada, exclusivamente en una esfera superior. La ilusión que engendra el Misterio del amor había muerto!

Su actitud tranquila, pero dolorida, dió a Grechen seguridad... La actriz saludó a la sirviente con una sonrisa amarga y le rogó que pusiera en manos del señor, aquella carta... Cuánto daño le había hecho esa pobre creatura, pero, qué culpa tenía! ¿No defendemos acaso, todos, nuestro corazón y nuestra felicidad, como aspiramos el aire, sin el cual nos ahogaríamos?

Y sin una palabra más, Alice tomó el triste camino de su casa, donde nunca existió el hogar del alma...

Su hijo estudiaba, su marido seguía con ardor sus negociaciones... Ninguno vivía para ella, ninguno la necesitaba.

Allá lejos bullía París, se estremecía la gran Babilonia... Allí era aclamada... Sí, pero no era amada, en el secreto de su alma solitaria!

Allí era una actriz bellísima, de incomparable gracia. Daba pasatiempo a muchos seres humanos, sacudía quizás muchos corazones, pero no llenaba

ninguna vida en absoluto; no era la suprema razón de ser, de un solo hombre...

Habría trocado toda su gloria por revivir un segundo el tiempo en que se sentía amada exclusivamente, aquella época en que la fatídica sombra de la duda no se había interpuesto en su pobre alma!

¿Cuánto más feliz que ella, la pobre actriz halagada, la mujer opulenta, hermosa y considerada, no era aquella modesta creatura, desconocida de todos, expatriada, ser anónimo, perdido en la gran ciudad, pero viviendo minuto a minuto, su sencilla vida con el ser que constituía su dicha?

¿Qué importa el nombre, ni la condición social, se dijo Alice, si el ansia de nuestro pobre corazón se satisface...? ¿Qué importa que nadie nos conozca si logramos que una sola alma humana sea toda nuestra?

Y qué horrible es la amargura de saber que en este mundo, nos adueñamos menos de los corazones humanos por las afinidades espirituales, que nos vinculan por dentro, que por los modestos recursos exteriores de la vida material...

¡Cómo hubiera querido Alice trocarse por la humilde doncella del pabellón, aquella noche que estrenaba ante París, anhelante y frenético el primer rol del drama de Bataille!

Fué así como Alice Thierat, en un desgraciado amor, compró aquella nueva fuerza desconocida, que hizo de una actriz de juego perfecto, pero me-

diocre, la artista soberana por quien deliró París, durante una temporada inolvidable...

La concentración de aquel gran pesar que la aisló de todo, intensificó sus facultades, y la asoció a la corriente poderosa de vida que mueve el universo...

Y la primera vez, que encarnando el dolor de su heroína, arrojó su corazón a pedazos, en la escena del Teatro Francés, ella sintió que había perdido ciertamente la Vida de su Amor, que ya no sería nunca feliz, pero que había entrado de lleno en el *Amor de la Vida*, en el amor superior, cuya condición precisa es la renuncia y el sacrificio del amor particular y limitado...

Sus admiradores pudieron entonces comprender «*ce qui peut en sortir d'un cœur lorsqu'il se brise...*».

Alice Thierat había llegado al apogeo de su arte, por el bautismo de sangre del dolor.

¡Con qué eterna verdad, el Poeta de las Noches, el Poeta del Dolor, por excelencia, pudo exclamar entre sus más hondos gemidos:

»Quand ils parlent ainsi d'espérances trompées  
De tristesse et d'oubli d'amour et de malheur  
Ce n'est pas un concert à dilater le cœur,  
Leurs déclamations sont comme des épées:  
Elles tracent dans l'air un cercle éblouissant  
Mais il y pend toujours, quelque goutte de sang!»

Viña del Mar, Marzo 4 de 1918.

# Índice

	PÁGS.
La hora de Queda.....	9
Tête de Linotte.....	57
Minuit Chrétiens...!	85
Misérias ocultas.....	95
El anillo de Amitsis.....	131
Bautismo de Sangre.....	165